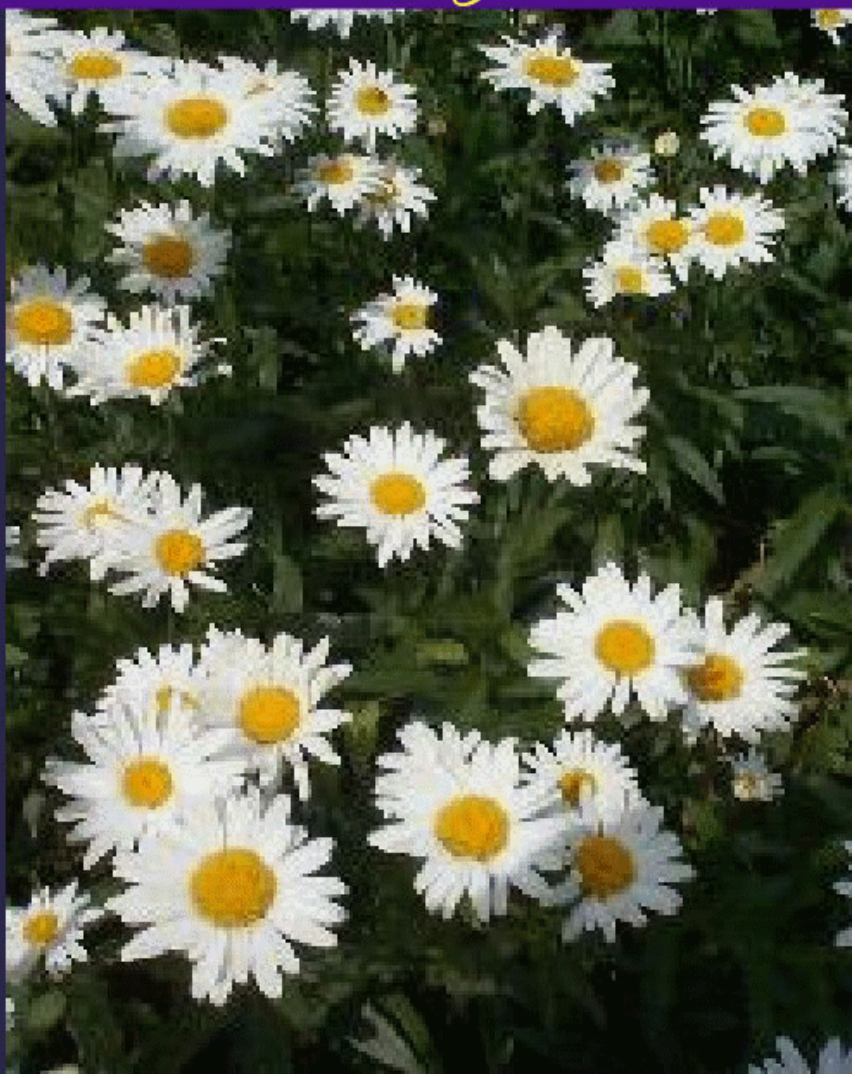
AMANDO A UNA MUJER
LINDA HOWARD

Amando a una Mujer

Linda Howard



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capítulo uno

Davis Priesen no se consideraba un cobarde, pero prefería una operación sin anestesia a enfrentarse a Robert Cannon para decirle lo que tenía que decirle. Y no porque pensara que el presidente, director ejecutivo y accionista principal del Grupo Cannon, lo iba a responsabilizar de las malas noticias. Cannon no había sido nunca de los que matan al mensajero. Pero sus ojos verdes, fríos ya de por sí, podían adquirir una cualidad de hielo, y Davis sabía por experiencia que sentiría el roce frío del miedo en la columna vertebral. Cannon tenía fama de justo, pero también de despiadado cuando alguien intentaba ir a por él. Otros hombres en su posición, con su poder, se aislaban detrás de montañas de ayudantes. Pero solo su secretaria particular guardaba las puertas que conducían al sancta sanctorum de Cannon. Felice Koury llevaba ocho años de secretaria particular y dirigía la oficina con la precisión de un reloj suizo. Era una mujer alta, sin edad, de cabello gris y la piel suave de una chica de veinte años. Era imposible adivinar su edad por su aspecto. Se mostraba fría en las crisis, eficiente hasta el pecado y nunca había mostrado el menor nerviosismo delante de su jefe. Davis le envidiaba esa cualidad.

-Buenos días, señor Priesen -le dijo en cuanto entró en su despacho. Apretó un botón-. Ha llegado el señor Priesen, señor -colgó el auricular y se puso en pie-. Lo recibirá ahora -se puso en pie y lo precedió a la puerta.

El despacho de Cannon era enorme, lujoso y decorado con un gusto exquisito. Era ese buen gusto lo que hacía que el efecto general resultara relajante en lugar de intimidatorio, a pesar de que había cuadros originales en las paredes y alfombras persas en el suelo. A la derecha había una zona de sofás y mesas, que incluía también televisión y vídeo. Seis ventanales decoraban la pared, enmarcando vistas de Nueva York como si fueran cuadros. Las ventanas eran también una obra de arte en sí mismas, con cristales cortados que sesgaban en diamantes la luz que entraba por ellos.

El escritorio de Cannon era una antigüedad, una obra de arte de madera negra tallada que supuestamente había pertenecido a los Romanov en el siglo XVIII.. Parecía sentirse a gusto detrás de él.

Era un hombre alto, delgado, con la gracia y elegancia de una pantera. De pelo negro y ojos verde pálido que le daban también aire de pantera.

Se puso en pie para estrecharle con fuerza la mano a Davis.

En otras ocasiones, lo había invitado a la zona de los sofás y ofrecido café. Pero aquella no era una de esas ocasiones. Cannon sabía leer el pensamiento a la gente y achicó los ojos al ver la tensión en el rostro de su visitante.

-Diría que me alegro de verte -comentó-, pero me parece que no me va a gustar lo que vienes a decirme.

-Creo que no, señor.

-¿Es culpa tuya?

-No, señor -decidió ser sincero-. Aunque seguramente debí haberlo visto venir.

-Relájate y siéntate -dijo Robert con gentileza-. Si no es culpa tuya, estás seguro. Y ahora dime cuál es el problema.

Davis se sentó con nerviosismo, en el borde de una silla de piel suave.

-Alguien en Huntsville está vendiendo nuestro software para la estación espacial -dijo.

Cannon se quedó muy quieto, y sus ojos adquirieron aquella cualidad de hielo que Davis temía.

-¿Tienes pruebas? -preguntó. -Sí, señor.

-¿Sabes quién es?

-Creo que sí, señor.

-Cuéntame.

Davis le explicó cómo había empezado a sospechar e investigado un poco por su cuenta para confirmar sus sospechas antes de acusar a nadie. Cannon escuchaba en silencio, y Davis se secaba el sudor de la frente mientras describía los resultados de su investigación. PowerNet, una empresa del Grupo Cannon situada en Huntsville, Alabama, trabajaba en ese momento en programas informáticos altamente secretos para la NASA. Y esos programas estaban apareciendo en manos de una empresa con base en otro país. No era solo un caso de espionaje industrial, que ya habría sido bastante malo; era traición.

Sus sospechas se centraban en Landon Mercer, el director de la empresa. Mercer se había divorciado el año anterior y su estilo de vida había mejorado considerablemente. Tenía un buen sueldo, pero no tanto para mantener una familia y vivir como lo hacía. Davis había contratado los servicios de una agencia de investigación que descubrió pagos importantes en las cuentas de Mercer. Después de seguirlo varias semanas, averiguaron que visitaba de modo regular un puerto deportivo en Guntersville, una ciudad pequeña en el lago Guntersville, cerca del río Tennessee.

La propietaria del pequeño puerto era una mujer llamada Evie Shaw; los investigadores no habían conseguido todavía encontrar nada raro en sus cuentas bancarias o hábitos de gusto, lo que tal vez solo significara que era más lista que Mercer. Pero en dos ocasiones al menos, Mercer había alquilado una lancha motora y, poco después de que se alejara del puerto, Evie Shaw había cerrado y lo había seguido en otra lancha. Habían vuelto por separado, con un cuarto de hora de diferencia. Daba la impresión de que se reunían en algún punto del gran lago, donde les resultaría fácil ocultar sus acciones y ver u oír a cualquiera que se acercara. Era mucho más seguro que intentar llevar a cabo un negocio clandestino en el puerto. De hecho, la gran actividad que este registraba hacía que resultara aún más raro que ella lo cerrara en mitad de la jornada.

Cuando Davis terminó de hablar, el rostro de Cannon era inexpresivo.

-Gracias -dijo con clama-. Avisaré al FBI. Buen trabajo.

Davis se ruborizó al ponerse en pie.

-Siento no haberlo descubierto antes.

-La seguridad no es de tu incumbencia.. Alguien ha fallado en su trabajo. También me ocuparé de eso. Es una suerte que tú seas tan listo -Roben tomó nota mentalmente de aumentarle el sueldo a Davie y empezar a prepararlo para puestos de más responsabilidad. Había hecho gala de una agudeza e iniciativa que no debían quedar sin recompensa-. Seguro que el FBI querrá hablar pronto contigo, así que procura estar disponible.

-Sí, señor.

Robert llamó al FBI por su línea privada en cuanto se quedó solo. Pidió dos agentes y, tal era su influencia, que le aseguraron que estos estarían en su despacho antes de media hora.

Una vez hecho eso, consideró las opciones que tenía ante sí. No permitió que su furia nublara su pensamiento. Las emociones incontroladas no solo eran inútiles sino también estúpidas, y Robert no se permitía estupideces. Se tomaba como algo personal que alguien de sus empresas vendiera programas informáticos secretos; era una mancha en su reputación. Despreciaba a la gente capaz de vender a su país por dinero y no se detendría ante nada con tal de meterlo en la cárcel. Quince minutos después, había elaborado un plan de acción.

Los dos agentes llegaron en veinte minutos. Robert pidió a Felice que no los interrumpieran.

Se levantó para saludarlos sin dejar de examinarlos. El más joven tenía unos treinta años y el otro, unos cincuenta. El primero parecía seguro de sí mismo y los ojos azules del segundo, medio ocultos por gafas de montura metálica, mostraban cansancio, pero también un brillo inteligente. No era ningún agente novato.

Le tendió la mano a Robert.

-¿Señor Cannon? Soy William Brent, agente especial. Mi compañero es Lee Murray, agente especial formado en contraespionaje.

-Contraespionaje -murmuró Robert. La presencia de aquellos dos hombres implicaba que el FBI ya había estado investigando PowerNet-. Han acertado, caballeros. Siéntense.

-Una compañía como la suya -comentó Brent, sentándose-, que tiene tantos contratos del Gobierno, suele ser un buen blanco para el espionaje. Además, sé que usted también tiene experiencia en ese área, por lo que ha sido fácil adivinar que necesitaba nuestro talento en ese campo.

Robert pensó que era muy bueno; el tipo de persona que inspiraba confianza. Querían averiguar si sabía algo, pero no mencionarían PowerNet si no lo hacía él antes.

-Veo que ustedes tienen ya también información -dijo con expresión inescrutable-. Quisiera saber por qué no contactaron conmigo de inmediato.

William Brent hizo una mueca. Había oído decir que a Robert Cannon no se le pasaba nada por alto, pero no esperaba que fuera tan listo.

Cannon lo miraba con las cejas enarcadas, invitándolo a explicarse, una expresión que mucha gente encontraba difícil de resistir.

Brent consiguió controlar las ganas de hablar mezclando la explicación con las disculpas; lo sorprendía sentir aquel impulso. Observó a Robert Cannon con más atención. Sabía ya muchas cosas sobre él. Procedía de una familia culta y de dinero, pero había hecho mucho más dinero por su cuenta y tenía una reputación impecable. Tenía también muchos amigos tanto en el Departamento de Estado como en el de Justicia, hombres poderosos que sentían un gran respeto por él.

-Mire -le había dicho uno de aquellos hombres-. Si hay algo podrido en alguna de las empresas del Grupo Cannon, le agradecería personalmente que avisara a Robert Cannon antes de hacer nada.

-No puedo hacerlo -repuso Brent-. Pondría en peligro la investigación.

-De eso nada -replicó el otro-. Yo confiaría a Cannon los secretos más difíciles de este país. La verdad es que ya lo he hecho en varias ocasiones. Nos ha hecho... favores.

-Es posible que esté metido -advirtió Brent, reacio todavía a la idea de informar a un civil sobre la situación que ocurría en Alabama.

Pero el otro hombre movió la cabeza.

-No. Roben Cannon no.

Después de descubrir algo sobre la naturaleza y magnitud de los «favores» hechos por Cannon y los peligros envueltos, Brent había accedido a informar a Cannon de la situación antes de poner ningún plan en marcha. Pero la llamada del empresario se les adelantó y su plan había sido guardar silencio hasta averiguar por que había llamado.

Brent estaba habituado a juzgar a la gente, pero con Cannon le resultaba difícil. Parecía un hombre rico, culto y sofisticado y sin duda lo era, pero, aun así, era solo la primera capa. Las otras, fueran las que fueran, estaban tan bien ocultas que solo adivinaba su existencia, y aun eso, debido básicamente a su acceso a información privilegiada.

Tomó una decisión rápida y se inclinó hacia adelante.

-Señor Cannon, voy a decirle mucho más de lo que era mi intención. Tenemos un problema con una de sus empresas, una empresa de software de Alabama.

-¿Qué le parece si les digo yo lo que sé y luego me dicen si tienen algo que añadir? -preguntó Robert.

Contó con calma lo que había descubierto a través de Davis Priesen. Los dos agentes intercambiaron una mirada involuntaria, que informó a Robert de que ellos habían averiguado menos que Davis.

Cuando terminó, William Brent carraspeó.

-Mi enhorabuena -dijo-. Está usted por delante de nosotros. Eso ayudará mucho a la investigación.

-Iré allí mañana por la mañana -lo informó Robert.

Brent parecía no aprobar aquello.

-Señor Cannon, agradezco su deseo de ayudar, pero es mejor que nos ocupemos nosotros.

-Usted no lo entiende. Mi intención no es ayudar. Es mi empresa, mi problema. Me ocuparé de él personalmente. Solo les estoy comunicando la situación y mis intenciones. Yo no tengo que tomarme el tiempo de preparar una tapadera e introducirme en la operación, porque es de mi propiedad. Por supuesto, los mantendré informados.

Brent movía ya la cabeza.

-No, de eso nada.

-¿Quién mejor? No solo tengo acceso a todo, sino que mi presencia no será tan alarmante como la de investigadores federales -hizo una pausa-. No soy ningún aficionado -comentó con gentileza.

-Ya lo sé, señor Cannon.

-En ese caso, sugiero que hablen de esto con sus supervisores -miró su reloj-. Yo por mi parte tengo preparativos que hacer.

No dudaba de que, cuando Brent hablara con sus superiores, estos le dirían que retrocediera y dejara a Robert Cannon solucionar sus problemas solo. Le ofrecerían asistencia, por supuesto, pero el agente Brent descubriría que era él el que daba las órdenes.

Pasó el resto del día despejando su agenda. Felice le reservó billete de avión y una habitación en un hotel de Huntsville. Antes de marcharse aquella noche; miró su reloj. Aunque eran las ocho en Nueva York, en Montana eran solo las seis, y en verano se trabajaba en el rancho hasta mucho más tarde que en invierno.

-Casa de locos de los Duncan -dijo la voz de su hermana-. Madelyn al habla.

Robert soltó una risita. Oía al fondo el ruido que hacían sus dos sobrinos.

-¿Ha sido un día duro? -preguntó.

-¡Robert! -exclamó la otra, con placer-. Más o menos. ¿Te interesa una visita prolongada de tus sobrinos?

-De momento no. No estaré en casa.

-¿Adónde te vas ahora?

-Huntsville. Alabama.

La mujer hizo una pausa.

-Allí hace calor.

-Ya lo sé.

-Puede que sudes -le advirtió ella-. Y piensa en cómo te molestaría eso.

Robert sonrió.

-Es un riesgo que tengo que correr.

-Debe de ser importante. ¿Problemas?

-Unos contratiempos.

-Cuídate.

-Lo haré. Si descubro que tengo que quedarme más de lo que espero, te llamaré para darte mi número.

-De acuerdo. Te quiero.

-Yo también a ti.

Colgó con una sonrisa. Era típico de Madelyn no hacer preguntas, pero percibía de inmediato la gravedad de la situación que lo esperaba en Alabama. En seis palabras le había mostrado su apoyo y su amor. Aunque en realidad era solo su hermanastra, el afecto y la comprensión entre ellos eran tan fuertes como si fueran parientes de sangre.

A continuación llamó a Valentina Lawrence, la mujer con la que salía últimamente.

La relación no había avanzado tanto como para que tuviera que esperar su regreso, así que lo mejor para los dos sería que le dejara claro que podía salir con otro si lo deseaba. Era una lástima; Valentina era demasiado popular para permanecer sola mucho tiempo y él sospechaba que estaría varias semanas en Alabama.

Era el tipo de mujer que más atraía a Robert: alta, delgada, de pechos pequeños. Maquillada siempre de modo impecable, y vestida con gusto y elegancia. Tenía una personalidad agradable y disfrutaba del teatro y la ópera tanto como él. De no ser por aquel contratiempo, habría sido una compañera maravillosa.

Hacía varios meses que había terminado su última relación y se sentía incómodo. Prefería vivir con una mujer a vivir solo. Disfrutaba de las mujeres, tanto mental como físicamente, y solía preferir la seguridad de una relación estable. No le gustaban las aventuras de una noche y desdeñaba a los que lo hacían. Se frenaba de hacer el amor con una mujer hasta que esta se comprometía a una relación con él.

Valentina aceptó con gracia la noticia de su ausencia. Después de todo, no eran amantes ni tenían derecho a exigirse nada. Captó cierta decepción en su voz, pero no le pidió que la llamara a su vuelta.

Una vez concluido eso, se quedó sentado unos minutos, pensando en esa relación que no había llegado a la intimidad y en cuándo tendría tiempo de ocuparse de la parte sexual de su vida. No lo complacía la idea de esperar mucho.

Procuraba tener siempre bien controlada su sexualidad. Nunca presionaba a una mujer, aunque dejaba claro cuándo se sentía atraído para que ella supiera dónde estaba. Pero dejaba que ella marcara el ritmo, la velocidad a la que quería avanzar. Respetaba la cautela natural de una mujer a la hora de abrir su cuerpo a un hombre más grande y fuerte. Y en el sexo, trataba a las mujeres con gentileza y se tomaba tiempo para excitarlas plenamente. Un control así no le resultaba difícil. Podía pasarse horas acariciando un cuerpo femenino. Ir despacio lo ayudaba a calmar su hambre e intensificaba el de su compañera.

No había nada como la primera vez que hacía el amor con una mujer nueva. Después la experiencia ya no era tan intensa ni cargada de deseo. Siempre procuraba hacer que ella se sintiera especial. No escatimaba en los pequeños detalles que hacían que una mujer se sintiera valorada: cenas románticas para dos, velas, champán, regalos considerados, toda su atención. Y cuando llegaba el momento de retirarse al dormitorio, utilizaba todo su control y habilidad para darle satisfacción una y otra vez antes de permitirse acabar él.

Lo irritaba pensar lo que le iba a hacer perder el problema de Alabama.

Hubo una llamada en la puerta y Felice metió la cabeza por ella.

-Deberías haberte ido a casa -la riñó él-. No tenías por qué quedarte.

-Un mensajero ha traído este sobre -la mujer se acercó a dejarlo en la mesa.

-Vete a casa -repitió él-. Es una orden. Te llamaré mañana.

-¿Quieres algo antes de que me vaya? ¿Café?

-No, yo también me iré enseguida.

-Que tengas buen viaje -sonrió ella, antes de salir.

Robert dudaba de que hubiera algo bueno en aquel viaje. Sentía deseos de venganza, de sangre.

Notó que el sobre marrón no llevaba remite. Lo abrió y sacó varios papeles. Había una fotografía, un resumen de la situación y lo que ya sabían, y un mensaje del agente Brent identificando a la mujer de la foto e informándolo de que el FBI colaboraría con él en todo momento, cosa que ya esperaba.

Estudió la foto. Era de mala calidad y mostraba a una mujer de pie en un muelle con lanchas motoras a sus espaldas. Evie Shaw. Llevaba gafas de sol, así que no podía decir mucho aparte de que tenía un pelo rubio y revuelto y parecía fuerte y atlética. No era nin-

guna Mata Hari. Parecía más bien una profesional femenina de lucha libre mal vestida, una paleta que vendía a su país por avaricia.

Devolvió los papeles al sobre. Estaba deseando hacer justicia con Landon Mercer y Evie Shaw.

Capítulo dos

Era un día caluroso de verano, típico del sur. El cielo mostraba un tono azul profundo y aparecía punteado de nubes algodonosas y blancas que se deslizaban empujadas por una brisa tan débil que apenas movía la superficie del lago. Unos cuantos pescadores y practicantes de esquí acuático se repartían el agua, pero la mayoría de los pescadores habían salido pronto y vuelto antes de mediodía. El aire era pesado y húmedo, intensificando los olores del lago y las lujuriosas montañas que lo rodeaban.

Evangeline Shaw contemplaba su dominio desde los grandes ventanales de la parte de atrás del edificio principal del puerto. Todo el mundo necesita un reino propio y el suyo era aquel laberinto de muelles y barcos. Nada de lo que ocurría allí escapaba a su atención. Cinco años atrás, cuando se hizo cargo de él, estaba en las últimas y apenas cubría gastos. Necesitó un préstamo importante para meterle la inyección de capital que requería, pero en menos de un año había empezado a dar más beneficios que nunca. Con suerte, terminaría de devolver el préstamo en tres años más. Y entonces el puerto sería solo suyo, libre de deudas y podría expandirse y diversificarse un poco. Confiaba en que los negocios siguieran así; la pesca había bajado mucho debido al programa de «control de maleza» por parte de la Autoridad del Valle Tennessee, que había conseguido matar la mayor parte de las plantas acuáticas que albergaban y protegían a los peces.

Pero ella se había mostrado cautelosa. Su deuda era manejable, a diferencia de la de otros, que pensaron que el boom de la pesca duraría siempre y se habían endeudado mucho para expandirse.

El viejo Virgil Dodd le había hecho compañía la mayor parte de la mañana, sentado en la mecedora detrás del mostrador y distrayéndolos a sus clientes y a ella con historias de cuando era muchacho a principios de siglo. El anciano era tan duro como una suela de zapato, pero tenía casi cien años y Evie temía que no durara mucho más. Lo había conocido toda su vida, y siempre ya de viejo, con pocos cambios, tan permanente como el río o las montañas. Pero sabía muy bien lo incierta que es la vida humana y atesoraba las mañanas que Virgil pasaba con ella. Y él también las disfrutaba; ya no salía a pescar, pero allí se sentía aún cerca de los barcos, podía oír el ruido del agua contra los muelles y oler el lago.

Ahora estaban los dos solos y el viejo se había lanzado a otra de las historias sobre su juventud. Evie, sentada en un taburete, miraba de vez en cuando por las ventanas para ver si se acercaba alguien al surtidor del muelle, sin dejar de prestar atención a Virgil.

Se abrió la puerta lateral y entró un hombre alto y delgado. Se quedó quieto un momento; después se quitó las gafas de sol y se acercó a ella con un movimiento de pantera silenciosa.

Evie solo le lanzó una mirada rápida antes de volver su atención a Virgil, pero fue suficiente para hacerle subir sus defensas. No sabía quién era, pero reconocía lo que era: un forastero. Había muchos norteños que se habían jubilado en Guntersville, atraídos por sus inviernos suaves, el coste bajo de la vida y la belleza natural del lago, pero él no era

de ellos. Para empezar, era muy joven para estar jubilado. Su ropa era cara y su actitud desdeñosa. Evie conocía a los de su clase. Y no la impresionaban para nada.

Pero era solo eso. También era peligroso.

Aunque sonreía a Virgil, examinaba instintivamente al desconocido. Ella se había criado con chicos temerarios y problemáticos. El sur los producía en abundancia. Pero ese hombre era otra cosa. No buscaba el peligro, él era el peligro. Poseía un temperamento y una voluntad que no admitían oposición, una fuerza de carácter que asomaba sin disimulo a sus ojos verdes.

No sabía cómo o por qué, pero presentía que era una amenaza para ella.

-Disculpe -dijo. Y la profundidad de su voz la acarició como el terciopelo. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Sus palabras eran corteses, pero la voluntad de hierro que escondían le dijo que esperaba que lo atendiera en el acto.

La joven le lanzó una mirada rápida.

-Enseguida estaré con usted -dijo con cortesías. Se volvió al anciano-. ¿Y qué pasó entonces, Virgil? -preguntó con calor.

Robert mantuvo el rostro inexpresivo, aunque la falta de respuesta de la mujer lo sorprendía. No estaba acostumbrado a que no le hicieran caso y menos una mujer. Las mujeres respondían siempre a su intensa virilidad que tan bien controlaba. No era vanidoso, pero su atractivo con las mujeres era algo que daba por sentado. No recordaba haber deseado a una mujer a la que no hubiera acabado poseyendo antes o después.

Pero estaba dispuesto a esperar y aprovechar la oportunidad para observar a aquella mujer. Su aspecto lo había descolocado un poco, algo no habitual en él. Aún no había ajustado sus expectativas a la realidad.

No había duda de que se trataba de Evie Shaw. Pero no era la mujer atlética que esperaba. La imagen que se había hecho debía ser obra de una mezcla de mala fotografía y ropa ancha. Buscaba una mujer paleta y maleducada, pero no fue eso lo que encontró.

Más bien era como si... tuviera un brillo propio.

Era una ilusión, producida tal vez por la luz del sol que entraba por los ventanales, formando un halo en torno a su pelo e iluminando sus ojos almendrados. La luz acariciaba su piel dorada, que se veía tan suave y sin mácula como la de una muñeca de porcelana. Ilusión o no, la mujer resultaba luminosa.

Su voz era sorprendentemente profunda y algo ronca, y recordaba a películas de Humphrey Bogart y Lauren Bacall. Tenía un acento perezoso y líquido, tan melodiosos como el murmullo de un arroyo o el viento entre los árboles, una voz que lo hacía pensar en sábanas revueltas y noches largas y calientes.

El viejo se inclinó hacia adelante, con las manos juntas en el bastón. Sus ojos, de un azul desvaído, estaban llenos de risa y recuerdos de otros tiempos.

-Habíamos probado todo lo que se nos ocurrió para alejar a John H. de la destilería, pero sin éxito. Tenía una escopeta de cañones recortados cargada con perdigones, así que teníamos miedo de acercarnos mucho. Cada vez que asía la escopeta, salíamos corriendo como conejos...

Robert miró a su alrededor. A pesar de lo destartalado del edificio, el negocio parecía florecer, a juzgar por el número de lanchas que había ocupadas en ese momento. En un tablero detrás del mostrador estaban las llaves de contacto de las lanchas y barcos de alquiler, cada una con una etiqueta y un número.

Virgil seguía con su historia. Evie Shaw echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada profunda como su voz. Robert se dio cuenta de pronto de hasta qué punto se había acostumbrado a la risa educada y controlada, y lo superficial que resultaba al lado de aquella carcajada franca.

Intentó resistir el impulso de mirarla, pero, para su sorpresa, le resultó imposible.

La observó con expresión inescrutable.

No se parecía en nada a las mujeres que siempre lo habían atraído más. Y además era una traidora, o al menos alguien que participaba en espionaje industrial. Tenía intención de llevarla ante la justicia. Pero no podía apartar la vista de ella ni evitar que lo envolviera un calor intenso.

Las mujeres que deseaba normalmente poseían estilo, sofisticación. Mujeres bien vestidas, perfumadas y educadas. Su hermana Madelyn había calificado a un par de ellas de maniquíes, pero ella misma vestía con mucha elegancia, por lo que su comentario divirtió más que irritó a Robert.

Evie Shaw, en cambio, no parecía prestar atención a la ropa. Llevaba una camiseta atada en la cintura, unos tejanos tan viejos que casi habían perdido todo el color y zapatillas igual de viejas. Su pelo, que oscilaba del castaño claro al rubio más pálido e incluía distintos tonos dorados, iba recogido en una trenza tan gruesa como la muñeca de él y le colgaba hasta la mitad de la espalda. No iba maquillada, pero su piel no lo necesitaba.

¿Cómo podía brillar de ese modo? No era el sudor, sino que daba la extraña impresión de que la luz se sentía atraída por ella, como si siempre la iluminaran unos focos sutiles. Tenía la piel bronceada, de un tono dorado cremoso, como raso pálido. Hasta sus ojos mostraban el tono marrón dorado del topacio oscuro.

Siempre le habían gustado las mujeres altas y delgadas, pero Evie Shaw no medía más de un metro sesenta, y posiblemente menos. Tampoco era delgada. «Exuberante» y «deliciosa» eran palabras que acudían a la mente al verla. Pillado por sorpresa por la violencia de su reacción, se preguntó si quería hacerle el amor o comérsela, y la respuesta inmediata a esa pregunta fue un «sí» incuestionable. A las dos opciones.

Era una sinfonía de curvas, pura esencia femenina. Nada de caderas delgadas andróginas, huesos amplios y trasero firme y redondeado. Siempre le había gustado la delicadeza de unos pechos pequeños, pero ahora no podía apartar la vista de los bultos velados por

la camiseta. No eran grandes ni pesados, pero sí lo bastante llenos para resultar tentadores.

Todo en ella estaba hecho para la delicia del hombre, pero a él no le encantaba precisamente su reacción. Si a él le ocurría eso, tal vez Mercer era un peón de ella en lugar de al revés. Era una posibilidad que no podía ignorar.

No solo no se parecía nada a las mujeres que solían gustarle, sino que estaba furioso consigo mismo por desearla. Había ido allí a reunir pruebas con las que enviarla a la cárcel y eso era algo que no podía perder de vista. Aquella mujer estaba metida hasta la cintura en la cloaca del espionaje y solo debía sentir disgusto por ella. Y en vez de eso, luchaba con un deseo físico tan intenso que le costaba reprimirse. No quería cortejarla o seducirla, quería llevarla a su guarida y poseerla. La deseaba y no había nada civilizado ni gentil en aquello. Y aquel deseo era una burla a su inteligencia y autocontrol.

Quería hacer caso omiso a la atracción, pero no podía. Evie Shaw, por su parte, no solo no le prestaba atención, sino que se mostraba totalmente indiferente ante su presencia. Podía haber sido un poste y le habría prestado la misma atención.

Se abrió la puerta y entró una mujer joven ataviada con pantalón corto, sandalias y camiseta. Le sonrió.

-Hola -miró a los de detrás del mostrador-. ¿Has disfrutado de la visita? -preguntó al viejo-. ¿Quién ha venido hoy?

-Lo he pasado bien -Virgil se puso en pie con ayuda del bastón-. Burt Mardis ha estado un rato con nosotros, y los dos chicos Gibbs han pasado por aquí. ¿Has recogido a los niños?

-Están en el coche con la compra -miró a Evie-. Perdona que salga corriendo, pero hace tanto calor que tengo que guardar la comida antes de que se estropee.

-No te preocupes -repuso Evie-. Adiós,

Virgil. Cuida esa rodilla, ¿vale? Y vuelve pronto.

-La rodilla ya está mejor -le aseguró él-. Hacerse viejo no es divertido, pero es mejor que morirse -le guiñó un ojo y avanzó hacia la puerta.

-Hasta luego, Evie -dijo la mujer joven.

Sonrió de nuevo a Robert al pasar.

Este se apoyó en el mostrador y comentó:

-Supongo que es su nieta.

Evie movió la cabeza y se giró para ver los surtidores. Era muy consciente de estar a solas con él, lo cual resultaba ridículo; siempre estaba sola con clientes varias veces al día y no solía sentirse incómoda. Hasta ese momento.

-Biznieta -dijo-. Vive con ella. Disculpe que lo haya hecho esperar, pero clientes tendré más y Virgil tiene noventa y tres años y puede que no siga aquí mucho tiempo.

-Comprendo -repuso él con calma. Le tendió la mano, en un gesto calculado para hacer que lo mirara, que se fijara en él-. Soy Robert Cannon.

La mujer le estrechó la mano brevemente, con fuerza.

-Evie Shaw -dijo. Se volvió-. ¿Qué es lo que necesita, señor Cannon?

Hasta entonces, Robert pensaba que no se había fijado en él, pero empezaba a cambiar de opinión; era más bien al contrario. Era muy consciente de él y estaba incómoda. Todos sus planes cambiaron de repente.

Había entrado allí buscando solo echar un vistazo, comprar quizá una licencia de pesca o un mapa, pero ahora era distinto. En lugar de pegarse a Mercer como a una sombra, lo haría con Evie Shaw.

¿Por qué la ponía tan incómoda? La única explicación era que sabía quién era. Y en ese caso, esa operación era más sofisticada de lo que había pensado. Cambió, pues, la base de la investigación de Huntsville a Guntersville. Antes de la caída de la Unión Soviética se había sentido atraído por agentes enemigas en un par de ocasiones. Llevárselas a la cama había sido un riesgo, pero también una delicia. El peligro había intensificado el placer. Y sospechaba que acostarse con Evie Shaw sería algo que no olvidaría nunca.

-Primero necesito información -repuso, irritado porque ella seguía sin mirarlo. Pero la irritación no aparecía en la voz. Tenía que calmar sus sospechas, hacer que se sintiera cómoda. Ella solo podía saber que era un ejecutivo rico y, si era tan lista como él creía, vería pronto las ventajas de acercarse a él, no solo por lo que podía darle, sino por la información que podía sacarle. Una aventura de verano sería ideal para sus planes, y él pensaba darle justo aquello.

-Quizá deba pasar por la Oficina de Turismo -sugirió ella.

-Quizá -murmuró él-. Pero me han dicho que usted puede ayudarme.

-Tal vez. ¿Qué tipo de información busca?

-Pienso pasar aquí el resto del verano. Quiero alquilar una lancha, pero también contratar a alguien que me enseñe el lago. Me han dicho que usted conoce la zona tan bien como el que más.

La mujer lo miró a los ojos.

-Es cierto, pero no hago de guía. Puedo alquilarle la lancha, pero nada más.

Había levantado un muro en cuanto lo vio y no tenía intención de colaborar lo más mínimo. Robert le lanzó una sonrisa amable, capaz de amansar a una fiera. -Comprendo. Usted no me conoce.

La mujer pareció vacilar.

-No es eso. No conozco a muchos clientes.

-Creo que la tarifa para guías es de cien dólares al día más gastos. Estoy dispuesto a pagar el doble.

-No es cuestión de dinero, señor Cannon. No dispongo de tiempo.

No lograría nada presionándola y tenía mucho que hacer antes de empezar a perseguirla en serio. De momento se había asegurado de que ella no lo olvidaría, y con eso bastaba para el primer encuentro.

-¿Puede recomendarme un guía, pues? -preguntó.

La joven le dio varios nombres, que él memorizó, ya que tenía toda la intención de explorar a fondo el río.

-¿Quiere ver las lanchas que hay disponibles? -preguntó luego ella.

-Sí, por supuesto.

La mujer tomó un teléfono móvil y se lo colocó en el cinturón. Salió del mostrador y Robert le siguió mirando sus caderas y trasero en forma de corazón, que los vaqueros marcaban bien. La cabeza de ella le llegaba por debajo del hombro. A Robert le costó trabajo apartar la vista del trasero.

-¿Deja la oficina sola? -preguntó cuando estuvieron en el muelle. La luz del sol resultaba cegadora, y volvió a ponerse las gafas de sol. Hacía un calor increíble, como en una sauna.

-Desde aquí veo si se acerca alguien -repuso ella.

-¿Cuántas personas más trabajan aquí?

La joven lo miró con curiosidad.

-Tengo un mecánico y un chico que trabaja por las mañanas en el verano y por las tardes cuando hay colegio.

-¿Cuántas horas abre al día?

-De seis de la mañana a ocho de la noche.

-Son muchas.

-No está tan mal. En invierno solo abro de ocho a cinco.

Cuatro de los muelles estaban cubiertos, y la mayoría de los lugares ocupados. Distintos tipos de barcos se mecían en el agua plácida. Los cuatro muelles cubiertos se hallaban a la izquierda y la entrada a ellos estaba bloqueada por una puerta de barrotes. A la derecha había dos muelles descubiertos, para ser usados por el tráfico general. Los barcos y lanchas de alquiler se hallaban en las dos primeras hileras del muelle más cercano a la tienda.

Evie abrió el candado que mantenía la puerta cerrada y entraron en el muelle flotante.

-¿Qué tamaño quiere? -preguntó.

El hombre tomó otra de sus decisiones rápidas.

-Quiero comprar un barco pequeño. Uno para correr. ¿Puede recomendarme un buen sitio por la zona?

La mujer lo miró un momento.

-Hay varios puntos de venta en la ciudad. No le costará mucho encontrar lo que quiere -se volvió y echó a andar de nuevo hacia la oficina con paso seguro.

Robert la siguió una vez más, disfrutando de la vista tanto como antes. Seguramente pensaba que se había librado de él, pero nada más lejos de la realidad.

-¿Quiere cenar conmigo esta noche? -preguntó con voz tranquila.

La joven se detuvo con tal brusquedad, que chocó con ella. Podía haber evitado el contacto, pero tropezó deliberadamente. La mujer se tambaleó y él la sujetó por la cintura para ayudarla, apoyando su espalda contra sí. Sintió el escalofrío que recorrió el cuerpo de ella y saboreó su color y la sensación de su cuerpo contra sus manos, muslos y vientre.

-Perdón -dijo divertido-. No sabía que la idea de cenar conmigo diera tanto miedo.

Evie permaneció inmóvil, como si estuviera paralizada por las manos de él en la cintura. El silencio creció entre ellos, espesándose. Se estremeció de nuevo, un movimiento delicado y sensual que lo excitó mucho. ¿Por qué no se movía, por qué no decía algo?

-¿Evie? -murmuró.

-No -contestó ella con brusquedad, con voz más ronca que de costumbre. Se apartó-. Lo siento, pero no puedo cenar con usted.

Un barco entró entonces en el puerto y él vio que su rostro se iluminaba con una sonrisa al reconocer al cliente. Lo enfureció la facilidad con la que sonreía a otros mientras a él apenas lo miraba.

La joven levantó el brazo izquierdo para saludar y Robert miró sorprendido su mano esbelta.

Llevaba anillo de casada.

Capítulo tres

Evie intentaba concentrarse en los libros abiertos sobre el escritorio, pero no podía pensar en los ingresos y gastos del día. Un rostro moreno la distraía. Cada vez que pensaba en aquellos ojos claros de cazador, sentía un nudo en el estómago y el corazón le latía con fuerza. Era miedo. Aunque se había mostrado amable, Robert Cannon podía ocultar su verdadera naturaleza tan poco como una pantera. Percibía que era una amenaza para ella.

El instinto la impulsaba a armarse contra él, a dejarlo fuera de sus murallas. Había luchado demasiado para permitir ahora que un desconocido moreno alterara lo que había conseguido. Llevaba una vida intencionadamente plácida y resentía aquella interrupción de su tranquilidad.

Levantó la vista a la pequeña fotografía que había en el estante superior de su mesa No era una de sus fotos de boda, que no miraba nunca. Era una foto sacada en el verano de su último curso en el instituto; se había juntado un grupo y pasado el día en el agua, volviendo a la orilla para comer. Becky Watts llevaba la cámara de su madre y les hizo fotos a todos. Matt perseguía a Evie con un cubito de hielo que quería meterle por la blusa, pero cuando al fin la atrapó, ella se defendió y lo obligó a tirarlo. Cuando les hicieron la foto, Matt sonreía con la cintura en la mano de ella.

Un Matt alto que empezaba a dejar atrás la adolescencia y poner algunos kilos. Con el pelo cayéndole sobre la frente, sonrisa abierta y ojos azules brillantes. Siempre estaba riendo. Evie no se molestó en mirar a la chica que era entonces, pero sí vio cómo la sostenía Matt, el vínculo entre ellos era evidente. Miró la alianza de oro que llevaba en la mano izquierda. La alianza de Matt.

Desde él no había habido otro. No había querido a nadie. No la habían interesado ni tentado otros. Había gente a la que quería, por supuesto, pero en un sentido romántico; estaba tan aislada, que ignoraba si atraía a algún hombre... hasta que entró Robert Cannon en su oficina y la miró con ojos como el hielo verde. Había sentido su atención fija en ella como un láser. Y le pareció peligroso.

Se marchó después de mirar los barcos, pero volvería. Lo sabía sin ninguna duda. Suspiró y salió al muelle. El aire cálido nocturno la envolvía. Su casita estaba justo en la orilla del no, con escalones que llevaban desde el muelle a su muelle privado. Se sentó en una de las sillas de patio y puso los pies en la barandilla, tranquilizada por la paz del río.

Las noches de verano no eran silenciosas, estaba el murmullo constante de los insectos, ranas y aves nocturnas, los chapuzones de los peces al saltar, el susurro de los árboles y el canturreo del río, pero había serenidad en el ruido. No había luna, así que las estrellas resultaban muy visibles en el cuenco negro del cielo, y su luz frágil y parpadeante se reflejaba en un millón de pequeños diamantes sobre el agua. El río principal se unía al lago a menos de veinte metros de su casa, y su corriente producía olas en la superficie.

Los vecinos más próximos estaban a cuatrocientos metros, ocultos a la vista por un promontorio. Las únicas casas que se veían desde su muelle eran las del otro lado, a más de kilómetro y medio de distancia. El lago Guntersville, formado al crear un pantano en el río Tennessee en los años treinta, era largo y ancho, de forma irregular, con cientos de salientes y numerosos islotes pequeños cubiertos de árboles.

Había vivido siempre allí. Allí estaba su hogar, su familia, sus amigos, unas raíces largas y profundas de casi doscientos años. Conocía la paz de las estaciones, el pulso del río. Nunca había querido estar en otra parte. Aquello era su fortaleza. Pero ahora se veía amenazada por dos enemigos distintos y tendría que luchar para protegerla.

La primera amenaza la ponía furiosa. Landon Mercer no se proponía nada bueno. No lo conocía bien, pero tenía instinto para la gente y casi nunca se equivocaba. Tenía un carácter retorcido que la molestó desde el principio, cuando empezó a alquilarle una de las lanchas motoras, pero tardó un par de meses en sospechar de él. Y fue por una serie de cosas pequeñas... como el modo en que siempre miraba a su alrededor antes de salir del muelle. Y la expresión de triunfo y alivio con la que regresaba, como si hubiera conseguido hacer algo que no debía.

Su ropa tampoco era apropiada. Se esforzaba por vestir como un pescador, pero no lo conseguía del todo. Llevaba caña de pescar, pero Evie nunca lo veía usarla. Desde luego, nunca regresaba con peces y siempre llevaba puesto el mismo anzuelo. Sabía que era el mismo porque le faltaba uno de los tres ganchos. No. Mercer no salía a pescar. Y entonces, ¿por qué llevaba la caña? La única explicación lógica era que la usaba como disfraz.

Y Evie, que estaba alerta a todo lo que pudiera amenazar su dominio, se preguntaba por qué necesitaba un disfraz. ¿Se veía con una mujer casada? Desechó esa posibilidad. Las lanchas eran ruidosas y no ayudaban a esconderse. Si su amante vivía en una casa aislada, un coche habría sido mejor, porque así Mercer no habría tenido que temer en cuenta el estado del tiempo. Si la casa tenía vecinos cercanos, la lancha atraería la atención. La gente del río solía fijarse en los barcos que no conocía. Y una cita en mitad del lago tampoco era buena idea, dado el tráfico del río.

Drogas tal vez. Quizá la caja de pesca estaba llena de cocaína en lugar de cebos. Con un sistema preestablecido, no sería difícil vender en medio del río; la patrulla del río no podía acercarse sin que él la viera y, si se acercaban, solo tenía que arrojar las pruebas al agua. El momento más peligroso sería antes de alejarse con la lancha. Y por eso miraba el aparcamiento al irse y nunca al volver. Porque ya no llevaba las pruebas encima.

La mujer no tenía pruebas. Había intentado seguirlo dos veces, pero lo había perdido en la multitud de cuevas e islotes. Pero si usaba una de sus lanchas para vender drogas, era una amenaza para su negocio. No solo podían confiscarle el barco, sino que la publicidad sería terrible. Los dueños de los barcos dejarían de alquilarle espacio. Había más puertos en la zona de Guntersville.

En ambas ocasiones, Mercer se había dirigido a la zona cubierta de islotes que rodeaba el Parque Marshall, donde era fácil perder de vista a una lancha. Evie conocía cada centímetro del río y sabía que acabaría encontrándolo. No tenía ningún plan para apre-

henderlo, en el supuesto de que hiciera algo ilegal. Ni siquiera pensaba acercarse mucho. Llevaba unos prismáticos potentes en la lancha y solo quería confirmar sus sospechas. Si tenía razón, hablaría con el sheriff y le dejaría el trabajo a él. Así protegería su reputación y la del puerto. Lo único que quería era estar segura antes de acusarlo.

El problema de seguir a Mercer era que nunca sabía cuándo esperarlo; si tenía clientes en ese momento, no podía dejarlo todo y subir a una lancha.

Pero ese problema lo solucionaría sobre la marcha. Roben Cannon, sin embargo, era otra cuestión.

No quería tener nada que ver con aquel hombre de ojos fríos e intensos, aquel yanqui. Hacía que se sintiera como un ratón delante de una cobra: aterrorizada y fascinada al mismo tiempo. Intentaba ocultar su fuerza tras unos modales cosmopolitas y educados, pero a ella no le cabían dudas sobre su verdadera naturaleza.

La deseaba y quería tenerla. Y no le importaría destruirla en el intento.

Dio vueltas a su alianza. ¿Por qué no podía haber vivido Matt? Habían pasado años y ella había sobrevivido, pero la muerte de él la había cambiado de modo irrevocable.

Era más fuerte, sí, pero también más solitaria, aislada de los hombres que pudieran desearla. Otros hombres habían respetado esa distancia. Él no lo haría.

Robert Cannon era una complicación que no podía permitirse. En el mejor de los casos, la distraería en un momento en el que necesitaba estar alerta. En el peor de los casos, la dejaría sin defensas y tomaría lo que quería para después abandonarla sin pensar para nada en su dolor. Se estremeció. Había sobrevivido una vez y no estaba segura de volver a hacerlo.

Cuando le puso la mano en la cintura y la apretó contra su cuerpo duro, el exquisito placer de aquel contacto la escandalizó y paralizó al mismo tiempo. Hacía tantos años que no sentía aquel tipo de placer, que había olvidado lo fuerte que era. Se vio inundada de recuerdos. Pero sus recuerdos eran viejos, de dos jóvenes que ya no existían, y el tiempo había adormecido aquellos recuerdos, mientras que la imagen de Robert Cannon resultaba muy fresca en su memoria.

Lo mejor sería no hacerle caso, pero no sabía si él se lo permitiría.

A la mañana siguiente, Robert entró en las oficinas de PowerNet y se presentó a la recepcionista, una mujer rolliza y astuta de treinta y tantos años que de inmediato hizo una llamada de teléfono y lo acompañó personalmente al despacho de Landon Mercer. Estaba de mal humor desde que vio el anillo de boda en la mano de Evie Shaw, pero sonrió a la mujer y le dio las gracias. Nunca pagaba el pato con inocentes; su autocontrol era tan grande, que la mayor parte de sus empleados desconocían que tuviera mal genio. Y los pocos que lo sabían lo habían descubierto a su costa.

Landon Mercer, sin embargo, nuera inocente. Salió a su encuentro en el acto.

-¡Señor Cannon, qué sorpresa! Nadie nos ha informado de que estaba en Huntsville. Es un honor.

-No lo creo -murmuró Robert, estrechándole la mano. Su humor empeoró al ver que Mercer era alto y apuesto, de pelo rubio espeso y vestido a la europea. Calculó el coste de su traje italiano de seda y enarcó mentalmente las cejas. Su empleado tenía gustos caros.

-Adelante, adelante -Mercer lo invitó a entrar-. ¿Quiere un café?

-Por favor.

Mercer se volvió a su secretaria.

-Trish, ¿puedes traer dos cafés, por favor?

-Por supuesto. ¿Cómo quiere el suyo, señor Cannon?

-Solo.

Entraron en el despacho y Robert se sentó en uno de los sillones para visitantes en lugar de colocarse tras el escritorio para demostrar su autoridad.

-Pido disculpas por venir sin avisar -dijo con calma-. Estoy de vacaciones en la zona y he pensado aprovechar la ocasión para ver esto, ya que nunca he estado aquí.

-Nos encanta recibirlo -repuso Mercer-. ¿Ha dicho de vacaciones? Es un lugar extraño para venir de vacaciones en esta época. El calor es criminal.

-No es tan extraño -repuso Robert. Casi podía oír los pensamientos recelosos del otro. ¿Qué hacía allí en realidad? ¿Lo habían descubierto? Y de ser así, ¿por qué no lo detenían? A Robert no le importaba que recelara; más bien contaba con ello.

Hubo una llamada en la puerta y entró Trish con dos tazas de café. Pasó a Robert la primera y tendió la otra a Mercer.

-Gracias -musitó Robert.

Mercer no se molestó.

-¿Dónde se hospeda? -preguntó cuando se quedaron solos.

Robert se recostó en el sillón y cruzó las piernas con indolencia.

-Tengo una casa en Guntersville, cerca del lago -dijo con tono perezoso y distante-. La compré hace unos años. Yo no había venido nunca, pero se la he prestado a varios ejecutivos y todos regresaban hablando de lo mucho que pescaban. Así que pensé que había llegado el momento de averiguar si era verdad.

-Creo que es un buen lago -repuso Mercer con cortesía.

-Lo veremos -sonrió Robert-. Parece un lugar tranquilo. Justo lo que me recetó el médico.

-¿El médico?

-Presión arterial alta. Estrés -Robert se encogió de hombros-. Me siento bien, pero el médico insistió en que necesitaba unas largas vacaciones y este parecía el lugar ideal para combatir el estrés.

-Eso seguro -dijo Mercer.

-No sé cuánto me quedaré -prosiguió otro con indiferencia-. Pero no apareceré continuamente por aquí. Se supone que debo olvidar el trabajo.

-Nos alegraremos de verlo siempre que quiera, pero debería hacer caso al médico. Ya que está aquí, ¿quiere que le muestre esto? Aunque no hay mucho que ver, claro, aparte de programadores y ordenadores.

Robert miró su reloj, como si tuviera que ir a algún sitio.

-Creo que tengo tiempo, si no es mucha molestia.

-En absoluto -Mercer estaba ya en pie, ansioso por terminar la gira y perderlo de vista.

Robert pensó que, aunque no hubiera sabido nada de él, le habría caído mal. Había algo arrogante en él. Intentaba disimularlo, pero se creía más listo que nadie y se notaba su desprecio. ¿Trataba a Evie con la misma actitud?

Seguramente serían amantes, aunque ella estaba casada. ¿Por qué iba a vacilar en engañar a su esposo una mujer que se implicaba en un caso de espionaje? Era raro que su estado civil no hubiera aparecido en la información que tenía de ella, pero por otra parte, ¿por qué sí, a menos que el marido también estuviera mezclado? Evidentemente, no era así, pero de todos modos, en cuanto Robert regresó a su hotel el día anterior, llamó a sus investigadores y pidió información sobre él. Estaba furioso. Jamás había tenido nada que ver con una mujer casada y no iba a cambiar de actitud ahora. Pero nunca había deseado a ninguna con la violencia con que deseaba a Evie Shaw, y eso lo enfurecía.

Mercer lo acompañó por las instalaciones, explicándole el trabajo que se hacía en cada sitio. Robert aprovechó la gira para recopilar información. Apartó a Evie Shaw de su mente y se centró en lo que tenía entre manos. PowerNet estaba afincada en un edificio grande de una sola planta. Las oficinas de la empresa estaban delante- y el verdadero trabajo, la programación, se hacía en la parte de atrás, donde trabajaban los genios de la informática. Robert se fijó en el sistema de seguridad; había cámaras de vigilancia y alarmas de movimiento y térmicas. Al material clasificado se accedía solo mediante tarjeta magnética codificada y el usuario tenía que pasar ciertos trámites de seguridad. No se permitía sacar papeles ni disquetes del edificio. Cuando los programadores se marchaban por la tarde, todo su trabajo se guardaba en una cámara acorazada.

Esas medidas simplificaban las cosas para Robert. Solo alguien en una posición de autoridad podía violarlas. Alguien que tuviera acceso a la cámara acorazada: Landon Mercer.

Miró varias veces el reloj durante la gira.

-Ha sido un placer -dijo cuando terminaron-, pero tengo una cita con un contratista para hacer unas reparaciones en mi casa. Quizá podamos jugar juntos al golf algún día.

-Por supuesto -repuso Mercer-. Llámeme cuando quiera.

Robert sonrió.

-Lo haré.

Estaba satisfecho con la visita; su intención era hacer saber a Mercer que estaba allí y ver por sí mismo las medidas de seguridad de PowerNet. Tal vez tuviera que colarse en el edificio de noche, pero no era su plan principal, sino una mera posibilidad. Sorprender a Mercer allí con secretos no probaría nada; lo bueno sería cazarlo cuando se los entregara a otra persona. De momento se conformaba con que su presencia lo pusiera nervioso. Las personas nerviosas cometían errores.

En el hotel lo esperaba un sobre de sus investigadores privados. Lo abrió al entrar en el ascensor vacío. Leyó con rapidez la hoja solitaria. La información era breve. Matt Shaw, el marido de Evie, murió en accidente de coche el día después de la boda, doce años atrás.

Devolvió la hoja al sobre. ¡Era viuda! Y por lo tanto disponible. Y aunque ella aún no lo sabía, sería suya.

Una vez en su habitación, se acercó al teléfono y empezó a hacer llamadas para ir colocando en su sitio las distintas piezas de ajedrez.

Capítulo cuatro

Evie sacó la cabeza por la puerta.

-¡Jason! -gritó a su sobrino de catorce años-. ¡Dejad de hacer el idiota!

-Vale -gruñó el chico. La mujer volvió a meter la cabeza, aunque seguía vigilándolo. Lo adoraba, pero no olvidaba que era solo un crío, con la energía y torpeza de comienzos de la primera parte de la adolescencia. Su sobrina, Paige, se quedaba dentro con ella, donde había aire acondicionado, pero habían ido también dos amigos de Jason y los tres hacían el payaso en el muelle. Evie suponía que alguno caería al agua en cualquier momento.

-¡Qué tontos son! -exclamó Paige con todo el desdén de sus trece años. Su tía sonrió.

-Mejorarán con la edad.

-Más vale -comentó la chica. Volvió a la novela de amor que leía sentada en la mecedora. Era una chica guapa, morena como su padre y con una estructura ósea fina que mejoraría con la edad. Jason era más extrovertido.

Un barco se acercó a los surtidores. Evie salió a atender a los clientes, dos parejas jóvenes que, a juzgar por sus quemaduras, debían llevar mucho tiempo en el agua. Cuando se marcharon, miró el sol en el cielo sin nubes. No había ninguna posibilidad de que la lluvia refrescara el ambiente. Aunque solo llevaba unos minutos fuera, sentía ya el pelo pegado a la nuca. ¿Cómo podían estar los chicos fuera y tener además energía para hacer el tonto?

Al entrar de nuevo en la tienda se detuvo, cegada momentáneamente por el paso del exterior al interior. Paige charlaba con alguien, un hombre al que Evie tardó un momento en reconocer. Respiró hondo.

-Señor Cannon.

-Hola -su mirada verde bajó por las piernas de ella, desnudas bajo el pantalón corto. La mirada la puso incómoda y pasó detrás del mostrador para marcar la venta del gasoil y dejar el dinero en la caja.

-¿Qué desea? -preguntó sin mirarlo. Sabía que Paige los observaba abiertamente, alertada quizá por el modo reservado en que su tía trataba a aquel cliente.

-He traído mi barco -dijo Robert-. ¿Tiene sitio libre para dejarlo aquí?

-Por supuesto -los negocios eran los negocios. Abrió un cajón y sacó un contrato de alquiler-. Rellene esto y le enseñaré un lugar. ¿El otro día vio alguno que le gustara más que otro?

El hombre miró el papel que tenía en la mano.

-No. Cualquiera servirá -repuso con aire ausente mientras leía el contrato-. ¿Hay una copia extra? -preguntó, reacio a firmar algo de lo que no conservara copia.

La mujer se encogió de hombros y sacó otro contrato, tomó el que sostenía él y colocó una hoja de papel carbón entre los dos. Grapó todo junto y se lo devolvió. Robert rellenó el papel, dando su nombre, su dirección y el tiempo que pensaba alquilar el sitio. Firmó y le devolvió los papeles antes de sacar la cartera y depositar una tarjeta de crédito en el mostrador.

Evie seguía sin mirarlo, por lo que él la contempló a placer. En los tres días que hacía que no la veía, había decidido que no podía ser tan encantadora como le pareció a él. Se equivocaba. Desde que llegó al puerto y la vio sirviendo gasoil, sentía una tensión en sus partes que apenas lo dejaba respirar. Seguía siendo tan sensual como una diosa pagana, y él la quería para sí.

Había hecho mucho en esos tres días. Había visitado a Mercer, comprado un barco, un coche y una casa al lado del río. Tardaron dos días en entregarle el barco, pero de la casa tomó posesión antes, y se había instalado ya la tarde anterior. El agente inmobiliario no se había recuperado todavía de la rapidez con que hacía tratos. Pero Robert no estaba habituado a perder tiempo. En un tiempo récord consiguió que le pusieran gas y electricidad, terminó los papeleos, contrató un servicio de limpieza que limpiara a fondo la casa y compró muebles nuevos. También había puesto otro plan en marcha, un plan que haría caer en la trampa a Evie Shaw y Landon Mercer.

Evie le tendió en silencio el recibo de la tarjeta de crédito para que lo firmara. El hombre así lo hizo antes de devolvérselo. En ese momento se oyeron gritos fuera.

Robert miró por la ventana y vio a varios adolescentes empujándose en el muelle.

-Disculpe -dijo Evie; fue a abrir la puerta.

-Ahora se la han ganado -comentó Paige con evidente satisfacción; se puso de rodillas en la mecedora.

Cuando la mujer llegaba a la puerta, Jason empujó riendo a uno de sus amigos, que le devolvió el empujón con creces. Jason ya se había girado y el gesto lo impulsó hacia adelante; sus zapatillas resbalaron en un lugar húmedo peligrosamente, cerca del borde del muelle. Movió los brazos cómicamente al intentar recuperar el equilibrio, pero los pies cedieron bajo él y cayó al agua.

-¡Jason!

Estaba demasiado cerca del muelle. Evie salió corriendo con el corazón en la garganta. Oyó el ruido espantoso de su cabeza al chocar con el borde. Su cuerpo delgado quedó inmóvil en el aire y medio segundo después cayó al agua y se hundió de inmediato.

Uno de los chicos gritó con fuerza. Evie vio un segundo sus rostros asustados mientras corría. El muelle parecía estar muy lejos y tenía la sensación de que no avanzaba aunque oía sus pies golpear la madera. Buscó frenética el punto en el que había caído Jason, pero no se veía nada, nada...

Se lanzó al agua de un salto y avanzó hacia donde lo había visto por última vez. Oyó un chapoteo distante, pero lo ignoró, con su atención fija en sacar a Jason a tiempo. Oía todavía el ruido de su cabeza al chocar con el borde y rezaba para que no fuera ya demasiado tarde. Podía estar muerto o paralizado. ¡No! No podía perderlo. Se negaba. No podía volver a pasar por eso.

Respiró hondo y se hundió lijo el agua, buscando desesperadamente con las manos extendidas. La visibilidad en el río no era buena, tendría que localizarlo por el tacto. Llegó al fondo y echó a andar por él. ¡Tenía que estar allí! Allí estaba la columna del muelle, lo que indicaba que no podía haber ido mucho más lejos.

Le dolían los pulmones, pero se negaba a subir. Perdería unos segundos valiosos, segundos de los que Jason no disponía.

Tal vez la corriente al caer lo había colocado bajo el muelle.

Pateó con fiereza subiendo por las aguas oscuras de debajo del muelle. Sus manos barrían el agua delante de ella. Nada.

Le ardían los pulmones. La necesidad de inhalar era casi imposible de resistir. Combatió el impulso y se obligó a bajar de nuevo al fondo.

Algo le rozó la mano.

Tiró de ello y tocó tela. Acercó la otra mano a ciegas y asió un brazo. Con sus últimas fuerzas tiró de la carga fuera de las sombras del muelle y pataleó con debilidad para subir. Su progreso era increíblemente lento; sus pulmones necesitaban aire, le fallaba la vista. ¿Había encontrado a Jason solo para ahogarse con él porque carecía de fuerzas para subirlo a la superficie?

Unas manos fuertes la sujetaron por las costillas y se vio impulsada hacia arriba. Su cabeza salió a la superficie e inhaló convulsivamente, ahogándose y tosiendo.

-Te tengo -dijo una voz tranquila en su oído-. Os tengo a los dos. Relájate contra mí.

Difícilmente podía hacer otra cosa. El brazo que la sujetaba en su avance hacia el muelle era tan duro como el hierro. Los chicos estaban de rodillas y tendían las manos hacia ellos.

-Sujetadlo sólo -oyó decir a Cannon-. No intentéis sacarlo del agua. Dejadme a mí. Y que uno de vosotros llame a una ambulancia.

-Ya lo he hecho -oyó contestar a Paige con voz temblorosa.

-Muy bien -repuso el hombre-. Evie, quiero que te agarres al borde del muelle. ¿Puedes hacerlo?

La joven seguía incapaz de hablar, así que asintió con la cabeza.

-Suelta a Jason. Ya lo sujetan los chicos.

Librodot

La mujer obedeció y él le colocó las manos en el borde del muelle. Se aferró a la madera y vio que él salía del agua. Evie se apartó el pelo de los ojos con una mano y él se arrodilló y pasó ambas manos por debajo de los brazos de Jason.

-Puede tener una herida en la médula -gimió ella.

-Lo sé -el rostro de Robert estaba sombrío-. Pero no respira. Si no intentamos resucitarlo ahora, no sobrevivirá.

La mujer tragó saliva con fuerza y volvió a asentir. Robert sacó al chico del agua con cuidado. Evie miró el rostro inmóvil y azul de su sobrino y se impulsó fuera del agua con una fuerza que no sabía que tenía. Cayó tumbada al lado del chico y luchó por arrodillarse.

-¡Jason!

Robert buscó el pulso en el cuello del chico y encontró un latido débil.

-Tiene pulso -dijo aliviado. Se inclinó sobre el cuerpo inmóvil, frunció las aletas de la nariz y presionó la barbilla con la otra mano para obligarlo a abrir la boca. Acercó su boca a los labios azules y espiró con cuidado. El pecho delgado del chico se infló. Robert apartó la boca y el aire abandonó el pecho, que se desinfló de nuevo.

Evie tendió una mano, pero volvió a apartarla. No podía hacer nada que no estuviera haciendo ya Robert, y seguía tan débil y temblorosa que tampoco podría hacerlo mejor. Tenía la sensación de estar ahogándose en dolor y desesperación, en la necesidad acuciante de hacer algo, lo que fuera. Le zumbaban los oídos. Prefería morir a ver a alguien que amaba extinguirse lentamente ante sus ojos.

Robert repitió el proceso una y otra vez, contando en silencio. Se concentró con fiereza en lo que hacía, sin prestar atención a los aterrorizados chicos que lo rodeaban, sin permitirse pensar en el silencio y la inmovilidad de Evie. El pecho del chico se hinchaba con cada respiración, lo que implicaba que llegaba oxígeno a sus pulmones. Le latía el corazón; si no tenía una herida seria en la columna o la médula, se pondría bien; solo tenía que empezar a respirar por sí mismo. Pasaban los segundos. Un minuto. Dos. De pronto el pecho del chico se hinchó y empezó a toser. Robert se apartó con rapidez.

Jason se convulsionó, rodó de lado y chocó contra Evie mientras tosía y vomitaba. La joven, perdido el equilibrio, se movió a un lado. La mano de Robert la sujetó por encima de Jason, impidiéndole caer al agua. Tiró de ella por encima de las piernas del chico y la atrajo hacia sí.

Por la nariz y la boca abierta de Jason salía agua. El chico seguía tosiendo... y de pronto vomitó una gran cantidad de agua de río.

-Gracias a Dios -musitó Robert-. No hay parálisis.

-No -Evie se soltó de él. Las lágrimas quemaban sus ojos al arrodillarse de nuevo al lado de Jason. Lo tocó con gentileza y vio que tenía sangre en la parte de atrás de la cabeza.

-Te pondrás bien, cariño -murmuró mientras examinaba el corte-. Solo necesitarás algunos puntos -levantó la vista y vio el rostro pálido y bañado en lágrimas de Paige-. Tráeme una toalla -le pidió-. Y ten cuidado. No corras.

La niña tragó saliva y volvió hacia la tienda. No llegó a correr, pero le faltó muy poco.

El ataque de tos de Jason remitió y quedó tumbado de costado, respirando con fuerza por la boca. Evie le acariciaba el brazo y le repetía que se pondría bien.

Paige volvió con la toalla y la mujer la apretó contra la herida para cortar la sangre.

-¿Tía Evie? -gruñó Jason, con voz tan ronca que casi carecía de sonido.

-Estoy aquí.

-¿Puedo sentarme? -preguntó, empezando a sentirse avergonzado por ser el centro de atención.

-No sé -repuso ella con voz neutral-. ¿Puedes?

El chico se sentó despacio, con cuidado, pero estaba débil y Robert se arrodilló para sujetarlo, colocando un muslo contra su espalda.

-Me duele la cabeza -gimió Jason.

-Supongo que sí -repuso Robert con calma-. Te has golpeado con el borde del muelle -se oyeron sirenas acercándose. Jason parpadeó al comprender que aún faltaban más cosas.

Se llevó una mano a la cabeza. Hizo una mueca y la dejó caer al costado.

-Mamá se pondrá furiosa -dijo con aire sombrío.

-No será la única -repuso su tía-. Pero ya hablaremos de eso luego.

El chico parecía avergonzado. Intentó apartarse del apoyo de Robert, pero no lo consiguió del todo. De pronto apareció el personal de la ambulancia con su equipo. Robert se apartó y tiró de Evie para dejarles sitio. Paige se abrazó a la cintura de su tía y escondió el rostro en la camisa húmeda de esta en un gesto instintivo de buscar protección. A Robert le pareció natural colocar los brazos en torno a las dos y Evie estaba demasiado cansada y confusa para resistirse. Se dejó abrazar dócilmente. La fuerza de él la envolvía; su calor la consolaba. Le había salvado la vida a Jason y tal vez también a ella.

El personal de la ambulancia examinó al chico e inició los preparativos para trasladarlo al hospital.

-Esa herida necesita puntos -dijo uno de ellos-. Seguramente también tenga una conmoción, así que no me sorprendería que lo tengan esta noche en observación.

Evie se apartó de Robert.

-Tengo que llamar a Rebecca -dijo-, quiero acompañarlo al hospital.

-Te llevaré yo -repuso Robert-. Necesitarás poder volver luego.

-Puede traerme Rebecca -Evie corrió a la tienda, seguida por Robert y Paige. Tendió la mano hacia el teléfono-. No, se quedará con Jason. Da igual, puedo conducir yo.

-Claro que sí -musitó el hombre-, pero no lo harás porque te llevaré yo.

Evie le lanzó una mirada distraída mientras marcaba el número de su hermana.

-No es necesario. Becky, escucha, Jason se ha caído en el muelle y se ha dado un golpe en la cabeza. No es nada serio, pero tienen que darle puntos y la ambulancia se lo lleva ahora al hospital. Nos vemos allí. Sí, me llevo a Paige. Vale. Adiós.

Colgó y marcó otro número.

-Craig, soy Evie. ¿Puedes hacerte cargo del muelle un par de horas? Jason ha tenido un accidente y me voy con él al hospital. No, se pondrá bien. ¿Cinco minutos? Estupendo. Yo me voy ahora.

Tomó su bolso, que estaba bajo el mostrador, y sacó las llaves. Robert se las quitó con calma.

-Estás temblando -dijo amablemente pero con firmeza-. Has estado a punto de ahogarte. No te resistas, Evie.

Era evidente que ella carecía de fuerzas para luchar por las llaves. Cedió con frustración para no perder más tiempo.

-Está bien.

Tenía un vehículo todoterreno útil para tirar de los barcos por la rampa de lanzamiento. Paige corrió a meterse en él como si temiera que fueran a dejarla atrás. Evie le agradeció que se instalara automáticamente en mitad del asiento, colocándose entre los dos adultos.

La mujer se obligó a mirar la carretera mientras indicaba a Robert la dirección del hospital. No quería mirarlo a él ni sentir aquella atracción primitiva en su interior.

El hombre conducía deprisa y entró en el aparcamiento del hospital justo detrás de la ambulancia. Era un hospital pequeño pero nuevo, y la respuesta del personal fue impecable. Jason fue conducido a la sala de Urgencias antes de que su tía pudiera acercarse a hablarle.

Robert le tomó el brazo con firmeza y tiró de Paige y de ella hacia la sala de espera.

-Sentaos -dijo-. Voy a buscar café para nosotros. ¿Qué quieres tú, querida? -preguntó a la niña-. ¿Un refresco?

Paige asintió y luego negó con la cabeza.

-¿Puedo tomar café, tía? -susurró-. Tengo frío. O quizá cacao caliente.

Evie asintió y Robert se acercó a la máquina. La joven rodeó a Paige con el brazo y la atrajo hacia sí, sabedora de que la chica se había llevado un buen susto.

-No te preocupes, tesoro. Jason estará en casa mañana quejándose del dolor de cabeza y volviéndote loca.

Paige reprimió las lágrimas.

-Lo sé. Y seguro que mañana me enfado con él, pero ahora quiero que se ponga bien.

-Se pondrá bien. Te lo prometo.

Volvió Robert con dos vasos de café y uno de cacao caliente. Los repartió y se instaló al otro lado de Evie. La joven probó el café y notó que tenía mucho azúcar. Miró a Robert, que observaba su reacción.

-Bébetelo -dijo-. Tú también estás un poco en shock.

Evie obedeció sin protestar. La ropa mojada resultaba bastante fría con el airé acondicionado del hospital y apenas pudo reprimir un escalofrío. Pensó que él también tendría que sentir frío, pero no era así. Su brazo tocaba el de ella e irradiaba calor a través de la ropa mojada.

Captó al parecer el débil escalofrío de ella.

-Te traeré una manta -dijo levantándose.

La mujer lo vio acercarse al mostrador y hablar con una enfermera. Medio minuto después volvía con una manta en las manos. Evie pensó que tenía un aire innato de mando. Una mirada a sus ojos verdes de hielo y la gente se apresuraba a hacer su voluntad.

La inclinó para pasarle la manta alrededor y ella se dejó hacer. Estaba acabando cuando se abrió la puerta y entró su humana Rebecca con aire tenso y asustado. Al verlas, se acercó a ellas.

-¿Qué ha pasado? -preguntó.

-Lo están atendiendo -repuso Robert con voz profunda y tranquilizadora-. Le darán unos puntos en la parte de atrás de la cabeza y seguramente lo retengan esta noche en observación, pero son heridas menores.

Rebecca lo miró.

-¿Quién es usted? -preguntó con brusquedad.

-Es Robert Cannon -dijo Evie, esforzándose por parecer tranquila-. Nos sacó a Jason y a mí del agua. Señor Cannon, ella es mi hermana, Rebecca Wood.

Rebecca miró la ropa mojada de Robert y el rostro pálido de su hermana.

-Voy a ver cómo está Jason -comentó-.

Luego quiero saber qué ha pasado exactamente -se acercó al mostrador de enfermeras para decir quién era y la llevaron a la sala donde estaba Jason.

Robert volvió a sentarse.

-¿En qué cuerpo del ejército sirvió tu hermana? -preguntó.

Paige soltó una risita nerviosa.

-Creo que se llama maternidad -repuso Evie-. Empezó a practicar conmigo a una edad temprana.

-Es la mayor, supongo.

-Cinco años.

-O sea, que siempre has sido su hermanita.

-No me importa.

-Supongo que no. Bébete el café -le dijo. Acercó la taza a sus labios.

Evie bebió y lo miró con curiosidad.

-A usted tampoco se le da mal hacer de madre.

Robert sonrió.

-Sé cuidar de los míos -repuso. Sus palabras implicaban una amenaza sutil... y una advertencia.

Evie no mordió el anzuelo. Se hundió en la silla y clavó la vista al frente. El accidente de Jason le había traído muchos recuerdos.

En ese momento solo deseaba meterse en la cama, taparse con la sábana hasta la cabeza y alejarse del mundo hasta que se sintiera capaz de volver a él. Cuando se sintiera bien, se preocuparía del modo gentil pero firme en que Cannon se había hecho cargo de todo.

Guardaron silencio hasta que Rebecca se reunió con ellos. 1

-Se quedará aquí esta noche -dijo-. Tiene una conmoción leve y le han dado diez puntos. No quiere decirme qué ha pasado. ¿Qué es lo que intenta ocultarme?

Evie vaciló, lo que dio tiempo a que se adelantara Paige.

-Estaba haciendo el tonto en el muelle con Scott, Jeff y Patrick. La tía les gritó que se estuvieran quietos, pero no hicieron caso. Jason empujó a Patrick y este le devolvió el empujón; Jason se cayó y se dio con la cabeza en el borde al caer al agua. La tía se lanzó detrás de él y no salía a la superficie y el señor Cannon intentó encontrarlos a los dos.

Luego salió la tía Evie y tenía a Jason y el señor Cannon los empujó a los dos al muelle. Y Jason no respiraba, mamá, y la tía casi se ahogan también y el señor Cannon le hizo la respiración artificial a Jason y entonces este empezó a toser y a vomitar y llegó la ambulancia. La había llamado yo -terminó con prisa.

Rebecca parecía sorprendida por el torrente de palabras que había soltado su callada hija, pero el miedo era aún palpable en ellas. Se sentó a su lado y la abrazó.

-Lo has hecho muy bien -le dijo. Paige suspiró con alivio.

Rebecca observó el rostro pálido de su hermana.

-Está bien -dijo-. Al menos por el momento. Cuando se recupere, lo mataré yo. O mejor aún, creo que lo castigaré sin salir todo el verano y luego lo mataré.

Evie consiguió sonreír.

-Si sobrevive a todo eso, yo también quiero hacerle algo.

-Trato hecho. Y ahora vete a casa y quítate esa ropa mojada. Tienes peor aspecto que Jason.

La sonrisa salió con más facilidad esa vez.

-Vaya, gracias -musitó.

-Yo me encargo de ella -intervino Robert, levantándose. La joven quería protestar, pero era demasiado esfuerzo. Consiguió despedirse de Rebecca y Paige y se dejó llevar hasta el coche. El sol de la tarde cayó sobre su ropa mojada y se estremeció de placer.

Robert la abrazó por la cintura.

-¿Sigues teniendo frío?

-No, estoy bien -musitó ella-. Me gusta el calor.

El hombre abrió la puerta del coche y la sentó en el asiento. La fuerza de sus manos y la facilidad con que la levantaba en vilo la hicieron estremecer de nuevo. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en la ventanilla, tanto por cansancio como por ganas de distanciarse de él.

-No puedes dormirte -dijo Robert, divertido-. Tienes que indicarme cómo ir a tu casa.

Evie se forzó a abrir los ojos e indicarle el camino. Tardaron menos de un cuarto de hora en llegar a su casa. Salió del vehículo, reacia a invitarlo a entrar pero aceptando lo inevitable. Lo mejor sería ducharse y cambiarse lo antes posible.

Robert entró justo detrás de ella.

-Siéntese -dijo la joven; avanzó hacia el baño-. Salgo en quince minutos.

-Estoy muy mojado para sentarme -musitó él-. Pero tómate el tiempo que quieras. Saldré al porche si no te importa.

-Claro que no -sonrió sin mirarlo y huyó a la intimidad de su habitación.

Roben miró pensativo la puerta cerrada. Se sentía tan incómoda con él que ni siquiera lo miraba si podía evitarlo. Y era una respuesta que no estaba acostumbrado a provocar en las mujeres, aunque quizá ella tenía motivos para estar incómoda, ya que seguramente conocía su relación con PowerNet. Si la hubiera sorprendido con las manos en la masa, no se habría mostrado más culpable. Y él podía optar por tener paciencia, pero prefería acallar sus sospechas seduciéndola. De todos modos, ya había planeado hacerlo; solo tenía que aumentar la presión.

Oyó el agua de la ducha y aprovechó para echar un vistazo a lo que lo rodeaba. La casa tendría unos cuarenta años, pero había sido reformada para darle un interior abierto y más moderno, con vigas descubiertas y suelos brillantes de tarima. Plantas de todo tipo cubrían todas las superficies. Desde su lugar en la sala, podía ver la cocina y, más allá, el porche, al que se salía por una puerta de cristal. Unos escalones llevaban desde el porche a la casita de los botes.

Los muebles eran cómodos, pero no lujosos. Se acercó al anticuado escritorio y lo registró metódicamente, sin encontrar nada de interés. Miró sus recibos de banco, pero no encontró ingresos grandes.

Había una foto pequeña sobre la mesa. La examinó. En ella se veía a una Evie muy joven, pero ya seductora. El muchacho debía ser su marido. Observó su rostro, en el que se leía felicidad y, sí, amor. 'Pero sabía aquel chico lidiar con el tesoro sensual que representaba la chica que tenía en sus brazos? Por supuesto que no. Ningún adolescente habría sabido. Aun así, Robert sintió celos del chico muerto. Evie lo había amado tanto, que seguía llevando su anillo después de doce años.

Oyó cerrarse la ducha y salió al porche sin hacer ruido. Era una casa agradable, nada lujosa, pero cómoda y hogareña. Y con mucha intimidad, ya que las únicas casas que se veían eran las del otro lado del lago. El agua estaba muy azul, reflejando tanto el verde de las montañas como el azul de cielo. El sol empezaba a bajar, pero seguía brillando con fuerza. Pronto adoptaría un tono cobrizo y, cuando el crepúsculo ofreciera un respiro al calor, el aire olería a rosas y nomeolvides, a hierba recién cortada y a pino.

El tiempo era más lento allí; la gente no corría de un sitio a otro. Había visto personas que leían el periódico o pelaban guisantes sentadas en el porche de sus casas. Oyó a Evie acercarse a la puerta.

-Estoy lista -dijo.

Se volvió a mirarla. Tenía el pelo mojado, pero recogido en trenzas en la parte superior de la cabeza. Se había puesto unos vaqueros y una camiseta rosa que realzaba el brillo dorado de su piel. Pero sus mejillas seguían pálidas y su expresión agotada.

-Tienes una casa muy bonita -dijo él.

-Gracias. La heredé de mis suegros.

Robert aprovechó la oportunidad para preguntar:

-¿Estás casada?

-Viuda -se volvió y entró en la casa. El hombre la siguió.

-Lo siento. ¿Cuánto tiempo hace?

-Doce años.

-He visto la foto de la mesa. ¿Es tu marido?

-Sí. Matt -miró hacia la foto con una tristeza innegable en sus ojos oscuros-. Éramos muy jóvenes -pareció reponerse y avanzó con brusquedad hacia la puerta-. Tengo que volver al muelle.

-Mi casa está a unos siete kilómetros de aquí -dijo él-. No tardaré mucho en ducharme y cambiarme.

La mujer llevó una toalla al coche y secó el asiento antes de subir.

-Gracias -dijo, con la mirada clavada al frente-. Jason y yo seguramente no habríamos sobrevivido sin ti.

-Es posible -repuso él con voz tranquila-. Te habías agotado tanto, que no creo que hubieras podido sacarlo del agua. ¿No se te ha ocurrido soltarlo para subir a respirar?

-No. Eso no lo habría hecho.

Robert miró su perfil tenso y decidió cambiar de tema.

-¿Tu hermana lo castigará de verdad el resto del verano?

Evie soltó una carcajada.

-Tendrá suerte si solo le hace eso. No es solo que hiciera el tonto, es que además yo ya le había dicho que parara y no me obedeció.

-0 sea, ¿que ha violado una regla importante?

-Más o menos.

Robert paró el coche delante de su casa. Evie miró a su alrededor con interés.

-Este sitio ha estado un año a la venta.

-Pues ha sido una suerte que no se me adelantara nadie, ¿verdad? -salió, dio la vuelta para abrirle la puerta y entraron juntos en la casa-. Ponte cómoda mientras me ducho -dijo con una sonrisa.

Fue hacia su dormitorio, situado en el pasillo a la derecha. No dudaba de que ella haría lo mismo que él, aprovechar para registrar el lugar.

Evie miró a su alrededor. La casa era amplia y moderna, de ladrillo y madera rojiza, fácilmente del triple de tamaño de la suya. Una gran chimenea de piedra dominaba la pared izquierda. Del techo colgaban ventiladores gemelos. Los muebles eran lujosos pero cómodos.

Un mostrador estrecho separaba el comedor de la sala. Y en el mostrador había una hilera de helechos. Los ventanales daban a un porche, amueblado con sillones cómodos, una mesa con sombrilla y más plantas. Se acercó vacilante al comedor para ver mejor. A la derecha se hallaba la cocina, un oasis inmaculado que brillaba con los electrodomésticos más modernos. Hasta la cafetera parecía sofisticada. A un lado de la cocina había una mesa pequeña con superficie de porcelana. Lo imaginó sentado allí por la mañana tomando café y leyendo el periódico. Unas puertas de cristal llevaban al porche de atrás. Le hubiera gustado seguir explorando, pero se sentía demasiado tensa allí en su territorio. Volvió de nuevo a la sala.

Robert se duchó y vistió despacio, para darle tiempo a mirar todo lo que quisiera. El no encontrar nada alarmante podía ayudar a calmar sus recelos. Empezaría a relajarse, que era justamente lo que él quería.

Al fin regresó a la sala. Para su sorpresa, ella seguía casi exactamente donde la había dejado, de pie y con cara de cansancio. Se volvió a mirarlo. Sus hermosos ojos marrones dorados seguían oscurecidos por un trauma interior que iba más allá del episodio con Jason, por traumático que hubiera sido este.

Robert se acercó y la tomó en sus brazos. La oyó respirar con fuerza y vio que sus ojos se abrían alarmados y empezaba a protestar. La besó en la boca.

La mujer se debatió en sus brazos y él la apretó contra sí con firmeza. Procuró no hacerle daño, pero aumentó la presión de la boca hasta que sintió ceder y abrirse la de ella. La dulzura de sus labios envió una descarga eléctrica a los nervios de él. Le introdujo la lengua en una imitación del acto de posesión sexual y repitió el gesto una y otra vez hasta que ella tembló en sus brazos y sus labios se aferraron a los de él.

La respuesta de ella hizo que le diera vueltas la cabeza y, para sorpresa suya, tuvo que luchar para conservar el control. Su boca era la más dulce que había probado nunca y el simple acto de besarla lo excitaba hasta un grado increíble.

No quería parar. Su intención era solo besarla, pero no esperaba la intensidad de su propia respuesta. La besó con fiereza, exigiéndole más. La oyó gemir y sintió que lo abrazaba y se apretaba contra él. Lo invadió una sensación primitiva de victoria. Sentía sus pechos, redondos y firmes, con los pezones duros. Introdujo la mano bajo la camiseta para tocar uno de ellos y acariciar el pezón con el pulgar por encima del sujetador de encaje. El cuerpo de ella se arqueó, apretó las caderas contra las suyas... y de pronto le entró el pánico e intentó liberarse.

Robert la soltó, a pesar de que todas las células de su cuerpo pedían más.

-Tranquila -consiguió decir, pero su voz sonaba ronca y jadeaba-. No te haré daño, querida.

Evie se había apartado. Se forzó a dejar de retroceder y enfrentarlo. La atracción de su virilidad era casi abrumadora, tentándola a volver a sus brazos y ceder a su dominio. Era más peligroso de lo que había sospechado.

-Sí, me lo harás -susurró. Le castañeteaban los dientes-. ¿Por qué haces esto? ¿Qué quieres de mí?

Librodot

Capítulo cinco

Parecía dispuesta a salir corriendo. Robert, para calmarla, retrocedió unos pasos y relajó las manos a los costados. Sus ojos brillaban con ironía.

-Eres una mujer encantadora. ¿Te sorprende que me sienta atraído por ti? En cuanto a lo que quiero de ti, estábamos tan cerca que supongo que la respuesta es evidente.

Evie siguió mirándolo con aire sombrío, intentando ver lo que había bajo sus palabras irónicas. Era muy sofisticado, pero usaba aquello como un escudo para esconder al hombre auténtico, al que la había besado con pasión fiera. Era un hombre de muchas capas, con motivos complejos y desconocidos. Sí, ella lo atraía como él a ella. Sería tonto negar su participación. Pero también tenía la impresión de que la estudiaba, manipulaba de un modo sutil. Desde el principio había captado su determinación de introducirse en su vida y eso era justamente lo que hacía. Fueran cuales fueran sus motivos, iban más allá de la atracción física.

-Yo no me acuesto con cualquiera -dijo.

El hombre estuvo a punto de sonreír. Fue más una expresión de los ojos que de la boca.

-Querida, prometo que no soy cualquiera -repuso-. ¿Sales con alguien?

-No.

No lo sorprendió que negara cualquier relación con Mercer.

-Entonces no hay problema, ¿verdad? No me digas que yo no te atraigo también a ti.

La mujer levantó la barbilla con ojos brillantes.

-Ese guante de terciopelo oculta un puño de hierro, ¿verdad? -comentó con voz neutral-. No, no voy a decir que no me atraes.

-Puedo ser decidido cuando quiero algo... o a alguien -repuso él.

La mujer hizo un movimiento abrupto, como si estuviera cansada de aquella justa verbal.

-Me he expresado mal. Yo no tengo aventuras.

-Sabia decisión, pero demasiado restrictiva en este caso -se acercó y ella no se retiró. Tomó el rostro de ella con una mano-. No te forzaré -murmuró-. Pero serás mía.

-Si no usas la fuerza, ¿cómo piensas conseguirlo? -preguntó ella.

El hombre enarcó las cejas.

-¿Crees que debería contártelo?

-Sí.

-Una idea interesante, pero no creo que la siga -rozó el labio inferior de ella con el pulgar-. Por ahora será mejor volver al puerto. Tú tienes un negocio que atender y yo un barco que anclar.

Dejó caer la mano y Evie se volvió aliviada, como si acabaran de liberarla de un campo de fuerza magnética. Le cosquilleaba el rostro donde la había tocado y recordaba la sensación eléctrica que la atravesó cuando le acarició el pecho. Su atrevimiento sugería gran experiencia y seguridad en sí mismo, lo cual la colocaba en desventaja.

De regreso al muelle guardaron los dos silencio.

El barco de Robert, un yate rápido, de seis metros, seguía donde lo dejó, enganchado a un Jeep negro. La joven entró en la oficina y Craig levantó la mirada de la revista deportiva que leía.

-¿Va todo bien? -preguntó-. Los chicos dicen que Jason casi se ahoga.

-Tiene una conmoción, pero irá a casa mañana -repuso ella-. Gracias por venir. Siento haberte estropeado el día.

-No importa -contestó él, animoso. Era un chico moreno y alto de diecisiete años. Llevaba dos años trabajando unas horas con ella y era lo bastante formal como para poder dejarlo al cargo sin miedo-. Oye, ¿y ese barco nuevo?

-Es mío -repuso Robert, entrando-. Quiero guardarlo aquí -le tendió la mano-. Roben Cannon.

El chico se la estrechó con firmeza.

-Craig Foster. Encantado de conocerlo, señor Cannon. Usted debe ser el que sacó a Evie y Jason del agua. Los chicos me han dicho que era un yanqui alto.

-El mismo -afirmó el hombre, divertido.

-Ya me lo parecía. ¿Quiere que lo ayude a atar el barco en un sitio?

-Lo haré yo -repuso Evie-. Ya te ha robado bastante tiempo.

-Me pagas por él -sonrió Craig-. Y ya que estoy aquí, puedo hacerlo. Mi madre no me espera hasta la cena.

Robert y él se alejaron conversando amigablemente.

Evie los miró por la ventana y pensó que a los chicos parecía caerles bien Robert. Hasta la tímida Paige se sentía a gusto con él. No los trataba como adultos, pero tampoco los ignoraba. La autoridad y la responsabilidad parecían asentarse bien en sus hombros. Era un hombre habituado a mandar.

Tenía que mantenerlo a distancia, por su bien, y no sabía si podría. Ya le había probado que podía hacerla perder el control con unos cuantos besos. Podía enamorarse de él, y eso era lo que más miedo le daba. Era un hombre fuerte, un hombre digno de amor. Le partiría el corazón si no tenía cuidado.

Se apartó de la ventana. Doce años atrás, el amor había estado a punto de destruirla. No podía repetir aquello. No tenía fuerzas para cruzar de nuevo el infierno y salir victoriosa. Ese día casi había perdido a Jason y el dolor había sido abrumador. Rebecca lo sabía, sabía que si él no hubiera llegado a salvar a Jason, ahora estaría enterrando a una hermana además de a un hijo. Ese era el motivo real de la furia de su hermana.

Y Evie sabía que Robert Cannon pensaba introducirse en su vida. Se iría después del verano, así que no buscaría nada más que una aventura placentera. Y al final del verano, volvería a su vida y ella tendría que seguir allí con una herida más en un corazón que apenas había sobrevivido al último golpe. No podía permitírselo.

Llamó al hospital y la pasaron con la habitación de Jason. Su hermana contestó al primer timbrazo.

-Está gruñón y le duele mucho la cabeza -dijo animosa-. Esta noche tengo que despertarlo cada dos horas, pero si todo va bien, mañana se irá a casa. Paul se ha ido hace unos minutos a llevar a Paige a casa de su madre y luego vuelve. ¿Y tú qué? ¿Más tranquila?

-No del todo. Pero ya ha pasado lo peor.

-Espero que estés en tu casa.

-Sabes que no.

-Deberías descansar hoy -la riñó Rebecca-. Confiaba en que el señor Cannon te convencería de ello. Parece que se le da bien dar órdenes.

-De primera -asintió Evie-. Iré a ver a Jason cuando cierre esto. ¿Quieres algo? ¿Una almohada, un libro, una hamburguesa...?

-No. Y no vengas. Jason está bien y tú tienes que descansar. Lo digo en serio.

-Yo también estoy bien y quiero verlo aunque solo sean unos minutos -soltó un grito de sorpresa al sentir que le quitaban el auricular de la mano. Se giró hacia Robert.

-¿Señora Wood? -dijo este-. Me ocuparé de que vaya directamente a su casa. Sí, sigue un poco temblorosa.

-No es verdad -Evie achicó los ojos.

-Cuidaré de ella -dijo el hombre con fiereza-. O pensándolo mejor, la llevaré a cenar antes de ir a su casa. Yo también lo creo así. Adiós.

-Odio que me traten como si fuera una idiota inútil -dijo ella con frialdad cuando colgó.

-Ni mucho menos -murmuró él.

-Supongo que crees que me sentiría segura y protegida si tomas decisiones por mí. Pues no es así. Me siento insultada.

Roben enarcó las cejas, ocultando su reacción. Había intentado provocar justamente aquello y lo sorprendía que ella hubiera ido directa al grano. Estaba demostrando ser muy astuta.

-Lo que creo -dijo con cautela- es que has corrido más peligro del que quieres confesarle a tu hermana y sigues temblando. Si vuelves al hospital, tendrás que hacerte la fuerte para no asustar ni a Rebecca ni a Jason y eso agotará aún más tus nervios.

-Y yo creo -repuso ella, con los puños apretados a los costados- que corro más peligro contigo que en el agua.

-¿Aunque te ofrezca una tregua por esta noche? -murmuró él-. Nada de besos; ni siquiera te tomaré la mano. Solo cenar y acompañarte a casa.

-No, gracias. No cenaré contigo y puedo ir sola a casa.

El hombre la miró pensativo.

-En ese caso, retiro la oferta de una tregua.

Evie vaciló solo un momento, pero bastó para que él volviera a tomarla en sus brazos. Su cuerpo era muy firme y duro. El olor de su piel limpia y cálida hacía que le diera vueltas la cabeza. Tenía la impresión de que iba a besarla en los labios, así que bajó la cabeza con rapidez y la apoyó en su pecho. La desconcertó oír una risita.

-¡Qué acto tan cobarde para una mujer que no tiene nada de eso! -murmuró él, con regocijo-. Pero no me importa limitarme a abrazarte. Tiene sus compensaciones.

Evie pensó que sí era una cobarde. La aterrorizaba aquel hombre. No llevaba bien la situación. Él no estaría acostumbrado al rechazo, así que cada vez que lo rechazaba, se volvía más decidido a salirse con la suya.

Roben la apretó más contra sí. Era muy fácil dejarse sostener, ceder a los nervios y la fatiga que había combatido con éxito hasta ese momento. Resistió el impulso de abrazarlo, de sentir su cuerpo, pero oía los latidos fuertes y rítmicos de su corazón, sentía subir y subir su pecho al respirar y eso bastaba para seducirla. Las fuerzas de la vida eran muy potentes en él, atrayendo a las mujeres hacia sí. Ella no era distinta a otras muchas.

-Robert -susurró-. No, por favor -una súplica cobarde.

La mano de él empezó a masajearle el cuello en dirección a los hombros.

-Evie -susurró a su vez-. ¿No qué? Por cierto, ¿de dónde viene Evie?

-De Evangeline -susurró ella.

-Ah -musitó él-. Evangeline. Femenino, espiritual, sensual... triste.

La mujer no respondió, pero la última palabra la afectó. Triste... sí. Tanto, que durante años no habría podido decir si brillaba el sol o no, porque su corazón solo veía gris. Ahora ya veía el sol, la corriente de la vida la había sacado de la oscuridad, pero no pasaba ni un día sin que recordara lo cerca que estaban las sombras. Siempre se hallaban ahí, un contrapunto constante a la vida. Si había luz, tenía que haber oscuridad. La alegría se equilibraba con el dolor, la intimidad con la soledad. Nadie navegaba indemne por la vida.

Robert la mecía sutilmente con su cuerpo, un movimiento apenas perceptible que sin embargo la introducía más y más en su abrazo. Volvía a estar excitado; imposible no notarlo. Evie pensó que debía apartarse, pero ya no podía. Estaba muy cansada y el movimiento gentil de su cuerpo resultaba tan tranquilizador como el balanceo de un barco anclado. Era difícil resistirse a los ritmos antiguos, vinculados como estaban a los instintos desde hacía siglos y siglos.

-¿Te vas a quedar dormida? -preguntó él después de unos minutos.

-Podría -repuso ella sin abrir los ojos. A pesar del peligro, había un consuelo profundo en su abrazo.

-Son casi las seis y media. Dadas las circunstancias, creo que tus clientes entenderán que cierres un poco antes.

-No. Me quedaré hasta las ocho.

-Entonces yo también.

-No es necesario.

-Yo creo que sí.

-Sigo sin querer ir a cenar contigo.

-Me parece bien. Te traeré la cena aquí. ¿Tienes alguna preferencia?

La joven negó con la cabeza.

-No tengo mucha hambre. Pensaba tomar un sándwich en casa.

-Déjamelo a mí -le besó el pelo-. Sé que voy muy deprisa -susurró-. Hoy es la segunda vez que nos vemos. Te daré tiempo para que aprendas a conocerme mejor y te sientas más cómoda conmigo. ¿Vale?

La joven movió la cabeza arriba y abajo. No quería asentir a nada relacionado con él, pero en aquel momento aceptaría cualquier oferta que pudiera enfriar la situación. La había hecho perder el equilibrio y seguía sin recuperarlo. Sí, necesitaba tiempo. Mucho tiempo.

Robert le sujetó la barbilla y la obligó a levantar la cabeza desde el refugio del pecho. Sus ojos color verde pálido brillaban con intensidad.

-Pero no me iré -le advirtió.

Aquella noche, Evie durmió profundamente, agotada por el estrés del día. Cuando al amanecer la despertó la bocina de un barco, no se levantó de inmediato, como tenía por costumbre, sino que siguió tumbada mirando la luz pálida extenderse por el cielo.

Durante doce años se había sentido segura en el interior de su fortaleza cuidadosamente levantada, pero Robert estaba derribando los muros. Apenas había salido con nadie desde la muerte de Matt, pero Robert le imponía su presencia.

Le había dicho que no la dejaría en paz, que no se iría, y no era un hombre que se distrajera fácilmente de su objetivo.

La besaría, abrazaría y acariciaría. Y Evie sabía que su cautela acabaría por desvanecerse bajo la fuerza del deseo físico y que ella no podría evitarlo.

Cerró los ojos y revivió el beso de la tarde anterior. Pensó en los dedos de él sobre su pecho y le dolieron los pezones. Por primera vez desde Matt, pensó en hacer el amor con otro. En el peso del cuerpo de Robert sobre el suyo, en sus manos y boca moviéndose por su piel desnuda, en sus muslos fuertes abriendo los de ella al colocarse para poseerla. Y el pensarlo bastaba para que todo su cuerpo se tensara de deseo. Sí, lo deseaba tanto como temía el dolor en que la dejaría sumida cuando saliera de su vida.

Una mujer prudente visitaría a un médico de inmediato para buscar un remedio al embarazo. Y Evie era una mujer prudente. Por lo menos podía protegerse en aquel sentido.

Capítulo seis

Evie colocó dos platos de Comida en la mesa, uno delante de Rebecca y otro delante de su asiento, y rellenó las tazas de café.

-Gracias -suspiró su hermana, tomando el tenedor. Tenía ojeras profundas después de la larga noche sin dormir que había pasado con Jason en el hospital.

Evie se sentó también. Tras pedir hora al médico para el día siguiente, había llamado al hospital para preguntar por Jason. Se encontraba bien, pero se había vuelto tan malhumorado como cuando era niño y estaba enfermo. Se quejaba por todo, sobre todo porque lo despertaran cada dos horas. Tan pesado se puso, que llegó un momento en que la ira de su madre estaba a punto de caer sobre su cabeza.

Por eso fue Evie al hospital a ocuparse de los detalles del alta y luego lo siguió a casa, ayudó a instalar al chico, sentó a Rebecca en una silla y preparó el desayuno para todos.

Conocía la cocina de su hermana tan bien como la suya propia, así que no tardó en hacer huevos revueltos, beicon y tostadas. Jason se instaló en el sofá con una bandeja en las rodillas, delante de la televisión.

El café revivió a Rebecca lo suficiente como para despertar su instinto de hermana mayor. Lanzó una mirada astuta a Evie por encima de su taza.

-¿Dónde cenasteis anoche?

-En el muelle. Sándwiches.

Rebecca se echó hacia atrás.

-Dijo que te llevaría a cenar y luego te acompañaría a casa.

-Yo no quise salir.

-¡Vaya! -gruñó Rebecca-. Creía que ese hombre era más fuerte.

Evie pensó que, si fuera aún más fuerte, ella habría acabado en su cama la noche anterior.

-Estaba muy cansada para salir, así que fue a buscar sándwiches. Se portó muy bien ayer.

-Especialmente al sacaros del agua -repuso Rebecca, atacando una loncha de beicon-. Tengo que darle las gracias. Sin embargo, sé reconocer a un hombre que va de caza, así que no intentes despistarme contándome lo amable que fue. La amabilidad es lo último en lo que piensa ese hombre.

Evie miró sus huevos fritos.

-Lo sé.

-¿Vas a darle una oportunidad o vas a pasar de él como de todos los demás?

-¿Qué todos? -preguntó Evie, confusa.

-¿Ves a lo que me refiero? Para ti son invisibles. Ni siquiera te fijas en todos los hombres a los que les gustaría salir contigo.

-Nadie me lo he pedido nunca.

-¿Y por qué van a pedírtelo Ii no sabes que existen? Pero seguro que Robert sí te lo ha pedido, ¿verdad?

-No -le había dicho que iba a cenar con ella y que iban a hacer el amor, pero no la había invitado a nada.

Rebecca la miró con incredulidad.

-Te burlas de mí.

-No. Pero si te sirve de consuelo, seguramente me lo pedirá la próxima vez que me vea.

-Lo que me importa es si saldrás con él -repuso su hermana con astucia.

-No lo sé -Evie tomó un sorbo de café-. Me excita, Becky, pero también me da miedo. No quiero tener nada con nadie y me aterroriza no poder evitarlo con él.

-¿Y eso es malo? -preguntó su hermana, exasperada-. Querida, han pasado doce años. Tal vez sea hora de que vuelvas a interesarte por los hombres.

-Tal vez -musitó Evie, aunque no estaba de acuerdo-. Pero Robert Cannon no es la opción más segura. Hay algo en él... No sé. Tengo la impresión de que busca algo más conmigo aparte de lo evidente. Tiene algún motivo oculto. Y es muy educado, pero no es un caballero.

-Mejor. Un caballero seguramente te haría caso y no volvería a molestarte después de que te negaras unas cien veces. Aunque debo admitir que a mí sí me pareció amable y protector.

-Posesivo -corrigió Evie-. Y despiadado -no, no era un caballero. La fuerza de voluntad que expresaban sus ojos era la mirada de un aventurero con corazón de cazador. La joven adoptó una expresión de miedo.

Rebecca se inclinó para tocarle el brazo.

-Lo sé -dijo. Y era verdad-. No quiero empujarte a algo que puedas lamentar, pero nunca se sabe lo que va a ocurrir. Si Robert Cannon es alguien a quien eres capaz de amar, ¿puedes permitirte ignorar esa posibilidad.

Evie suspiró. ¿Podía permitirse correr ese riesgo? ¿Y podría elegir?

Para alivio suyo, Robert no estaba en el muelle cuando fue a relevar a Craig. Soplaba un viento fresco y unas nubes negras amenazaban tormenta. Tanto los veraneantes como los pescadores empezaban a salir del lago, y durante una hora no tuvo ni un momento de descanso. En las montañas caían rayos, formando una línea blanca sobre el fondo negro púrpura. Los truenos resonaban en el agua y el agua empezó a caer a raudales sobre el lago.

Con todos los pescadores ya a salvo, Evie se retiró a la oficina, donde podía ver la tormenta a través de la protección de los cristales. Pero no había escapado al agua por completo, y se estremeció y se pasó una toalla por los brazos desnudos. La temperatura había caído diez grados en diez minutos; apreciaba el alivio del calor, pero el contraste intensificaba el frío.

Le gustaba la potencia y el drama de los rayos y truenos, y se instaló contenta en la mecedora a contemplar la tormenta con el fondo del lago y las montañas. El sonido de la lluvia resultaba reconfortante. No pudo evitar adormilarse, y se levantó para encender el pequeño televisor que tenía allí por sus sobrinos.

La violencia de la tormenta acabó disipándose, pero la lluvia continuó, aunque más suave. El puerto estaba desierto con excepción del mecánico, Burt Madys, quien trabajaba en una lancha motora en el edificio de metal donde se llevaban a cabo las reparaciones. Evie lo veía de vez en cuando por la puerta abierta. No habría más trabajo hasta que despejara el tiempo, lo cual no tenía aspecto de ocurrir pronto. En las noticias, el hombre del tiempo predijo lluvia para aquella noche, aunque empezaría a disminuir en torno a la medianoche.

Parecía que tenía una tarde larga por delante. Sacó un libro, pero hacía tanto que lo había empezado que no recordaba nada y tuvo que volver a empezarlo; tendría que llevárselo a casa si quería terminarlo.

Pero ya estaba somnolienta y, después de diez minutos, supo que el libro le daría aún más sueño. Lo dejó y buscó con la vista algo que hacer. Craig había limpiado esa mañana y los suelos estaban impecables.

Bostezó y buscó en la tele el canal de vídeos de rock. Eso la despertaría.

Cuando entró Robert media hora después, seguía viendo la televisión con incredulidad. Lo miró divertida.

-Me pregunto por qué hay músicos con piernas de pájaro y pecho hundido que se sienten obligados a enseñarnos sus cuerpos.

El hombre soltó una risita. Pensó que no era la primera vez que le pasaba con la joven. Al verla, nadie sospecharía jamás que pudiera ser espía. Él conocía sus actividades y no podía evitar desearla con una violencia que lo incomodaba porque resultaba incontrolable.

Apartó aquellos pensamientos y se acercó a ella. La rodeó con los brazos y ella parpadeó, sorprendida. Llevó automáticamente las manos al pecho de él en un gesto de defensa.

-Dijiste que me darías tiempo -le recordó en tono acusador.

-Y lo hago -repuso él. Levantó la mano izquierda de ella y le besó la piel tierna del interior de la muñeca. El pulso femenino se aceleró bajo sus labios. El aroma fragante de su piel lo excitaba. Acercó la punta de la lengua a las venas azules y sintió latir la sangre bajo su caricia.

Evie temblaba y se le aflojaban las rodillas. Robert lo notó y la apretó más contra sí. Mordió levemente la base del pulgar. La mujer tragó saliva. No sabía que aquello podía resultar tan erótico.

-¿Quieres cenar conmigo esta noche? -murmuró él. Le besó la palma, que recorrió después con la lengua. La mano de ella temblaba.

-No, no puedo -la negativa salió sola, por la fuerza de la costumbre. Comprendió atónita que deseaba aceptar.

-¿Tienes otra cita?

-No. Es... difícil -él no sabía hasta qué punto. Respiró hondo-. No he salido con nadie desde la muerte de mi marido.

Robert levantó la cabeza con el ceño fruncido.

-¿Qué has dicho?

Evie se ruborizó y liberó su mano. Cerró el puño para retener la sensación del beso.

-No he salido con nadie desde que murió Matt.

El hombre guardó silencio, digiriendo la información. Resultaba difícil creerlo de nadie, pero sobre todo de una mujer como ella. Por supuesto, era posible que no tuviera una aventura con Mercer, pero no parecía factible que hubiera vivido doce años como una monja. Aun así, no pensaba enfurecerla llamándola embustera.

Le acarició la barbilla con un dedo y de inmediato se sintió prendado de la textura aterciopelada de su piel.

-¿Y eso por qué? -murmuró con aire ausente-. Sé que todos los hombres no están ciegos.

La mujer se mordió el labio inferior.

-Por elección mía. No me interesa y no me parece justo hacerle perder el tiempo a nadie.

-Razonable... por una temporada. ¿Pero doce años?

Evie trató de apartarse, pero él aumentó la presión del brazo que la rodeaba. Estaban abrazados desde la cintura hasta las rodillas. La joven pensó que la fuerza de un hombre era algo maravilloso, que invitaba a una mujer a relajarse contra él. Hasta que Robert no la tomó en sus brazos, no se dio cuenta de lo mucho que lo necesitaba. En aquel momento supo que había perdido la batalla. Era inútil intentar rechazarlo; no solo no lo admitiría, sino que además ella tampoco quería que lo hiciera. Para bien o para mal, se había dejado afectar por él. Y no sabía si tendría fuerzas para ello, pero sabía que tenía que intentarlo.

No trató de explicarle aquellos doce años. En vez de eso, dijo:

-Muy bien. Saldré contigo. ¿Y ahora qué?

-Para empezar, puedes levantar la cabeza.

La joven obedeció. Lo miró a los ojos. Esperaba ver regocijo en ellos, pero su brillo era más victorioso que divertido. Se estremeció.

-¿Tienes frío? -preguntó él con suavidad.

-No, miedo -confesó ella con candor-. De ti -sus ojos eran profundos y misteriosos-. No se me dan bien los juegos, Robert. No me beses si no es de verdad. No vengas a menos que quieras quedarte.

-¿Me estás hablando de matrimonio? -preguntó él con frialdad, enarcando las cejas.

Su tono hizo que ella se sonrojara. Por supuesto, era ridículo pensar en el matrimonio. Y no se refería a eso.

-¡Claro que no! Nunca volveré a casarme. Pero la estabilidad, la seguridad emocional que tenía con Matt... no me conformaré con menos, así que, si buscas una aventura de verano, no soy lo que necesitas.

El hombre sonrió.

-Oh, sí que lo eres. Simplemente no lo has admitido aún.

Evie volvió a estremecerse, pero su mirada no vaciló.

-Quiero compromiso emocional. Si todavía quieres, saldré contigo con esa condición. No me siento cómoda contigo, pero supongo que eso cambiará a medida que nos conozcamos mejor. Y no quiero acostarme contigo. Sería demasiado riesgo.

Robert observó largo rato su rostro.

-Está bien, nos tomaremos el tiempo de aprender a conocernos. Pero yo quiero hacer el amor contigo y no voy a hacer voto de castidad -le tomó el rostro entre las manos-. Solo tienes que pararme cuando quieras -susurró-. Solo tienes que decir «no».

Librodot

La besó en los labios y ella suspiró con suavidad. La libertad para disfrutar de él era algo glorioso; tenía la sensación de llevar mucho tiempo congelada y ahora empezaba a derretirse, a llenarse del calor de la vida. Abrió la boca y él entró en ella con maestría. El roce de sus lenguas resultaba de una dulzura increíble y totalmente erótico.

Tuvo la impresión de que la besaba mucho tiempo, con sus cuerpos todavía apretados. El juego de sus labios y de su lengua resultaba embriagador. La ansiedad de ella disminuyó y un calor empezó a extenderse despacio por sus pechos y su vientre. Una de sus manos se cerraba en torno a la muñeca derecha de él, pero con la otra le acariciaba la espalda, sintiendo sus músculos duros, aprendiendo por instinto algunos de los detalles que lo formaban.

La televisión seguía puesta. Nadie se acercaba a la puerta aquella tarde de lluvia; se hallaban solos en la oficina, sin oír la música ni el sonido regular de la lluvia, escuchando solo la respiración del otro y sus gemidos inconscientes de placer. Evie florecía en sus brazos, adquiriendo poco a poco confianza en su sensualidad. Robert estaba muy excitado, pero se controlaba bien para que ella no se sintiera presionada. Ella se sentía segura, libre de relajarse y perderse en las nuevas sensaciones, explorando los límites de su deseo. Era diferente con Matt. Entonces era una muchacha y ahora toda una mujer, con la pasión más profunda y rica de las mujeres.

-¡Por Dios!

Robert se apartó de repente y respiró hondo. La respuesta de ella era vacilante al principio, pero luego había adquirido vida en sus brazos y él sentía que se quemaba, como si sujetara un fuego dulce entre las manos. Su propia respuesta lo sorprendía. Era difícil pensar en otra cosa que no fuera poseerla, y solo el lugar en que se hallaban le impedía intentarlo.

-Esta vez soy yo el que pide un alto, cariño. O nos paramos ahora, o tenemos que buscar un lugar más íntimo.

A Evie le latía con fuerza el corazón y sentía que le ardía la piel. Pero él tenía razón. Aquel no era el lugar indicado para darse el lote como adolescentes.

-No hay un lugar más íntimo -dijo. Apagó el televisor y, en el silencio que siguió, la lluvia sonó más fuerte que nunca. Miró por la ventana la cortina gris que velaba el lago, ocultando la otra orilla.

-Nadie sacará hoy su barco -dijo Robert-. ¿Por qué no cierras pronto y vamos a cenar a Huntsville?

La joven pensó que sus preguntas y sugerencias sonaban a órdenes y exigencias. ¿Nadie le había negado nunca nada?

-No puedo cerrar pronto.

-La lluvia durará hasta la noche -razonó él.

Librodot

-Pero eso no impedirá que la gente venga a comprar cebos. Puede que no sean muchos o que no sea ninguno, pero ese cartel dice que abro hasta las ocho.

Roben suspiró, exasperado por la dificultad de cortejar a una mujer que se negaba a sacar tiempo para él. Era la primera vez que tenía ese problema. Acercarse a Evie presentaba tantos obstáculos como un campo de minas.

En lugar de enfadarse, con lo que solo conseguiría que ella se obstinara aún más, preguntó:

-¿No puedes cambiar a veces el turno con Craig si lo avisas con tiempo?

La mujer sonrió, haciéndolo ver que empezaba a aprender.

-Supongo que sí.

-¿Mañana?

Esa vez ella casi soltó una carcajada.

-Mañana no puedo -tenía una cita con el médico a las diez de la mañana. Aunque le había dicho a Robert que no quería acostarse con él, sabía que tenía un efecto físico muy fuerte sobre ella. Por supuesto, no le diría que pensaba empezar a protegerse; él lo consideraría como una luz verde para hacer el amor.

El hombre suspiró.

-¿Pasado mañana?

-Se lo preguntaré.

-Gracias -repuso él con un asomo de ironía.

Robert recibió dos llamadas a la mañana siguiente. Estaba en el porche leyendo unos papeles que le había enviado Felice por fax; empezaba a descubrir que era muy fácil estar al día con el teléfono, el ordenador y el fax. La primera llamada fue de Madelyn.
-¿Cómo va todo por Alabama?

-Hace calor -repuso él. Llevaba solo un pantalón corto de gimnasia. La lluvia del día anterior había hecho que todo pareciera aún más verde y los olores más intensos, pero no había conseguido disminuir el calor. El sol de la mañana caía sobre su pecho y piernas desnudos. Por suerte, su complexión morena hacía que no tuviera que preocuparse de las quemaduras.

-Aquí hace un tiempo ideal. ¿Por qué no te vienes el fin de semana?

-No puedo -dijo él-. No sé cuánto tiempo estaré aquí, pero no puedo irme hasta dejarlo todo atado.

Librodot

-La invitación sigue en pie -dijo su hermana-. Si tienes un par de días libres, nos encantaría verte.

-Intentaré pasar por allí antes de volver a Nueva York -prometió él.

-Hazlo. No te hemos visto desde la primavera. Cuídate.

El teléfono volvió a sonar casi de inmediato. Esa vez era el hombre al que había contratado para vigilar a Landon Mercer.

-Anoche tuvo un visitante. Lo seguimos cuando se marchó y estamos tratando de identificarlo. No ha habido nada de interés en los teléfonos.

-De acuerdo. Siga vigilando. ¿Ha descubierto ya que lo siguen?

-No, señor.

-¿Encontraron algo en su casa?

-Está limpia. Demasiado. No hay ni recibos del banco. Vimos que tiene una caja fuerte, así que quizá guarde los papeles ahí, pero todavía no hemos conseguido abrirla. Estoy intentando conseguir una copia de sus recibos del banco.

-Manténgame informado -dijo Robert. Colgó el teléfono. En unos días más, Mercer empezaría a sentir un leve apretón. Al principio no le daría mucha importancia, pero no tardaría en volverse sofocante.

Sus planes con Evie también iban viento en popa, tanto en lo personal como en lo económico.

Capítulo siete

Robert no tenía intención de ver a Evie aquel día. Era un estratega experto en la eterna batalla entre hombres y mujeres; después de su persecución decidida, ella esperaría que llamara o se pasara por el puerto, y la falta de contacto la descolocaría un poco, debilitando aún más sus defensas. Pensaba a menudo que la seducción se parecía al ajedrez, aquel que llevaba la iniciativa era el que controlaba el juego.

Y él controlaba la seducción. En eso eran infalibles sus instintos. Podía llevarle semanas, pero Evie acabaría en su cama. Y no mucho después, acabaría con aquel lío. Mercer y Evie serían detenidos y él volvería a Nueva York.

Y por supuesto, el problema era ese. Que no quería a Evie en la cárcel. Cuando se desplazó allí estaba furioso, decidido a encerrarlos a los dos mucho tiempo. Pero eso era antes de conocerla y probar su dulzura. Antes de ver la tristeza subyacente en sus ojos dorados y de preguntarse si él la intensificaría aún más. Aquella idea lo ponía incómodo.

¿Era culpable? Al principio estaba convencido de ello, ahora ya no. Siempre había pensado que las personas que se dedicaban al espionaje, que traicionaban a su propio país, eran los seres más fríos del mundo. Carecían de la profundidad de sentimiento que tenían otros. Aquella insensibilidad no resultaba evidente en Evie; en todo caso, se diría que sentía demasiado.

No vaciló en lanzarse al agua detrás de Jason. Eso en sí mismo no era extraño; muchos desconocidos habrían hecho lo mismo, cuanto más un pariente. Pero pasó demasiado tiempo bajo el agua, aun sabiendo el peligro que corría. Había estado dispuesta a morir antes que soltar al chico y salvarse sola. Solo pensarlo le causaba una sensación de frío en los brazos.

Y solo una persona de grandes sentimientos podía hacer ese tipo de sacrificio.

Se levantó, apoyó los brazos en la barandilla y miró el agua azul del río. Había poca brisa y la superficie estaba tranquila. Pero aquel río, por tranquilo que pareciera, había estado a punto de llevarse la vida de Evie.

Se estremeció. Miró su reloj; era poco después de mediodía. La joven habría vuelto ya al muelle y él no tardaría en tener noticias de la persona que seguía todos sus movimientos.

En aquel momento sonó el teléfono y entró en la casa a contestar.

-Esta mañana ha ido a Huntsville -informó una voz femenina-. Su destino era un edificio de oficinas. Se cerró el ascensor antes de que yo pudiera entrar, así que no sé dónde ha ido. Ha tardado una hora y veinte minutos en volver al vestíbulo. Ha ido a su casa, se ha cambiado de ropa y ha salido hacia el puerto. Mercer ha estado todo ese tiempo en su despacho de PowerNet y no ha recibido llamadas. No ha habido ningún contacto entre ellos.

-¿Qué oficinas hay en ese edificio?

-Dos agencias de seguros, una inmobiliaria, cuatro doctores, cuatro abogados, tres dentistas, una compañía de empleo temporal y dos empresas de programación.

-Averigua adónde ha ido. Empieza por las empresas de programación.

-Sí, señor.

Robert colgó con un juramento. ¿Por qué no podía pasar Evie la mañana de compras o pagando facturas?

Quería verla. Quería llevarla a un lugar oculto y encerrarla allí hasta que pasara aquel lío. Quería hacerle el amor hasta someterla por completo. La violencia de todos esos anhelos le era extraña, pero no podía negarla. Esa mujer le producía un efecto que no había tenido con ninguna otra.

Lanzó una maldición. Se vistió con rapidez, salió de la casa y subió al Jeep negro. Si quería verla, la vería.

Virgil había ido otra vez de visita. Decía que su rodilla estaba mejor y ciertamente caminaba con menos esfuerzo. El día resultaba ajetreado, con clientes entrando y saliendo regularmente, y el anciano había pasado el tiempo con viejos amigos y conocidos.
Evie cobraba un refresco y un paquete de galletas saladas a un pescador cuando se abrió la puerta. Supo que era Robert sin necesidad de mirar. Le cosquilleaba la piel y sintió un momento de pánico.

Cuando terminó de atender al cliente, se permitió mirarlo mientras él se presentaba a Virgil, que lo recordaba perfectamente. Al anciano se le pasaban pocas cosas.

Robert llevaba vaqueros y una camisa blanca de algodón. Una gorra de béisbol cubría su pelo moreno, y en la mano llevaba unas gafas de sol. A Evie le latió con fuerza el corazón; incluso con aquel atuendo, había algo elegante y peligroso en él. Los vaqueros estaban desgastados y viejos y parecía tan cómodo con ellos como con camisas de seda.

La tocó en el brazo y fue como un chispazo eléctrico.

-Voy a sacar el barco- un rato y echar un vistazo al río -dijo.

-¿Has contratado un guía? -preguntó ella.

-No, pero el cauce del río está señalado, ¿verdad?

-Sí. Si no exploras fuera del cauce, no tendrás problemas. Te daré un mapa.

-Vale -miró a Virgil pensativamente-. ¿Le gustaría guiarme por el lago, señor Dodd? Es decir, si no tiene otros planes.

El viejo soltó una risita. Sus ojos brillaban de entusiasmo.

-¿Planes? -se burló-. Tengo noventa y tres años. ¿Quién hace planes a mi edad? Puedo dejar de respirar en cualquier momento.

Robert lo miró divertido.

-Estoy dispuesto a correr el riesgo, pero le advierto que un cadáver en el barco resultaría muy molesto.

Virgil se levantó de la mecedora.

-Le diré una cosa, hijo. Aunque solo sea para pagarle el placer de volver a subir a un barco, haré todo lo que pueda para que no tenga que llamar al forense.

-Trato hecho.

Evie movió la cabeza y sonrió a Virgil.

-Tened cuidado los dos -dijo-. Virgil, no olvides ponerte la gorra.

-No lo haré. ¿Crees que soy tan tonto como para salir sin algo en la cabeza?

-Acercaré el brazo -dijo Robert. Se detuvo al llegar a la puerta y volvió hasta ella-. Olvidaba algo.

-¿Qué?

El hombre bajó la cabeza y la besó en la boca con pasión.

-Eso -murmuró.

La mujer oyó la risa de Virgil y vio las miradas de interés que les lanzaban dos clientes que examinaban los cebos y anzuelos. Se sonrojó y bajó la vista.

Virgil le dio una palmadita en el brazo, sonriente.

-Me han dicho que ese joven os ayudó mucho el otro día cuando el chico de Becky se cayó al agua.

Evie carraspeó.

-Sí. Si no llega a estar él, es probable que Jason y yo nos hubiéramos ahogado.

-Tiene buenos reflejos, ¿eh?

La joven se sonrojó de nuevo e hizo señas a Virgil de que se marchara. ¿Por qué narices tenía que besarla en público?

Miró alejarse por la ventana el pequeño yate negro, cuyo motor rugía con fuerza. Comprendió de repente lo poco que sabía de Robert Cannon. ¿Cómo se ganaba la vida?

Sabía que debía tener dinero para poder permitirse comprar una casa y un barco. ¿De dónde era? ¿Tenía familia, estaba casado o lo había estado? No sabía nada de él.

Y sin embargo, en cierto modo, lo conocía. Era complicado, un hombre que mantenía una distancia sutil pero constante entre los demás y él. Posiblemente mucha gente lo consideraba controlado y frío; Evie estaba de acuerdo en lo de controlado, pero su control ocultaba una ferocidad que la asustaba, aunque también se correspondía con su propio fuego interior. Era despiadado, mandón, y había visto, casi enseguida, cuánto le apetecía a un anciano volver a dar una vuelta por su río.

Y ella nunca se había sentido tan atraída por ningún hombre.

Con Matt fue diferente. Crecieron juntos... estaban en la misma clase en el instituto. Lo conocía tan bien como a sí misma; eran como las dos mitades de un todo. El amor surgió de modo gradual y sereno, como la llama de una vela. Robert... Robert era un infierno, y el fuego entre ellos podía convertirla en cenizas.

Roben y Virgil llevaban más de una hora fuera cuando entró Landon Mercer en la oficina.

-Hola, encanto -dijo con jovialidad-. ¿Qué tal está la mujer más bonita de esta parte del estado?

Evie lo miró impasible. Por desgracia, en ese momento se había quedado sola. Prefería tener compañía cuando entraba él. Por supuesto, estar sola le daba también ocasión de seguirlo una vez más.

-Hola, señor Mercer -dijo.

-Landon -repuso él, como hacía siempre. Se apoyó en el mostrador como con descuido, aunque adoptando una pose que resaltaba su físico. Evie admitía que era guapo, pero a ella la dejaba fría.

-¿Quiere alquilar una lancha? -preguntó.

-Claro que sí. Hace tiempo que no salgo a pescar, así que he decidido saltarme el trabajo esta tarde.

Evie vio que llevaba una caña y una caja de cebos, como siempre.

-¿Quiere alguna en particular?

-No, cualquiera -se inclinó más hacia ella-. ¿Por qué no cenamos juntos cuando vuelva? Podemos ir a algún sitio bonito, tal vez en Birmingham.

-Gracias, pero esta noche tengo planes -repuso ella, con voz que denotaba muy poco interés. Por desgracia, él estaba tan inmerso en su propio encanto, que no sabía ver la falta de respuesta en ella.

-Mañana entonces. Es sábado. Podemos ir a Atlanta a divertirnos de verdad.

-El puerto abre los siete días de la semana.

-Oh. Vale, pues iremos a Birmingham. -No, gracias, señor Mercer. Mañana por la noche también tengo planes.

-Vamos, ¿tan ocupada está? Seguro que puede posponerlo.

Evie apretó los dientes.

-Mañana tengo una cita.

-Ahora estoy celoso. ¿Quién es el afortunado?

-Nadie que usted conozca -tomó una llave del tablero y la dejó en el mostrador-. Aquí tiene. La número cinco, al final del muelle.

El hombre sacó la cartera y le pasó dos billetes de veinte dólares.

-La devolveré en dos horas -dijo.

-Muy bien -ella forzó una sonrisa-. Que se divierta. Espero que pesque mucho.

-Nunca lo hago, pero es divertido.

Se alejó hacia la puerta y Evie dejó el dinero en la caja registradora y lo observó andar por el muelle. Miraba a su alrededor, observando el aparcamiento y el tráfico en la calle.

Levantó el auricular y llamó a Burt, que estaba en el edificio de mantenimiento. El mecánico respondió justo cuando Mercer subía a la lancha.

-Burt, voy a salir un rato en lancha -dijo ella con rapidez-. Cierro la tienda, pero estate atento a los surtidores.

-De acuerdo -repuso Burd Mardis, un hombre muy poco curioso.

Mercer se alejaba del muelle. Evie se puso una gorra, tomó las gafas de sol y salió del edificio. Cerró la puerta tras ella y corrió hacia su lancha.

Esta era más veloz que las de alquiler, pero en el agua y, a cierta velocidad, era difícil distinguirla de ellas.

Salió al agua y, cuando estuvo ya en el lago, miró a su alrededor en busca de Mercer; por desgracia, él se había alejado tanto que no podía identificarlo con seguridad, y había tres lanchas delante de ella, tres puntos pequeños. ¿Cuál era la de Mercer?

El brillo fuerte del sol convertía el lago en un espejo. El aire caliente la golpeaba. El aroma del río llenaba su cabeza y sus pulmones, y se sintió exultante. Eso formaba parte de la vida que amaba... el viento en la cara, la sensación de velocidad, el balanceo del barco. Cuando corría así por el agua, era como si estuviera a solas con Dios. Habría sido plenamente feliz de no ser porque no sabía lo que se proponía Mercer.

Un minuto después, una de las lanchas disminuyó la velocidad y se dirigió hacia otro puerto. Al acercarse, vio que contenía dos pasajeros.

Siguió a toda velocidad y poco después comprobó que empezaba a alcanzar a una mientras la otra se alejaba cada vez más. Como su lancha era más rápida que la de Mercer, calculó que la que estaba alcanzando era la de este. Frenó un poco, lo bastante para no perderlo de vista, pero sin acercarse tanto que pudiera identificarla. Casi todos los que estaban en el agua llevarían gorra de béisbol y gafas de sol, y su pelo iba recogido en una trenza, así que estaba bastante segura de que no la reconocería.

Mercer avanzaba hacia la zona de siempre, donde había muchos islotes. No podría acercarse mucho, porque cuando redujera su velocidad, podría oír otros barcos. Lo mejor que podía hacer era parar a cierta distancia y hacer como que pescaba.

La lancha de delante frenó y se metió entre dos islotes. Evie mantuvo la velocidad y pasó de largo. Había una distancia de unos doscientos metros entre ellos, pero vio que él se acercaba a la orilla de la isla de su derecha.

Evie giró en dirección contraria, alejándose de él. Por el río bajaba una barcaza muy cargada y que se hundía bastante en el agua. Si dejaba que se situara entre Mercer y ella, lo perdería de vista al menos medio minuto, suficiente para perderlo. Pero si se colocaba en el camino de la barcaza, podía acabar más cerca de él de lo que quería.

No podía evitarlo. Escondió la trenza larga en el interior de la camiseta y se dispuso a cruzar el río delante de la barcaza.

-El lago Guntersville es fácil de conocer -comentó Virgil-. Por supuesto, yo pescaba en el río antes de que construyeran el pantano, así que conocí la situación del terreno cuando aún no lo cubría el agua. El río se desbordaba a menudo y los muchachos de Roosevelt decidieron que necesitábamos un pantano para que no hubiera más inundaciones. Bueno, claro que no las hay, porque ahora toda la tierra que antes se inundaba a veces está siempre debajo del agua. El Gobierno lo llama control de inundaciones, pero lo que hicieron fue quitarle la tierra a la gente, echarlos de sus casas y cubrir de agua muchos campos buenos.

-Pero el pantano trajo electricidad al valle, ¿no? -preguntó Robert. Avanzaba a unos treinta kilómetros por hora, lo que permitía que conversaran sin problemas. Tenían que gritar un poco, pero se oían.

Virgil hizo una mueca.

-Claro que sí. Y yo me alegro. Pero ninguno pensamos que construían el pantano para hacernos la vida más fácil. Sabíamos lo que ocurría. Era la Depresión y Roosevelt habría construido la segunda Torre de Babel sólo para crear puestos de trabajo. Aunque no sirvió de mucho. La economía no volvió a despertar hasta la guerra.

-¿Luchó usted en la guerra?

-Era demasiado viejo -sonrió Virgil-. ¡Imagínese! Hace más de cincuenta años dijeron que era demasiado viejo. Pero estuve en la primera. Mentí sobre mi edad para poder ir. En la segunda me ofrecí voluntario para ayudar a entrenar a los jóvenes con los rifles. A mi mujer no le gustó nada quedarse sola con cinco hijos. Y si llegan a mandarme a Europa, se habría vuelto loca. El mayor de nuestros hijos, John, tenía diecisiete años cuando empezó todo y se unió a la Marina. Volvió sin problemas. Imagínese. Pasó la guerra en el Pacífico sin un rasguño y murió de neumonía dos años después. La vida tiene esas cosas.

Guardó silencio, recordando quizá a gente que había entrado y salido de su vida.

-Hay muchos arroyos que desembocan en el lago -dijo después. Hace poco pasamos el Short... este es el arroyo Town.

Robert había estudiado mapas del lago, así que, cuando Virgil le dio el nombre de los arroyos, consiguió saber dónde estaban. Como el lecho del río estaba señalado, era fácil permanecer en agua profunda. Cuando saliese del lecho, podía usar la experiencia de Virgil, que sabía dónde el agua era superficial y dónde no.

-He perdido a mucha gente con los años -dijo el viejo en cierto momento-. Por eso quizá me muestro muy protector con los que quedan. Evie es una mujer especial. Ha sufrido mucho, así que, si no va a portarse bien con ella, lo mejor que puede hacer es dejarla en paz y volver al norte.

El rostro de Robert era inescrutable.

-¿Evie es pariente suya? -preguntó.

Virgil hizo una mueca.

-De sangre no. Pero la conozco desde que nació, la he visto crecer y no hay una mujer mejor en esta ciudad. Yo veo la televisión, sé que los tiempos han cambiado mucho. Pero si solo busca pasar un buen rato, le digo que ella no es así.

Robert sentía emociones conflictivas. Una de ellas, su rabia fría e instintiva que le causaba la intromisión del viejo. No estaba habituado a las advertencias. También lo divertía en cierto modo el atrevimiento del anciano.

-No suelo hablar de mis relaciones -dijo con tono distante-. Pero mi interés por Evie no es momentáneo. ¿Por qué dice que ha sufrido mucho?

-La vida no ha sido fácil para ella. Perdió a Matt el día después de su boda y... bueno, eso la cambió. Sus ojos ya no brillan como antes. Desde la muerte de Matt no ha mirado a otro hombre... hasta ahora. Por eso le digo que no la defraude.

Robert se quedó atónito por la ola de celos que lo atravesó. ¿Celos? Nunca había estado celoso. O las mujeres con las que salía le eran fieles, o la relación terminaba. Punto. ¿Cómo podía tener celos de un chico que llevaba doce años muerto? Pero Evie tenía puesto todavía su anillo y al parecer le había sido fiel todo ese tiempo. Porque estaba seguro de que con Mercer no tenía nada, al menos a ese nivel. Le había dicho que no quería acostarse con él porque todavía intentaba ser fiel a un esposo muerto.

-¿Qué clase de persona era Matt? -preguntó. No quería saberlo; no quería hablar de él, pero se sentía obligado a indagar.

-Era un buen chico. Habría sido un buen hombre. Honrado, amable. Nunca salió con otra chica aparte de Evie. Planearon casarse desde el día en que empezaron el instituto. Nunca vi a dos chicos quererse tanto como ellos. Fue una pena que no tuvieran más tiempo. Ni siquiera pudo dejar un hijo que mantuviera viva una parte de él. Una verdadera lástima. Ella necesitaba algo por lo que vivir.

Roben ya tenía bastante. No podía seguir oyendo lo maravilloso que había sido Matt Shaw y cuánto lo había amado Evie, o se pondría furioso. No intentaba analizar su reacción, simplemente era así. Dio la vuelta al barco y volvió al puerto. Un hombre ataviado con un mono grasiento salió del edificio de mantenimiento al oír el motor.

-Sal del sol y hazme compañía un rato -dijo a Virgil-. Evie ha cerrado la tienda y ha salido con su lancha -tendió un brazo para ayudar al anciano a subir al muelle.

-¿Cuándo ha sido eso? -preguntó Robert.

El mecánico se encogió de hombros.

-Hará como una hora. No he mirado el reloj.

La mujer había rehusado cerrar la tienda en una tarde de lluvia en la que no había clientes y ahora la cerraba poco después de comer en un día soleado. Robert achicó los ojos. Miró el aparcamiento. Conocía el modelo y la matrícula del coche de Mercer y vio que estaba allí.

¡Maldición! Evie había ido a reunirse con aquel traidor.

Librodot

Capítulo ocho

Cuando Evie metió la lancha en su sitio habitual, Robert estaba de pie en el muelle. Llevaba unas gafas de sol que ocultaban sus ojos por completo, pero ella no necesitaba verlos para saber que estaban helados de rabia. Tal vez fue lo contenido de sus movimientos lo que la alertó sobre su mal humor. Sintió un escalofrío a pesar del calor.

Ató la lancha y saltó al muelle.

-¿Ha disfrutado Virgil? -preguntó, avanzando hacia la tienda. En aquel momento tenía otras preocupaciones que lidiar con su mal humor. Oía el rugido de una lancha que se acercaba y podía ser o no la de Mercer, pero ella no quería correr riesgos. Cuando él llegara, quería estar dentro de la tienda trabajando como de costumbre.

-Un momento -dijo el hombre.

-Más tarde -repuso ella, corriendo hacia la puerta.

Robert la siguió de cerca, pero no tuvo ocasión de decir nada. Virgil la había visto y se acercaba también. Robert controló su rabia y frustración lo mejor que pudo.

El viejo suspiró de placer al sentir el aire acondicionado.

-Me he vuelto blando con los años -musitó-. Antes no me molestaba el calor.

-Antes no había aire acondicionado, así que daba igual que te molestara -sonrió Evie.

El anciano se sentó en la mecedora.

-Soy un blando -repitió.

La mujer se acercó a la máquina de bebidas y sacó tres botellas de Coca Cola.. Dio una a Robert, otra a Virgil y se bebió la tercera de un trago largo.

Se acercaba una lancha. Vio enseguida que se trataba de la de Mercer. Sabía que la había visto, pero no creía que la hubiera reconocido.

Robert apoyó una cadera en el mostrador y bebió de la botella. Su expresión no delataba nada, pero ella tenía la impresión de que se hallaba expectante. ¿Hasta que pudieran hablar? No, era algo más inmediato.

Observó a Mercer atar la lancha y andar por el muelle con la caja de pesca en una mano y la caña en la otra. Se abrió la puerta y entró en la tienda lleno de satisfacción consigo mismo.

-Nada hoy, encanto -dijo-. Tal vez tendría más suerte si me acompañaras tú. ¿Qué me dices?

-No me gusta pescar -mintió ella, lo que hizo que Virgil estuviera a punto de atragantarse con la bebida.

Robert estaba de espaldas a Mercer. Se volvió hacia él.

-Hola, Landon -dijo con frialdad-. A mí me gustaría acompañarte la próxima vez que te tomes la tarde libre.

A Evie le sorprendió que lo llamara por su nombre de pila. ¿De qué lo conocía? Mercer, por su parte, se puso pálido. -Se... señor Cannon -tartamudeó-. Ah...¿cómo...? ¿Qué hace aquí?

Robert enarcó las cejas con sorna. Evie vio que Mercer estaba realmente sorprendido de verlo allí y eso hizo que se relajara. No sabía qué relación los unía, pero no parecía su cómplice.

-Este lugar tiene sus atractivos -repuso Robert.

La mujer se ruborizó. Mercer pareció aún más sorprendido.

-Oh -murmuró-. Sí, claro -consiguió recuperarse un tanto y sonreír-. Se hace tarde. Tengo que irme. Llámeme cuando esté libre, señor Cannon, y jugaremos al golf.

-0 iremos de pesca -sugirió Robert.

-Ah... sí. Sí, lo haremos. Cuando quiera -dejó las llaves de la lancha en el mostrador y salió rápidamente.

-Me pregunto a qué viene tanta prisa -musitó Virgil.

-Tal vez la mala suerte de tomarse una tarde libre del trabajo y encontrarse con su jefe en el puerto -sugirió Robert.

El viejo soltó una carcajada.

-Trabaja para usted, ¿eh? Seguro que eso le ha estropeado toda la diversión.

-Seguro que sí.

Evie seguía contemplando la escena. Era evidente que a Robert no le gustaba nada Mercer. A pesar de su cordialidad con él, se notaba. Y ella se sentía muy aliviada. Por un momento horrible había temido que los dos fueran cómplices de algo sucio, pero la reacción de Mercer no había sido la de alguien que se encuentra a un amigo. Sin embargo, la preocupaba que trabajara para Robert. Igual que no quería que sus acciones mancharan el negocio de ella, tampoco deseaba que perjudicaran a Robert de ningún modo.

No había conseguido descubrir a qué se dedicaba; había seguido un camino retorcido entre varios islotes y se había parado un momento en uno de los más grandes. Evie no pudo ver si hacía algo allí. De haber estado en un bote sin motor, habría podido acercarse más sin que la oyera, pero así no. Mercer luego reanudó su paseo entre los islotes y ella lo vigiló todo lo que pudo, pero era inevitable que a veces lo perdiera de vista. Cuando al fin

salió de los islotes, ella tuvo que acelerar todo lo posible para sacarle ventaja y llegar a puerto la primera.

Así que seguía sin tener nada aparte de sospechas. Mientras pensaba si debía confiarle o no a Robert lo que sabía, llegó la biznieta de Virgil; llevaba a una niña de once meses sobre la cadera y la seguían dos niños de cuatro y seis años.

-Abuelo, abuelo -gritaron los dos. Corrieron a la mecedora y se subieron a las rodillas del viejo con una naturalidad que indicaba que llevaban toda la vida haciéndolo.

-¿Cómo ha ido todo? -preguntó Virgil, abrazándolos-. ¿El dentista te ha dado algo?

-Sí -el más mayor sacó una piruleta roja del bolsillo-. Mamá dice que puedo comerla porque no tiene azúcar. ¿La quieres? -su expresión indicaba que no lo convencía la falta de azúcar.

-Me tienta -repuso el viejo-. Pero quédatela tú.

Evie sonrió a la madre de los niños.

-Sherry, te presento a Robert Cannon. Virgil y él han salido juntos en el barco. Sherry Ferguson, biznieta de Virgil.

-Encantada -de conocerlo -dijo la mujer con una sonrisa amistosa. Cambió a la niña a la otra cadera y le tendió la mano.

Robert fue a estrechársela y la niña pensó que tendía el brazo hacia ella; soltó la blusa de su madre con un gritito de placer y tendió los brazos. Sherry intentó retenerla, pero Robert fue más rápido y la tomó en sus brazos antes de que hubiera terminado de despegarse de Sherry.

-¡Allison Rose! -exclamó esta-. Lo siento -tendió los brazos hacia la niña-. No sé qué le ha pasado. No suele irse así con los desconocidos.

Allison Rose gritó y se apartó de las manos de su madre, aferrándose con fuerza a la camisa de Robert.

-No importa -dijo este. Sujetó la espalda de la niña y sonrió a la madre-. Siempre se me han dado bien las mujeres.

Evie pensó que de eso no había ninguna duda. Sherry se derretía bajo su sonrisa y la pequeña Allison estaba en el cielo.

La niña miraba a su alrededor con expresión beatífica, como una reina que observara a sus súbditos. Robert inclinó la cabeza para hundir la nariz en los rizos suaves y oler su aroma infantil. El contacto de sus bracitos aferrándose a él le producía una extraña satisfacción.

Evie tenía dificultades para respirar bien. Tuvo que apartar la vista. ¿Por qué tenía que mostrar tanta ternura y cerrar los ojos de placer al oler a la niña? La joven sentía una emoción tan abrumadora, que no podía pensar con claridad.

Recordaría toda su vida el momento exacto en el que se enamoró de Robert Cannon.

Empezó a mover papeles de sitio, aunque no hubiera podido decir de qué papeles se trataba. Oyó a lo lejos que Sherry preguntaba por la excursión en el río, la respuestas entusiasta de Virgil y los comentarios de Robert, hechos con un tono tranquilizados.

Se sentía distanciada, apartada, analítica. Robert era un maestro en comprender a la gente y usaba su voz para manipularlos y conseguir la respuesta que deseaba. Casi como si dirigiera marionetas, tiraba de los hilos de las personas con tal sutileza que estas no notaban que las dirigía.

Y si hacía eso con los demás, era indudable que con ella también.

Respiró hondo. ¿Robert le había dicho la verdad en algún momento o todas sus palabras habían ido destinadas a... a qué? ¿Llevársela a la cama? ¿Le gustaba la pasión de la caza? Pero, por otra parte, también podía ser sincero. ¿Cómo notar la diferencia?

No podía. Solo el tiempo le diría si podía confiar en él, y dudaba que dispusieran de mucho tiempo. Había dicho que había ido a pasar el verano. Como mucho, se quedaría seis o siete semanas más.

-Evie -pronunció su nombre cerca de su oreja y le tocó un brazo-. Sherry y Virgil se marchan.

La joven se volvió con una sonrisa. Notó que Robert era el único que se había dado cuenta de su distracción, otra muestra más de la agudeza de su percepción. Allison había vuelto a los brazos de su madre, con el cebo de una piruleta roja. Virgil y los niños estaban ya en la puerta. Los pequeños gritaban que querían un helado y su madre insistía en que no se lo iba a comprar. El anciano dijo que él también necesitaba un helado, lo que acabó con la discusión.

Evie se despidió de ellos, muy consciente de la presencia de Robert a su lado.

El silencio cuando se quedaron solos casi se podía palpar. Cerró la puerta e intentó pasar al lado de él, pero Robert la tomó por la cintura y se encontró sentada en el mostrador con él, de pie entre sus piernas para impedirle bajar. Clavó la vista en el centro de su pecho, negándose a mirarlo. No quería una confrontación cuando acababa de descubrir que lo amaba y que no podía confiar en él todavía.

-¡Maldita sea! -exclamó el hombre-. Mírame.

-¿Por qué?

-Porque no quiero hablarle a tu nuca. -Te oigo muy bien así.

Robert lanzó un juramento y le subió la cara con las manos. Evie intentó fijarse en su nariz, pero el brillo verde pálido de sus ojos atraía su atención. No podía ignorar la furia que leía en ellos.

-¿Adónde has ido?

La pregunta pretendía ser casual. De no haber visto sus ojos, tal vez se hubiera dejado engañar.

-Tenía algo que hacer.

-Ah. ¿Te has encontrado con Landon Mercer? -preguntó con brusquedad-. ¿Tienes una aventura con él?

Evie lo miró estupefacta. Tardó un momento en poder pensar. ¿Cómo había conseguido relacionarla con Mercer? Se ruborizó y supo que debía parecer culpable, pero seguía sin poder formar una respuesta coherente. Entonces asimiló la última parte de la pregunta.

-¡No! -gritó-. No tengo una aventura con él. Detesto a ese hombre.

Robert apretó los labios.

-Entonces, ¿por qué sales a escondidas para reunirte con él?

-Yo no he salido a escondidas -repuso ella con furia-. Y no me he reunido con él.

-Pero has cerrado la tienda en mitad del día -siguió él sin darle tregua-. Mientras que no quieres cerrarla cuando llueve y no hay clientes.

-Ya te he dicho que tenía algo que hacer.

-¿Y te has ido en lancha?

-Vivo en el agua -señaló ella-. Puedo cruzar el lago en menos tiempo de lo que tardo en ir en coche a mi casa. A veces, cuando hace buen tiempo, uso la lancha en vez del coche.

-¿Me estás diciendo que has ido a tu casa? -insistió él.

La mujer le tomó las muñecas y apartó las manos de él de su rostro.

-Tenía algo que hacer -repitió-. No me he reunido con Mercer. No tengo una aventura con él. ¿Y por qué narices crees que tienes derecho a interrogarme?

Intentó empujarlo, pero él no se apartó ni un centímetro.

-Por esto -dijo. Bajó la cabeza hacia ella.

Evie contuvo el aliento al sentir el calor de su boca. Su movimiento había abierto más las piernas de ella y Robert metió las caderas en el hueco. Evie se estremeció al sentir su sexo en el vientre. En él, la pasión resultaba tan abrumadora como la rabia. Intentó apartarlo, pero no lo consiguió.

-Basta -murmuró él contra su boca. Le apretó las nalgas con una mano y la atrajo hacia sí, frotándola contra el bulto de los vaqueros.

El placer inesperado que atravesó sus entrañas la hizo gritar, aunque los labios de él apagaron el sonido. Repitió el movimiento, frotando su pelvis contra ella en una furia de celos y

deseo. El placer fue aún más fuerte y ella se arqueó en sus brazos y se aferró a sus hombros. La transición de la furia al deseo fue tan rápida que no pudo controlarla, y la corriente de placer la inundó. Cada movimiento de él aumentaba la sensación, la llevaba más lejos, como si la obligara a subir una montaña con la intención de tirarla por el otro lado al llegar arriba. La sensación de mareo y pánico era la misma y ella se aferró a él como si fuera su única ancla.

Pensó entre nubes que nunca había sido así con Matt. Su pasión juvenil era tímida, sin experiencia, dulce pero vacilante. Robert era un hombre que sabía muy bien lo que hacía.

Le palpitaban los pechos, aunque no los había tocado, y le dolían los pezones. Se arqueó de nuevo, con un gemido, e intentó calmar el dolor frotándolos contra el pecho de él.

-Tranquila -susurró el hombre, y asió uno de los pechos.

La presión deliciosa de la mano la hizo gemir. Sabía que debía detenerlo, pero poner fin a aquel éxtasis era lo último que deseaba. Su cuerpo ardía de deseo. Roben introdujo las manos bajo la blusa y abrió el cierre frontal del sujetador. Apartó las copas y acarició la piel desnuda, las curvas de satén que rodeaban los pezones, hasta que ella gimió de agonía.

-¿Es eso lo que quieres? -murmuró. Pellizcó levemente los pezones y ella gimió mientras un río de calor la recorría, aumentando la humedad que se depositaba entre sus piernas.

Se echó hacia atrás, movimiento que elevó su pecho. Vio que él había apartado la blusa y se encontró con los pezones rojos como fresas. Él tomó uno de ellos en la boca, y ella cerró los ojos y echó atrás la cabeza.

Pensaba poseerla allí mismo, en el mostrador. Sentía su determinación, su deseo cada vez mayor. La invadió el pánico, combatiendo el calor que socavaba su fuerza de voluntad y sentido común. La poseería allí, donde podía entrar cualquiera y verlos. La poseería sin pensar para nada en protegerla de un embarazo. Y ella, además de arriesgar su reputación y la posibilidad de quedarse en estado, perdería la última barrera que retenía en su corazón.

La boca de él succionó el pezón con fuerza antes de pasar al otro. Y sus manos abrían ya la cremallera de los vaqueros de ella.

Evie introdujo con fuerza los brazos entre los cuerpos de ambos.

-No -dijo. Su voz era ronca, apenas audible-. ¡Robert, no! ¡Basta!

El hombre se quedó inmóvil, con el cuerpo tenso. Apartó las manos de ella muy despacio y retrocedió, primero un paso y luego otro. Jadeaba audiblemente.

Evie bajó del mostrador sin mirarlo y se colocó la ropa. También respiraba con fuerza.

-No tengas tanto miedo -dijo él con calma-. Te di mi palabra de que pararía y lo

he hecho.

La joven pensó que el problema no estaba en la fuerza de voluntad de él, sino en la suya. Si hubieran estado en otro lugar, no sabía si hubiera podido negarse.

-¿No tienes nada que decir? -preguntó él un momento después.

Evie carraspeó.

Todavía no.

-De acuerdo. Hablaremos mañana. Te recogeré a las siete.

-A las siete -repitió ella.

Robert marcó un número en su teléfono móvil de manos libres en cuanto salió del aparcamiento.

-¿Lo habéis seguido?

-Sí, señor. Vimos su Jeep en el puerto y nos retiramos.

-Maldición. Yo había salido en el barco. Ha alquilado una lancha y se ha reunido con alguien en el lago, posiblemente Evie, porque ella también ha salido en su lancha. ¿Llevaba algo cuando salió del trabajo?

-A la vista no, pero bien podía llevar un disquete en el bolsillo de la chaqueta.

-No ha ido a pescar de traje. ¿Cuándo se ha cambiado de ropa?

-En su casa. No ha estado ni cinco minutos; cuando ha salido, llevaba una caja de pesca y una caja.

-Y si llevaba algún disquette, sería en la caja.

-Sí, señor. No hemos tenido ocasión de registrarla.

-Lo sé. No ha sido culpa vuestra. Pero lo primero que haré será poner un teléfono seguro en el barco. Así podréis contactar conmigo si estoy en el agua.

-Buena idea. Hemos registrado otra vez su casa mientras estaba fuera. Sin resultados.

-Maldita sea. Vale, seguid vigilándolo. Y envía a alguien a casa de Evie esta noche.

-¿El asunto que discutimos?

-Sí -repuso Robert. Había llegado el momento de empezar a presionar.

Capítulo nueve

La mañana siguiente fue horrible. Evie apenas había dormido, había puesto el despertador a las cuatro y media y, cuando sonó, llevaba menos de dos horas durmiendo. Soñar con Robert era una cosa, pero ahora tampoco podía apartarlo de su mente cuando estaba despierta. Sus pensamientos oscilaban de la pasión con que le hacía el amor a la incomodidad que sentía cada vez que pensaba en lo experto que era para manipular a la gente. Intentó analizar qué era exactamente lo que la molestaba, pero no era fácil.

Poco después de medianoche se dio cuenta al fin. Era como si Robert solo dejara ver a la gente una parte de él; la otra parte, posiblemente la más cercana a su esencia, permanecía distante, inalcanzable, analizando reacciones, decidiendo qué hacer para conseguir los resultados que buscaba. Todo el mundo quedaba fuera de ese hombre interior, cuya inteligencia funcionaba casi como un ordenador aislado en un entorno esterilizado. Lo más preocupante era que él deseaba que así fuera, que fomentaba intencionadamente aquel aislamiento interno y no estaba dispuesto a invitar a nadie a su interior.

¿Qué lugar podía ella ocupar en su vida? La deseaba, estaría más que dispuesto a dedicarle un tiempo para obtener lo que deseaba, una relación carnal. Pero si ella no conseguía penetrar en ese núcleo interno, jamás llegaría a sus sentimientos. Se rompería el corazón luchando contra sus defensas.

Y ella conocía, mejor que muchas personas, la importancia de las barreras emocionales. ¿Cómo iba a condenarlo por permanecer en el interior de su fortaleza? Ni siquiera sabía si tenía derecho a intentar entrar en ella.

Por otra parte, tampoco sabía si podía elegir ya. Para bien o para mal, él había roto sus defensas esa tarde, y con algo muy inocente, jugando con una niña. Pero la base del amor eran las cosas pequeñas y no los grandes sucesos. Cuando les salvó la vida a Jason y a ella, se ablandó con él, pero no le entregó su corazón. Ese día, no obstante, se había enamorado y no era algo que pudiera ignorar. Tal vez fuera imposible penetrar en las defensas de él, pero tenía que intentarlo.

Al fin se quedó dormida, pero el despertador la sacó de la cama. Hizo café y se duchó. Mientras desayunaba, sintió un calambre en el vientre.

-¡Maldita sea! -exclamó. Aquella noche tenía su primera cita con Robert y le iba a bajar el periodo. Tomó nota de que dentro de unos días debía empezar a tomar la píldora anticonceptiva.

Normalmente no la afectaba el periodo, pero el momento inoportuno de aquel, combinado con la falta de sueño, hacían que se sintiera de mal humor cuando salió de la casa.

El vehículo todoterreno, sólido a pesar de sus años, empezó a hacer ruidos raros en la carretera desierta.

-No se te ocurra pararte ahora -le advirtió.

El vehículo pasó a hacer un ruido metálico. Frenó y revisó el panel. Vio que la

aguja del aceite estaba en zona roja. Pisó el freno y empezó a moverse hacia el lateral, y entonces explotó el motor. Hubo un ruido grande y el humo lo llenó todo, oscureciendo su visión. Consiguió mover el volante y sacar el coche de la carretera.

Salió y miró el vehículo envuelto en humo. Lanzó todos los juramentos que conocía, lo que sirvió para aliviar parte de su frustración. Después respiró hondo y miró a ambos lados de la carretera. Amanecía ya y el tráfico empezaba a aumentar; tal vez pasara algún conocido y no tuviera que recorrer los tres kilómetros hasta una cabina de teléfono. Sacó la pistola que llevaba debajo del asiento y la metió en el bolso. Cerró el coche con un suspiro y echó a andar.

Menos de un minuto después una camioneta se detenía a su lado. Evie vio que arrastraba un bote. En el vehículo había dos hombres y el del asiento del acompañante bajó la ventanilla.

-¿Tiene problemas, señorita Evie?

Reconoció con alivio a Russ McElroy y Jim Haynees, dos pescadores de la zona a los que conocía un poco.

-Hola, Russ. Jim. Ha explotado el motor de mi coche.

Russ abrió la puerta y saltó al suelo.

-Vamos, la llevaremos al puerto. No debe ir sola por aquí. Hay mucha maldad en estos tiempos.

La joven subió al vehículo y se sentó en medio. Russ se colocó a su lado.

-¿Tiene un buen mecánico? -preguntó Jim.

-Le pediré a Burt, el mecánico del puerto, que le eche un vistazo. Se le dan bien los motores.

-Sí -asintió el hombre-. Conozco a Burt Mardis y es muy bueno, pero si no lo arregla, hay otro tipo que tiene un taller en las afueras de Blunt que es un genio. Se llama Roy Simms. Búsquelo en las páginas amarillas. Reparaciones de Automóviles Simms.

-Gracias. Lo recordaré.

Jim y Russ se lanzaron a una discusión sobre los mecánicos buenos de la zona y no tardaron en llegar al puerto. Evie les dio las gracias. Seguramente ellos se dirigían a otro muelle, pero ya que estaban allí, optaron por aprovechar ese. Mientras la joven abría la puerta que cerraba el paso a la rampa de lanzamiento, Jim hacía maniobras con la camioneta para colocar el bote en dirección al agua. Después ella abrió la tienda y encendió las luces. Cuando Jim y Russ se alejaban del muelle, llegó Burt y ella fue a contarle lo ocurrido con su coche.

Poco después de amanecer sonó el teléfono. Robert abrió un ojo y levantó el auricular.

-¿Sí?

-El todoterreno no ha llegado a la ciudad. Explotó justo cuando ella entraba en la autovía. Alguien la ha llevado al puerto.

Robert se sentó en la cama. Sentía de punta los pelos de la nuca.

-¿Ha hecho autostop?

-Sí. Yo también estaba preocupado, así que los he seguido para ver si había problemas. No los había. La han recogido un par de pescadores. Supongo que los conocía.

Eso no lo tranquilizaba. Guntersville no era precisamente la capital del crimen, pero a una mujer sola podía ocurrirle cualquier cosa. Tampoco lo tranquilizaba que la hubieran seguido de cerca. La situación no tenía que haberse presentado.

-¿Por qué pasó antes de tiempo?

-West debió hacer un agujero en el aceite mayor de lo que pensaba. Seguramente habrá un gran charco de aceite delante de su casa. Lo habría visto de no ser porque ha salido de noche.

-No me habría gustado nada que le ocurriera algo a causa de ese error -dijo Robert con voz remota.

Hubo una pausa.

-Entiendo. No volverá a ocurrir.

-Cuidado cuando entréis en la casa. No quiero que note nada fuera de su sitio.

-No lo notará. Me encargaré personalmente.

Cuando colgó el teléfono, Robert se tumbó con las manos detrás de la cabeza y miró el sol asomarse por entre las montañas. El día anterior no había aclarado nada de la relación entre Evie y Mercer. Estaba casi seguro de que se encontraban en el agua, pero o bien ella no le había hablado a Mercer de su presencia, o desconocía su relación con PowerNet. La suya parecía una red de espionaje eficaz, ya que habían escapado bastante tiempo indemnes. Y si era así, Evie debería saber quién era él. O por lo menos Mercer la habría informado de su presencia. ¿Qué motivo podían tener para mantenerla en la oscuridad a menos que su participación fuera muy circunstancial y no creían que necesitara saberlo?

La otra posibilidad era que Evie sí hubiera reconocido su nombre, pero por motivos propios había optado por no pasar la información de que guardaba el barco en su

puerto y parecía tener un interés personal en ella.

De un modo u otro, parecía que ella no estaba en buenos términos con los demás de la red de espionaje. El primero de los casos mostraba una debilidad que él podía explotar. En el segundo, la vida de ella podía correr peligro.

Evie envió una grúa para trasladar el todoterreno al muelle. Una vez hecho eso, Burt metió la cabeza bajo el capó y empezó a examinarlo. Después se metió debajo para estudiarlo mejor. Cuando salió no se mostraba muy optimista sobre la posibilidad de reconstruir el motor.

-Demasiados daños -dijo-. Será mejor comprar otro nuevo.

Evie ya se lo esperaba y había empezado a hacer malabares con su economía. Tenía pendiente el pago del crédito de ese mes y había retrasado otros. Podía pasar sin transporte unos días, si usaba la lancha para ir y venir de su casa al muelle. Y si necesitaba ir a algún sitio inesperado, podía pedirle el coche a Becky, pero no le gustaba.

-Llamaré e intentaré localizar uno -dijo-. ¿Tendrás tiempo de colocármelo tú?

-Desde luego. Ahora no tengo mucho trabajo.

Cuando llegó Craig a relevarla, ya estaba todo arreglado. Había encontrado un motor y Burt se lo colocaría en cuanto llegara. Con un poco de suerte, podía tener el coche a la tarde siguiente.

En su experiencia, sin embargo, las cosas nunca salían así de bien. No la sorprendería que Burt se viera inundado de repente de barcos que necesitaban reparaciones.

A pesar de sus preocupaciones, el viaje por el lago resultaba placentero. El agua estaba verde, un tono azulado rodeaba las montañas y nubes algodonosas gruesas se movían perezosamente por el cielo, ofreciendo un breve respiro frente al ardor del sol. Las gaviotas sobrevolaban el agua y un águila volaba alto en la distancia. Era el tipo de día en el que casi resultaba intolerable estar dentro.

Con esa idea en mente, cuando llegó a su casa, sacó el cortacésped. Miró la gran mancha de aceite que había en el camino de entrada. Si no le hubiera cambiado el turno a Craig, la habría visto esa mañana y el motor de su coche seguiría intacto.

Pura mala suerte.

Cuando terminó de cortar la hierba, entró a hacer las tareas de la casa. A las tres de la tarde volvía a estar fuera, sentada en el muelle con los pies en el agua y un vaso de té frío al lado.

Así la encontró Robert. Apareció por un lateral de la casa y se detuvo al verla con los ojos cerrados y el rostro levantado hacia el sol. La trenza larga y gruesa de cabello

dorado caía hacia un lado, dejando al descubierto la nuca. Llevaba un pantalón corto vaquero y camisa blanca. Su piel brillaba con una luminiscencia dorada, como un melocotón suculento. Robert tragó saliva. Nunca había sentido un deseó tan urgente por ninguna mujer. Quería poseerla allí mismo, sin pensarlo dos veces.

La mujer no fue consciente de su presencia hasta que entró en el muelle de madera. Volvió la cabeza con curiosidad. Robert se sentó a su lado y empezó a quitarse los zapatos.

-Hola -dijo ella con una sonrisa.

El hombre sonrió a su vez. A pesar de la intensidad de su deseo, se sentía extrañamente contento con la espera. Antes o después sería suya. Por el momento disfrutaba del encantamiento de su sonrisa, el brillo luminoso de su piel, el aroma cálido y femenino que ningún perfume podía igualar. El simple hecho de sentarse a su lado resultaba muy seductor.

Librodot

Se arremangó el pantalón color caqui y metió los pies en el agua. Estaba templada, pero contrastaba con el calor de su piel y hacía que se sintiera casi cómodo.

-Aún no son las siete -señaló ella, pero sonreía.

-Quería asegurarme de que no te habías acobardado.

-Todavía no. Dame un par de horas.

Movió los pies perezosamente hacia delante y atrás, observando el agua moverse en torno a sus tobillos. Pensó un momento si sería aconsejable sacar un tema que la preocupaba mucho.

-Robert -dijo al fin-. ¿Alguna vez has dejado que alguien se acerque de verdad a ti? ¿Alguien te ha conocido del todo?

Sintió que se ponía rígido, aunque solo un segundo.

-He intentado acercarme a ti desde el momento en que te vi -repuso con tono ligero.

La mujer volvió la cabeza y vio que la observaba.

-Ha sido una buena evasiva, pero acabas de demostrar lo que yo decía.

-¿De verdad? -murmuró él. Se inclinó para besarle el hombro desnudo-. ¿Y qué era?

Evie no se dejó distraer por la caricia.

-Que no respondes a las preguntas personales. Que mantienes a todo el mundo a distancia. Que observas y manipulas y nunca dices lo que sientes ni lo que piensas de verdad.

El hombre parecía divertido.

-¿Me estás acusando de ser difícil de conocer cuando tú eres tan abierta como la Esfinge?

-Los dos tenemos defensas -admitió ella.

-Supón que doy la vuelta a la pregunta -dijo él-. ¿Has dejado tú que alguien se acercara a ti y te conociera de verdad?

-Por supuesto. Mi familia... y Matt.

Guardó silencio y Robert vio la tristeza que cubría su rostro como una nube que pasara delante del sol. ¡Otra vez Matt! No le gustaba sentir celos de un muchacho muerto. Pero al menos el recuerdo de Matt había distraído a Evie de sus preguntas incómodas.

Siguió sentada en silencio, observando el agua. Robert la dejó con sus pensamientos.

Su percepción era preocupante. Por supuesto, había dado en el blanco. Él sentía la necesidad de mantener una gran parte de sí mismo en privado; la personalidad que presentaba al mundo, la del ejecutivo rico y educado, no era falsa. Simplemente era solo una parte del todo, la parte que él quería mostrar. Y tenía sus ventajas; era perfecta para hacer negocios, para seducir a las mujeres que quería, y servía para proteger otras cosas.

Ninguno de sus empleados o amigos sospechaba que fuera otra cosa que el ejecutivo frío y controlado. No conocían su sed de aventuras ni su atracción por el peligro. No sabían nada de los favores tan arriesgados que había hecho, por puro patriotismo, a distintos departamentos y agencias del Gobierno. Desconocían el entrenamiento especializado al que se sometía para mantenerse en forma. No conocían su temperamento volcánico porque lo mantenía controlado. Robert se conocía bien. Y siempre le había parecido mejor no revelar los aspectos más fuertes de su personalidad. Si eso implicaba que nadie lo conocía del todo, muy bien. Había cierta seguridad en ello.

Ninguna mujer había llegado nunca al núcleo de sus sentimientos, nunca le había hecho perder el control. No quería amar nunca del todo, abrirse a nadie, mostrarse vulnerable. Pensaba casarse algún día y su esposa sería muy feliz. La trataría con el máximo cuidado y consideración, complaciéndola en la cama y mimándola fuera de ella. Y nunca sabría que no había llegado hasta él del todo, que su corazón permanecía aislado en su núcleo.

Madelyn, por supuesto, sabía que había profundidades ocultas en él, pero no había intentado penetrarlas. Sabía que la quería y se conformaba con eso. Su hermana era una persona formidable a su modo, sus modales lentos ocultaban una determinación fuera de serie, como su marido había descubierto ya con sorpresa.

Pero, ¿cómo era posible que Evie viera tan claramente lo que otros no captaban nunca? Eso lo hacía sentirse expuesto y no le gustaba nada. Tendría que ser más cuidadoso con ella.

-¿Dónde está tu coche? -preguntó.

-Tengo que ponerle un motor nuevo -repuso ella-. Tal vez lo tenga mañana por la tarde, pero de momento me muevo con la lancha.

Esperó, pero era evidente que no iba a añadir nada más. Comprendió con sorpresa que no pensaba contarle lo del motor. Estaba habituado a que la gente acudiera a él con sus problemas y hasta había considerado la posibilidad de que ella le pidiera un préstamo para las reparaciones. No habían hablado de dinero, pero ella había visto el barco nuevo, el Jeep nuevo, la casa nueva, y no era tonta. Debía saber que tenía dinero. No le habría dado un préstamo, claro, porque eso habría ido contra su intención de presionarla económicamente, pero no lo habría sorprendido que se lo pidiera.

-Si necesitas que te lleve a algún sitio, llámame -se ofreció.

-Gracias, pero no creo que sea necesario. Robert le tomó la mano y le acarició los dedos con gentileza.

-No me has preguntado adónde vamos a ir esta noche.

Evie lo miró sorprendida.

-No lo había pensado -era cierto. Le parecía indiferente a donde fueran. Lo que le interesaba era que estaría con él.

-Eso no es muy halagador -sonrió él.

-No he dicho que no haya pensado en salir contigo. Solo que no se me había ocurrido pensar dónde iríamos.

Guardaron silencio un rato. Luego ella lo miró con serenidad.

-Yo he contestado a tu pregunta -dijo-. Ahora te toca a ti.

-¡Ah! -optó por una respuesta que pudiera contentarla sin exponerlo a nada. Tenía la ventaja de ser la verdad-. Soy una persona introvertida -dijo con calma-. No le cuento mi vida al primero que pregunta. Tú tampoco lo haces, así que deberías entenderlo.

Los ojos castaños de ella lo observaron largo rato; suspiró. Robert capté que la respuesta no la había satisfecho, pero que no seguiría indagando. No le gustaba que lo dejara por imposible, pero tampoco quería que preguntara más.

Miró su reloj. Tenía que hacer unas llamadas antes de la cena. La besó de nuevo en el hombro y se puso en pie.

-Tengo que irme. No te quedes fuera mucho rato o te quemarás. Ya tienes los hombros calientes.

-Está bien. Nos vemos a las siete -siguió sentada y Robert le miró la cabeza con frustración. Justo cuando al fin empezaba a hacer progresos con ella, se retiraba mentalmente de nuevo, como una tortuga que se escondiera en su caparazón. Pero el ambiente de la tarde parecía una mezcla extraña de satisfacción, melancolía y resignación. Tal vez estaba preocupada por el coche; o quizá la ponía nerviosa su primera cita.

La verdad era que ella resultaba tan opaca para él como él para otras personas. Siempre había tenido la habilidad de entender a la gente, pero con ella no podía predecir lo que iba a hacer ni adivinar lo que pensaba, y eso lo volvía loco.

Evie permaneció donde estaba hasta mucho después de que el sonido del Jeep se hubiera perdido en la distancia. Robert había eludido su pregunta y ella comprendió con tristeza que no le iba a permitir acercarse a él. Si quería una relación con él, tendría que conformarse con lo poco que estaba dispuesto a darle. A Matt lo había conocido hasta la médula y lo había amado profundamente. ¡Qué ironía que ahora se hubiera enamorado de un hombre que solo le permitía tocar la superficie!

Al fin sacó los pies del agua y se levantó. Tenía que prepararse para la gran cita. Intuía que

iba a necesitar de toda la preparación de que fuera capaz.

Librodot

Capítulo diez

Evie sabía que no podía haber pedido un acompañante mejor. A pesar de su sofisticación, o tal vez por ella, había algo anticuado en la cortesía con que la trataba. Todo iba encaminado al placer de ella, a su comodidad, y como buena mujer del Sur, no le costaba aceptarlo así. Robert Cannon la cortejaba, así que era normal que quisiera asegurarse de complacerla.

Su atención estaba fija en ella. No miraba a otras mujeres, aunque estas sí lo miraban a él. Le apartaba la silla siempre que se levantaba o sentaba, le servía vino y estaba pendiente de todos los detalles. Cuando andaban, apoyaba la mano en la parte baja de su espalda con un gesto mitad posesivo mitad de protección.

Consiguió que se sintiera cómoda casi enseguida. Era natural que estuviera nerviosa; después de todo, no había tenido una cita en doce años, y había una gran diferencia entre los dieciocho años y los treinta. En aquel entonces, una cita consistía en ir al cine y tomar una hamburguesa, o encontrarse con unos amigos en la pista de patinaje. No sabía bien lo que se hacía en una cita con un hombre habituado a las diversiones más cosmopolitas.

La llevó a un restaurante muy agradable de Huntsville, y pareció sentirse completamente cómodo con lo que los rodeaba, sin mencionar en ningún momento que estuviera habituado a sitios mejores ni intentar hacer alarde de ello.

Chasqueó los dedos delante de la cara de ella.

-Llevas cinco minutos observándome y sonriendo -dijo-. Normalmente me sentiría halagado, pero empiezo a ponerme nervioso.

La mujer tomó su tenedor.

-No deberías. Estaba pensando que pareces estar muy cómodo aquí, aunque seguramente estás habituado a otros sitios.

El hombre se encogió de hombros.

-Me gusta este sitio -dijo-. Y no me refiero solo al restaurante, sino en general. Aunque confieso que no estaba preparado para el calor. No sé por qué, cuarenta grados en Nueva York parecen distintos a cuarenta grados aquí.

Evie enarcó las cejas.

-Cuarenta grados no es mucho calor.

El hombre soltó una risita.

-Esa es una de las diferencias. Para uno de Nueva York, cuarenta grados sí es mucho ca-

lor. Para ti es un buen día.

-No exactamente. Aquí también es calor, pero no tanto como cuarenta y cinco.

-Lo que yo he dicho. Una diferencia de actitud -tomó un sorbo de vino-. Me gusta Nueva York tal y como es. Y también me gusta esto. En Nueva York hay un ambiente de energía y rapidez. La ópera, el ballet, los museos... Aquí hay aire limpio, poca gente, ningún atasco. Nadie parece tener prisa. La gente sonríe a los desconocidos -la miró a los ojos.

-¿Te has casado alguna vez?

Robert tomó otro sorbo de vino.

-No -repuso-. En la universidad estuve prometido, pero los dos nos dimos cuenta a tiempo de que sería un error casamos.

-¿Cuántos años tienes?

-Treinta y seis. Y para adelantarme a otras preguntas, sexualmente solo me interesan las mujeres. Nunca he tomado droga y no tengo enfermedades contagiosas. Mis padres han muerto, pero tengo una hermana, Madelyn, que vive en Montana con su marido y sus dos hijos. Hay algunos primos lejanos, pero no estamos en contacto.

Evie lo miraba con calma. Se mostraba relajado, lo que indicaba que no consideraba reveladores esos detalles de su vida. Eran simples hechos. Pero ella lo escuchaba atentamente, porque ese tipo de minucias forman el esqueleto de la vida de alguien.

-Becky y yo tenemos parientes repartidos por todo el estado -dijo-. Uno de mis tíos tiene una granja grande cerca de Montgomery, y todos los años hacemos allí una reunión familiar en junio. No somos una familia muy unida, pero es un modo de estar en contacto. De no ser por esa reunión, Jason y Paige no conocerían nuestro lado de la familia, solo el de su padre; así que nos esforzamos por acudir todos los años.

-¿Tus padres han muerto?

-Sí -el brillo de sus ojos se oscureció-. Becky es mi única familia cercana. Cuando murió mamá, viví con Paul y con ella hasta que Matt y yo nos casamos -le vaciló un poco la voz.

-¿Y después? -preguntó él con gentileza.

-Después viví con los padres de Matt. Donde vivo ahora. La casa era de ellos. El puerto también. Matt era hijo único y, a su muerte, me lo dejaron todo a mí.

Robert sintió otra punzada de celos. Seguía viviendo en la casa donde había crecido Matt; no podía entrar allí sin pensar en él constantemente.

-¿No has pensando en mudarte, en comprar una casa más moderna? -preguntó.

Evie negó con la cabeza.

-Para mí el hogar es importante. Perdí el mío cuando murió mamá y, aunque Becky y Paul me recibieron bien, siempre sabía que era su hogar, no el mío. Matt y yo pensábamos vivir en un remolque al principio, pero después de su muerte no podía... Sus padres me pidieron que fuera con ellos, y me necesitaban tanto como yo a ellos. Quizá por eso me sentí cómoda allí, más como si fuera mi hogar. Y ahora lo es -dijo con sencillez.

Robert la miró pensativo. Nunca había sentido esa vinculación a un lugar, que las raíces tiraran de él. De niño había vivido en una casa grande en Connecticut, pero siempre fue el sitio donde vivía, nada más. Su dúplex cumplía ahora la misma función. A Evie no le gustaría, aunque era espacioso y estaba impecablemente decorado. Aun así, se sentía cómodo allí y la seguridad era excelente.

El restaurante anunciaba una orquesta pequeña, y era muy buena. Tocaban melodías lentas, hechas para bailar en pareja. El hombre tendió la mano.

-¿Me concedes este baile?

Evie sonrió, pero luego vaciló.

-Hace tanto tiempo -dijo con sinceridad-, que no sé si puedo.

-Créeme -la tranquilizó él-. No se olvida. Es como montar en bici.

Se dejó guiar. Al principio estaba rígida, pero después de unas vueltas, se relajó y se dejó envolver por el placer de la música y el movimiento. Robert era un bailarín experto, y ella no había conocido otra cosa. La sostenía de un modo que la hacía sentirse segura, pero no demasiado cerca.

A medida que bailaban, se dio cuenta de que él no necesitaba ser más explícito. El baile era seductor en sí mismo. El modo tierno en que apretaba su mano, la firmeza de la otra mano en su espalda. Su aliento que le rozaba el pelo; el aroma limpio en su piel. En ocasiones, sus pechos rozaban el torso o el brazo de él, o sus muslos se encontraban. Y ella no era inmune a todo eso.

Se fueron a medianoche. Durante el camino de vuelta a Guntersville, guardaron silencio. No hablaron hasta que pararon el coche delante de la casa de ella. A medida que sus ojos se adaptaban a la oscuridad, podían ver el río extendiéndose detrás de la casa.

-¿Mañana por la noche? -preguntó él.

Evie movió la cabeza.

-No puedo. No he cambiado el turno con Craig, así que él abrirá por la mañana, como siempre. Además, no lo haría de todos modos. El trato no fue ese.

Roben suspiró.

-Está bien. Buscaremos un compromiso. ¿Te parecería bien cambiarle el turno una vez por semana? ¿Tus escrúpulos lo encontrarían aceptable? Trabaja para ti y no al revés, ¿sabes?

-También es un amigo y me hace muchos favores. No me aprovecharé de él -la frialdad de su voz daba a entender que la había ofendido.

Robert salió del coche y dio la vuelta para abrirle la puerta.

-¿Intentarás sacar algo de tiempo para mí? -preguntó.

-Hablaré con Craig -dijo ella, sin comprometerse.

-Por favor.

La mujer sacó la llave del bolso y él se la quitó de la mano. Abrió la puerta, encendió la luz y retrocedió.

-Gracias -musitó ella.

Roben le puso una mano en el brazo. -Buenas noches, cariño -murmuró. Y la besó en la boca.

El beso fue lento y cálido. Solo la tocaba con la mano en el hombro y con los labios. Ella suspiró de placer.

Cuando él levantó la cabeza, a ella le cosquilleaban los pechos y respiraba más deprisa de lo normal. La alegró ver que él también jadeaba un poco.

-Hasta mañana -dijo el hombre-. Volvió a besarla y se alejó al Jeep.

Evie cerró la puerta y se apoyó en ella hasta que oyó el ruido del coche perderse en la distancia. Quería llorar y quería cantar.

Se quitó los zapatos y entró en la cocina a beber agua. Su pie izquierdo tocó algo húmedo y frío. Asustada, dio un salto. Encendió la luz de la cocina y vio con desmayo el charco que salía de la parte inferior del frigorífico. Abrió la puerta, pero no se encendió ninguna luz. El interior estaba oscuro y en silencio.

-¡Oh, no, ahora no! -gimió. ¡Vaya momento para quedarse sin frigorífico! Sencillamente, no podía permitirse una reparación. Podía comprar uno nuevo a crédito, pero no quería aumentar más los pagos mensuales. El frigorífico era viejo, ¿pero por qué no podía haber durado otro año? Entonces ella tendría ya más dinero. Seis meses más y habría sido otra historia.

Pero no había nada que pudiera hacer a la una de la mañana. Estaba agotada, pero recogió el agua y puso toallas en el suelo por si caía más.

Cuando al fin se metió en la cama, no podía dormir. Tal vez tuviera que buscar un traba-

jo de camarera a media jornada. Le dolía el vientre. En conjunto, la velada con Robert, que tan nerviosa la ponía, había resultado ser lo mejor del día.

A las siete estaba hablando por teléfono con Becky. Mientras esta llamaba a sus amigas, Evie empezó a hacer lo mismo con los anuncios de frigoríficos de segunda mano del periódico. Como sospechaba, a pesar de lo temprano de la hora, algunos habían sido vendidos ya.

A las nueve Becky le había localizado un frigorífico bueno. Costaba cien dólares, más de lo que podía permitirse, pero mucho menos de lo que costaría uno nuevo. Becky fue a buscarla y fueron juntas a verlo.

-Tiene diez años, así que seguramente le queden entre cinco y siete de vida -les dijo la mujer que las acompañó a la cocina-. No le pasa nada, pero estamos construyendo una casa nueva y quiero un frigorífico mucho más grande.

-Me lo quedo -dijo Evie.

-¿Cómo lo vas a llevar a casa? -preguntó Becky. Repasó la lista de personas conocidas que tuviesen una camioneta disponible.

Media hora después, Sonny, un amigo que trabajaba por las tardes y tenía las mañanas libres, estaba ya en camino.

Cuando consiguió tener el frigorífico en casa, Evie andaba ya mal de tiempo. Llamó a Craig para decirle lo que ocurría y que quizá se retrasaría un poco.

-No es problema -repuso el chico.

Sonny enganchó el frigorífico y Evie y Becky trasladaron la comida que había sobrevivido del viejo al nuevo. Tiró los huevos y la leche y guardó casi todo lo demás.

-¿Quieres que me lleve el viejo? -preguntó Sonny.

-No, tienes que ir a trabajar. Vamos a empujarlo al porche y ya me libraré de él cuando tenga mi coche. Gracias. No sé lo que habría hecho sin ti.

-De nada.

Cuando se quedaron solas, Vecky sonrió a su hermana.

-Sé que tienes prisa por ir a trabajar, así que te llamaré esta noche. Quiero todos los detalles jugosos de tu velada con Robert.

Evie se apartó el pelo de la cara.

-No estuvo mal -sonrió porque sabía que a su hermana no le gustaría esa respuesta-. Me había preocupado para nada. Se mostró como un perfecto caballero todo el rato.

-¡Maldita sea! -gruñó Becky.

Cuando Evie llegó al puerto, descubrió que, tal y como había temido, Burt tenía varias reparaciones de barcos que hacer antes de ponerle el motor a su coche. No protestó por el retraso. Económicamente, le favorecía que hubiera más reparaciones. Tal vez con ellas pudiera pagar el motor.

Craig la miró y chasqueó la lengua.

-Jefa, tienes que dejarte de tanta juerga y dormir bien una noche.

-¿Tanto se nota?

-No. Este mes se llevan las ojeras oscuras.

-Si se rompe algo más, le pegaré un tiro -dijo ella.

El joven le pasó el brazo por los hombros.

-Ah, todo irá bien. Anímate, jefa. Solo estás cansada. Si quieres dormir un poco, me quedaré por aquí un par de horas más. Esta noche tengo una cita, pero por la tarde estoy libre.

La mujer sonrió, conmovida por su oferta.

-No. Estoy bien. Tú vete a casa y yo intentaré buscar un trabajo por la mañana que me ayude a pagar todas esas cosas que se rompen.

-¿Qué cosas? -preguntó una voz profunda a sus espaldas.

Craig y ella se volvieron. Robert parecía bien descansado. Su expresión era inescrutable, pero Evie percibió que no le gustaba que Craig la rodeara con un brazo.

-Anoche se rompió mi frigorífico -dijo-. Me he pasado la mañana buscando uno de segunda mano en buen estado y llevándolo a casa.

Robert la observó.

-No has dormido mucho, ¿verdad?

-Unas horas. Pero esta noche dormiré como un tronco.

-¿Seguro que no quieres que me quede un rato? -preguntó el chico.

-Seguro. Nos vemos mañana.

-Vale -se alejó silbando. Roben volvió a mirarlo, un chico bien constituido que prometía ser un hombre guapo.

Librodot

-No tienes que tener celos de él -Evie dijo con brusquedad, entrando en la oficina.

Robert la siguió enarcando las cejas.

-No recuerdo haber dicho nada.

-No hacía falta. Se notaba lo que pensabas.

El hombre la miró sorprendido. No le gustaba nada aquello de resultar transparente.

-Conozco a Craig desde que era pequeño. No hay nada sexual en nuestra relación.

-Puede que para ti no -repuso él con calma-, pero yo también fui adolescente.

-No quiero oír hablar de hormonas -dijo ella-. Si lo único que puedes hacer es criticar, márchate. Estoy muy cansada para esas tonterías.

-Ya lo veo -la abrazó y le apoyó la cabeza en el hueco del hombro. Le acarició el pelo, sujeto como de costumbre por una trenza. La noche anterior se lo había recogido en un moño elegante. Un día lo vería suelto extendido sobre la almohada.

Se movía despacio, acunándola. El apoyo de su cuerpo era tan delicioso, que Evie sintió que se le cerraban los ojos. Hizo un esfuerzo por levantar la cabeza y apartarse.

-Basta o me quedaré dormida en tus brazos.

-Acabarás haciéndolo -dijo él-, pero en otro lugar.

El corazón le dio un vuelco. Pensó en la única noche en que había dormido en brazos de Matt, en la dulzura y la ternura de entonces. Dormir con Robert no sería así...

El hombre vio la tristeza de sus ojos y tuvo que reprimir un juramento. Cada vez que creía hacer progresos, chocaba con el fantasma de Matt Shaw.

-¿Has venido por algo en concreto? -preguntó ella.

-Solo a verte un momento. ¿Quieres que cenemos algo rápido esta noche antes de irte a casa?

-Me parece que no. Estoy tan cansada, que solo quiero ir a dormir.

-Está bien -le tocó la mejilla con gentileza-. Nos vemos mañana. Ten cuidado cuando cruces el lago esta noche.

-Lo tendré. Los días son muy largos. Volveré antes de que oscurezca.

-Ten cuidado de todos modas -se inclinó a besarla y se alejó.

Frunció el ceño. El plan de la noche anterior no había funcionado porque no había tenido en cuenta una cosa. Había nacido rico y la opción de comprar un frigorífico de segunda mano no se le había ocurrido. Y aunque le había causado problemas financieros, no habían sido tantos como esperaba.

Mercer, empezaba también a encontrar dificultades económicas. Nada preocupante... todavía. Pronto necesitaría dinero en metálico y la próxima vez que hiciera un movimiento, Robert lo estaría esperando. La red se cerraba lentamente.

Calculaba dos semanas más, tres como mucho. Podía ir más deprisa, pero se sentía reacio a cerrar el tema. Si Mercer intentaba hacer otra venta, tendría que actuar, pero hasta entonces utilizarla el tiempo para terminar la seducción de Evie.

Suponiendo, claro, que pudiera lograr que dejara de pensar en su marido muerto. Era una ironía que tuviera celos. Nunca se los había permitido y despreciaba a la gente que dejaba que alguien se volviera importante para ellos hasta ese punto. Pero tampoco había deseado nunca tan violentamente a una mujer ni se había enfrentado a un rival tan formidable. Aquello también era una experiencia nueva. Cuando conocía a una mujer que se interesaba por otro, se alejaba de ella con la teoría de que luchar por su cariño era demasiado complicado.

Hasta que conoció a Evangeline. Evangeline. Un nombre poético asociado con el amor inmortal.

No podía aceptar que era de Matt Shaw para siempre; que quizá no la poseyera nunca.

¿Por qué la atraían así los adolescentes? Había deseado golpear a Craig por tocarla, pero se había contenido.

¿Seguían gustándole los hombres jóvenes porque a Matt lo había querido a esa edad? La idea era desagradable. Estaba disgustado consigo mismo por pensarlo. No tenía ninguna base para ello; sabía muy bien que no había nada sexual entre Evie y Craig. Eran sus celos los que provocaban aquella idea.

Tenía que hacerla suya pronto.

Capítulo once

Aquella noche Evie durmió profundamente diez horas, desde las nueve hasta las siete de la mañana siguiente. Se despertó sintiéndose mucho mejor, aunque algo confusa por dormir tanto. Entró en la cocina, puso la cafetera y fue al baño mientras se hacía el café.

Quince minutos después, tomaba café en una silla en el porche. Cerró los ojos y dejó que el sol de la mañana le bañara el rostro. Los pájaros cantaban como locos y la temperatura era agradable, de unos veinticinco grados tal vez.

Oyó un coche en el camino y poco después Robert aparcaba ante la casa. No lo veía desde allí, pero no tenía dudas sobre la identidad del visitante. El corazón le latía con más fuerza y un calor sutil, que no tenía nada que ver con el sol ni el café, había empezado a extenderse por su cuerpo.

¿Cuántas mujeres lo habían amado? Intuía que no era la primera. ¡Pobres criaturas! Al igual que ella, no habían podido resistir su encanto. Sabía con la misma certeza que ninguna había sido correspondida.

Oyó que llamaban a la puerta.

-¿Roben? -gritó-. Estoy en el porche de atrás.

El hombre apareció poco después por detrás de la casa y se detuvo al verla.

-¿Qué he hecho ahora? -preguntó ella, sorprendida.

La expresión de él se relajó; se sentó en una silla a su lado.

-Confundes el tema. La mirada era de lujuria, no de enfado.

-¡Ah! -usó la taza para ocultar el rostro mientras tomaba otro sorbo-. Eso debería indicarte algo.

-¿En serio?

-Sí, que veo enfado en ti más veces que lujuria -el corazón le latía con fuerza. ¡Estaba coqueteando con él! Era la primera vez que hacía eso con un hombre.

-De nuevo te confundes -repuso él.

-¿En qué sentido?

-La lujuria está siempre presente, Evangeline.

La joven no supo qué decir. Se puso en pie.

-¿Quieres café?

-Ya voy a buscarlo yo -la detuvo poniéndole una mano en el hombro-. Pareces estar a

gusto aquí. Dime solo dónde están las tazas.

-En el armario de encima de la cafetera. Solo tengo leche desnatada.

-No importa, lo tomo solo, igual que tú. ¿Quieres que llene tu taza?

Evie se la tendió y él desapareció en la casa.

Cuando Robert abrió el armario, notó que le temblaba un poco la mano. La fuerza de su reacción con ella lo divertía y asombraba al mismo tiempo, aunque ya empezaba a acostumbrarse a estar siempre medio excitado en su compañía. Pero al verla esa mañana... Bueno, quería verla con el pelo suelto y ya lo había conseguido.

Aunque no esperaba la potencia de su reacción ante la masa dorada que le caía por la espalda con el sol arrancándole brillos. El pelo se rizaba en los bordes y un rizo caía con toda naturalidad sobre el pezón. Le bastó una mirada para saber que no llevaba sujetador debajo de la camisola de tirantes color melocotón con frunces en la parte delantera; ella seguramente pensaba que con ellos disimulaba su falta de sujetador.

Quería tomarla en brazos y llevarla al dormitorio, desnudarla y saciarse con su carne dorada. Pero recordó con disgusto que Matt había crecido en aquella casa y no podía poseerla allí, donde abundaban los recuerdos de él.

-¿Robert? -llamó ella con Ceno interrogante ante su retraso.

-Estoy leyendo tus tazas de café -gritó él. La oyó soltar una risita.

Levantó una que decía «soy buena en un cuarenta y nueve por cien. Es el otro cincuenta y uno el que debe preocuparte» y sirvió café. Luego llenó la taza de ella y llevó ambas al porche.

-Es una buena colección de tazas.

-Jason y Paige tienen la culpa. Me regalan una todas las navidades y todos los cumpleaños. Se ha convertido en tradición. Se esmeran tanto buscándolas, que abrir ese regalo en concreto es el punto álgido del día. No dejan que Becky ni Paul las vean tampoco, así que es una sorpresa para todos.

-Algunas son muy sugerentes.

-Es obra de Paige -sonrió ella-. Es la experta en buscarlas.

Robert enarcó las cejas.

-¿Esa niña inocente y delicada?

-Esa niña precoz y creativa. No te dejes engañar por su timidez.

-A mí no me pareció tímida. Conmigo habló enseguida.

-Es por tu encanto. Con la mayoría de la gente no se muestras tan abierta -vio que él dejaba su taza en el suelo y tendía la mano hacia la de ella-. ¿Qué haces?

-Esto -dejó la segunda taza en el suelo, la tomó en brazos y la sentó en sus rodillas. Evie se quedó rígida, sorprendida. Robert le puso la taza en las manos y se movió para hacerle perder el equilibrio y que tuviera que relajarse sobre su pecho.

-Robert -protestó ella débilmente.

-Evangeline -musitó él.

A ella no se le ocurrió nada más. Se quedó sentada, envuelta por la fuerza de él, por su aroma. Sentía los latidos firmes de su corazón, la dureza de sus muslos, y la de algo más.

-Termina el café -dijo él. Permanecieron sentados en silencio mientras subía la temperatura y aumentaba el tráfico en el río. Cuando terminaron el café, él dejó las tazas a un lado, le tomó el rostro entre las manos y lo volvió hacia arriba para besarla.

Evie se movió hacia él, apretándose más contra su cuerpo. Ambos sabían a café. La mano de él rozó su pecho, apartándole el pelo. Evie se puso rígida, pero él la tranquilizó con un murmullo hondo que no llegaba a ser una palabra. La acarició con gentileza, rodeándole los pezones con las yemas de los dedos hasta que se pusieron rígidos. Quería que se relajara, pero ocurrió que pasó de un estado de tensión a otro y supo que la estaba excitando.

Desabrochó los tres botones primeros de la blusa y metió la mano por ella. La mujer dio un respingo y volvió el rostro hacia el cuello de él, pero no le dijo que parara. Su piel satinada resultaba caliente al tacto. Jugó con los pezones, frotándolos entre los dedos, pellizcando con suavidad mientras la observaba con mucha atención para descubrir qué le gustaba exactamente.

Evie se mantenía muy quieta, respirando apenas, con los ojos cerrados mientras intentaba lidiar con el placer delicado y exquisito que la inundaba. Sabía que jugaba con fuego, pero no podía parar. Si la llevaba dentro, tendría que detener aquello, porque todavía tenía el periodo y no tenía experiencia suficiente para seguir adelante ni para decirle sin avergonzarse por qué no podían.

-¿Me paro? -preguntó él en voz muy baja.

La mujer tragó saliva.

-Creo que deberías -pero no levantó el rostro y aquella no era la señal acordada. Robert la levantó y acercó la boca al pezón. La joven dio un grito y un torrente de fuego bajó hasta su vientre.

De repente, la boca de él dejó su cuerpo.

-Tenemos que parar -dijo con gentileza-. No creo que estés lista para seguir hasta el final y yo quiero poner a prueba mi autocontrol más allá.

Evie bajó la cabeza, con una mezcla de alivio y frustración, y se abrochó los botones. Por supuesto, tenía razón. No quería que su intimidad fuera más allá, aunque tenía intención de prepararse por si ocurría.

Bajó al suelo y tomó las tazas.

-Gracias -dijo. Y corrió al interior.

Robert se frotó los ojos. ¿Le dejaría hacerle el amor algún día? Empezaba a pensar que no. Captaba todavía la renuencia de ella. En unos minutos más le habría dicho que no y habría sido peor para él. Y aunque hubiera aceptado, no quería hacerle el amor en aquella casa, así que había hecho bien en parar.

Pasaron la mañana juntos sin repetir la escena del porche. Robert decidió que ya había tenido bastantes frustraciones por un día. Cuando llegó la hora de que ella fuera a trabajar, le dio un beso y se marchó.

Evie pensaba en él mientras cruzaba el lago. ¿Qué hacía durante todo el día? Había dicho que estaba de vacaciones, pero no creía que una persona como él se relajara mucho.

Burt le dijo que podría trabajar en su coche aquella tarde. La idea de disponer de nuevo del vehículo la animó. Tal vez su racha de mala suerte había pasado ya.

Llegó a los restaurantes de comida rápida de la zona para pedir un puesto de camarera por las mañanas, pero como eran vacaciones, todos los puestos estaban cubiertos por estudiantes. Le dijeron que volviera a llamar cuando empezaran las clases.

De todos modos, estaba habituada a sobrevivir con muy poco cuando era necesario. En los últimos días había recortado gastos de donde había podido. Desayunaba cereales y se permitía un sándwich para comer y otro para cenar. No había extras. No usaba el aire acondicionado en la casa y se conformaba con los ventiladores de techo y con beber mucha agua fría. Era lo bastante práctica para no sentirse mal por aquellos recortes. Había que hacerlo, y lo hacía sin pensarlo mucho.

Además, Robert ocupaba gran parte de sus pensamientos. Si no iba a la casa por la mañana, se pasaba por el puerto durante la tarde. La besaba a menudo, siempre que estaban solos, pero no la presionaba para hacer el amor. Cuanto más refrenaba, más confusa estaba ella sobre sus propios deseos. No sabía si quería acostarse con él. Cada día que pasaba lo deseaba más físicamente, pero la cautela la impulsaba a intentar no pillarse los dedos con él más de lo que ya lo había hecho. Lo amaba, pero si no se acostaban, había una pequeña porción de su corazón que seguía siendo suya. Si poseía su cuerpo, la poseería entera, y no tendría reservas a las que acudir cuando él se fuera.

Al mismo tiempo, sin embargo, se acostumbraba a sus besos, a sus besos, hasta tal punto que él sólo tenía que mirarla para que le temblaran los pechos de deseo. Temerosa de las consecuencias si le fallaba la fuerza de voluntad, empezó a tomar las pastillas anticonceptivas.

A la semana siguiente, Robert le pidió de nuevo que cambiara el turno con Craig para poder salir juntos. Evie recordaba con placer su primera cita, por lo que accedió sin vacilar.

Cuando fue a buscarla a la noche siguiente, la miró con calor y ella sintió una gratificación muy femenina. Sabía 4ue estaba guapa, peinada y maquillada tal y como quería, y que el vestido le sentaba bien. Era el único vestido de cóctel que tenía, comprado tres años antes cuando la Cámara de Comercio organizó una fiesta para los dueños de negocios de la zona y representantes de fábricas que estaban pensando instalarse en Guntersville.

El vestido seguía siendo hermoso. Era verde pálido, con la falda amplia justo por encima de las rodillas, el corpiño sujeto por tirantes finos y de corte muy bajo en la espalda. Se había recogido el pelo en un moño flojo, con mechones sueltos en torno a las orejas. Sus únicas joyas eran unos aros sencillos de oro y su alianza de boda.

Robert llevaba un traje negro impecable, con camisa blanca.

-Estás muy guapa -dijo; la besó en la mejilla.

-Gracias.

La ayudó a subir al Jeep.

-Creo que te gustará el club al que vamos -dijo cuando se hubo sentado a su vez-. Es tranquilo, tiene buena comida y un patio maravilloso para bailar.

-¿Está en Huntsville?

-No, está aquí. Es un club privado.

Evie no le preguntó cómo había conseguido reservas si era un club privado. Robert no hacía gala de su riqueza e influencias, pero era indudable que las tenía. Y cualquier dueño de club de por allí estaría más que encantado de invitarlo a su local.

El Jeep entró en una carretera privada que avanzaba hacia el río, y poco después paraban delante de un edificio de piedra y madera. Evie lo había visto antes desde el agua, que brillaba justo detrás del club. Eran solo las siete y media, todavía de día, pero el aparcamiento se veía ya lleno.

Robert la guió al interior, donde los recibió un maitre muy formal. Los acompañó a un pequeño reservado en forma de herradura con asientos de piel blanda.

Pidieron la cena y Robert eligió el champán. Ella no entendía nada de vinos, pero al camarero le brillaron los ojos cuando hizo el pedido.

La única vez que había probado el champán fue en su boda, y se trataba de una marca barata. El vino color oro pálido que le sirvió Robert no tenía nada en común con aquel otro

líquido. El sabor era seco y delicioso, las burbujas danzaban en su boca y explotaban llenas de sabor. Tomó la precaución de beberlo despacio, ya que desconocía su efecto.

La velada fue maravillosa. Robert la tocaba casi constantemente, roces seductores que la habituaban a sus manos o su cuerpo, al tiempo que lograban también el objetivo de excitarla.

Cuando bailaban, movía los dedos por su espalda desnuda, dejando un rastro de calor y haciéndola estremecerse. Su cuerpo se movía contra el de ella al ritmo de la música, al ritmo de los latidos de su corazón, hasta tener la impresión de que la música fluía en su interior.

Evie estaba asustada y excitada a la vez, lo que le impedía pensar con claridad. Conseguía parecer tranquila por fuera, pero por dentro estaba al borde del pánico. Robert siempre había dado una imagen de hombre educado, pero desde el principio había visto que su fachada cosmopolita ocultaba a un hombre más primitivo, un hombre de pasiones violentas. Y ahora veía que había subestimado aquellas pasiones. Tenía intención de hacerla suya esa misma noche y no sabía si podría impedírselo.

Tampoco sabía si quería impedírselo. ¿Era el champán o la fiebre de deseo que sentía, no solo esa noche, sino desde la primera vez que la besó? Intentaba pensar que debía negarse, pero pensaba más en la sensación de su boca en los pechos y lo que sentía cuando la tocaba.

Físicamente había destruido todos sus años de autocontrol, de soledad pacífica. No había deseado a nadie desde Matt... y a este nunca lo había deseado así. Murió en el paso de adolescente a hombre y quedó siempre congelado en su memoria como un chico divertido y maravilloso. Robert era un hombre en el sentido más estricto. Conocía el poder de la carne. Sabía que, al tomar su cuerpo, reafirmaba una posesión tan antigua como el tiempo. No podría conservarse inviolada después de eso. Una vocecita interior le gritaba su miedo, y luchaba por recuperar el control.

Pero él parecía intuir lo que le ocurría y conseguía inflamarla de nuevo con el contacto de su cuerpo y sus manos. Evie tenía la impresión de que podía haberla hecho suya cuando hubiera querido, que solo se había contenido por algún motivo oculto, y ahora había decidido que ya no quería esperar más.

Bailaban en el patio y él la abrazaba con las piernas firmes pegadas a las de ella. A veces introducía el muslo entre las piernas femeninas y ella empezaba a notar palpitaciones en el vientre. Unos relámpagos iluminaban el cielo en la distancia, por encima de las montañas, y el aire se notaba húmedo e inmóvil, como a la espera.

Se sentía débil físicamente. Se apretaba contra él hasta que le parecía que solo la sostenían sus brazos.

Robert le besó la sien.

-¿Nos vamos a casa?

La joven asintió con la cabeza. Se apoyó en él de camino al Jeep.

El hombre no aflojó la presión durante el viaje. Cuando tuvo el coche en marcha, acercó una mano al muslo de ella, que no se dio cuenta de adónde iban hasta que aparcaron delante de la casa de él.

-Esto no es... -dijo.

-No -repuso él-. No lo es. Ven dentro, Evie.

No podía negarse. Aunque insistiera en que la llevara a casa, presentía que el resultado sería el mismo. Sólo conseguiría cambiar el lugar.

Robert le tendió la mano. Y ella la tomó.

Siguió tratándola con gentileza y ella se encontró de pronto en el dormitorio iluminado por la luna. Miró el lago a través de las puertas de cristal que daban a la terraza, un espejo negro que reflejaba la luna pálida. Oyó un trueno lejano.

Robert la tomó por la cintura y la volvió hacia sí. Empezó a besarla con lentitud pero a conciencia, al tiempo que le acariciaba el cuerpo, desnudándola. El corpiño cayó a la cintura y más abajo. Se detuvo un instante a acariciarle la espalda, la curva de la cintura; terminó de quitarle el vestido.

Estaba ante él ataviada solo con un tanga y tacones altos. Siguió besándola mientras le acariciaba los pechos. Evie se aferró a sus hombros, tratando de recuperar el sentido común. La camisa de seda de él le rozó los pezones, haciéndola gemir. Murmuró algo tranquilizador y se quitó la prenda, que dejó caer al suelo. Apretó los pechos desnudos de ella contra su torso de vello moreno y la joven lanzó un gemido de deseo.

-Tranquila -susurró él. Se quitó los zapatos y los pantalones. Su miembro erecto apretaba la tela de los calzoncillos cortos. Evie se arqueó contra él, moviendo ciegamente la pelvis para acoger aquella rigidez. Robert lanzó un respingo y perdió el control. La abrazó con fiereza hasta que ella gritó de dolor.

La dejó sobre la cama y se quitó los calzoncillos con rapidez. Evie lo miró totalmente desnudo, excitado, con los músculos del cuerpo tensos por el deseo y el ansia de control. Su delgadez era engañosa, ya que tenía músculos de acero, la gracia de la pantera más que el volumen del león. Se inclinó sobre ella y le quitó el tanga y los zapatos. La joven hizo un movimiento para cubrirse, pero él le sujetó las muñecas a ambos lados de la cabeza. Entonces se colocó encima de ella.

Evie no podía respirar. Él pesaba más de lo que había imaginado. Era una sensación alarmante, acompañada de oleadas de placer que la envolvían y asustaban. Era muy consciente de que su miembro se empujaba contra el suyo, que sentía hinchado y caliente, palpitando al ritmo de su corazón.

La luz de la luna permitía ver los ojos brillantes de él, los planos duros de su rostro.

Tenía una expresión de victoria.

Le soltó las muñecas y le tomó la barbilla con una mano. La besó en la boca con fuerza y ella, indefensa, respondió atrapada en aquella locura fiera.

Le lamió los pechos haciéndola retorcerse de placer, y todo el tiempo ella sentía la dureza de su centro de virilidad empujando contra su carne blanda.

El momento llegó al fin. Se incorporó sobre un brazo y acarició la entrada caliente y húmeda de ella con la otra mano. Evie sintió sus dedos en su zona más erógena, apartando pliegues, buscando puntos. Subió las caderas instintivamente. Le palpitaba todo el cuerpo.

-Roben -susurró.

El hombre entró en ella.

Evie se quedó rígida, con la respiración acelerada. La presión empezaba a convertirse en dolor. Roben se movió contra ella, abriéndose paso poco a poco. La joven se agarró a la sábana debajo de ella. Volvió la cabeza y cerró los ojos para ocultar las lágrimas que inundaban sus pestañas.

Robert se quedó inmóvil.

Le volvió la cabeza para poder verla. Ella abrió los ojos y después ya no pudo apartar la vista. El pecho de él se elevaba con la fuerza de su respiración. En el hombre que se inclinaba sobre ella no había nada de educado o sofisticado. Por un momento vio su alma, el núcleo primitivo que lo conformaba. El la sostuvo, la obligó a mirarlo y, con un sonido gutural, la penetró hasta las profundidades de su cuerpo sedoso, abriéndose paso a través de la barrera de su virginidad. Evie lanzó un grito, con el cuerpo arqueado de dolor. Además del dolor, estaba también la sorpresa de la invasión; sus delicados tejidos interiores se estremecían al intentar adaptarse al bulto duro del intruso.

Un sonido gutural surgió de la garganta de él. La poseía con fuerza, con las caderas adelantándose y retrocediendo. Siempre había sido muy gentil con las mujeres, pero con Evie se mostraba feroz en su necesidad.

No podía ser gentil cuando todo su cuerpo y su mente explotaban de placer salvaje. La sentía caliente y apretada, sedosa, húmeda... y suya. De nadie más. Nunca. Suya.

Se estremeció y se convulsionó, y ella sintió que derramaba su semilla en su interior. Después él se derrumbó despacio, temblando, buscando apoyo. Su peso cayó sobre ella, apretándola contra el colchón.

Evie yacía mareada debajo de él. Se sentía destrozada, incapaz de formar un pensamiento coherente.

Y entonces descubrió que aquello no había acabado.

Capítulo doce

Robert salió lentamente a la superficie desde la profundidad del placer puramente físico, luchando por pensar con claridad. La fuerza de lo que acababa de experimentar lo había dejado débil, con la sensación de estar fuera de su cuerpo, desconectado de sí... Era muy consciente de su cuerpo como no lo había sido nunca. Sentía el calor do, su sangre fluyendo por sus venas y los latidos de su corazón.

De pronto desapareció la confusión y se impuso la realidad. Se quedó rígido, avergonzado de sí mismo. Había perdido el control, algo que no le había ocurrido nunca. Nunca había sido tan imperativo que se mostrara gentil y en lugar de ello la había tomado como un animal, pensando solo en su placer, en la conquista y posesión de su cuerpo sedoso.

La joven yacía bajo él, en una especie de inmovilidad desesperada, como si quisiera evitar atraer su atención. Su corazón se contrajo de dolor. Dejó a un lado el tema de su virginidad y se concentró en la tarea de devolverle la confianza. Si la dejaba marchar ahora, no podría volver a acercarse a ella nunca más. Seguramente estaba muerta de miedo. Y con razón.

Le había mostrado pasión pero sin placer. Solo había conocido dolor; y si no conseguía equilibrarlo con placer, la perdería. Una sensación de pánico lo embargó. Una parte de su cerebro permanecía clara. Sabía cómo llevar a una mujer al orgasmo en una variedad de formas: deprisa o despacio, con la boca, las manos o el cuerpo. Podía satisfacerla gentilmente con la boca, y quizá sería lo mejor, pero su instinto lo rechazaba. Tenía que darse prisa, antes de que ella se recuperara lo suficiente para combatirlo, y tenía que hacerlo del mismo modo en que le había causado el dolor. Quería que encontrara placer en su cuerpo para que no odiara la penetración.

Su miembro viril seguía duro, y empezó a moverse despacio. La joven se tensó y le empujó el pecho, como para apartarlo.

-No -dijo él con voz ronca-. No voy a parar. Sé que ahora te hago daño, pero antes de retirarme conseguiré que te guste tenerme dentro.

Lo miró confusa. Pero no dijo nada, y él la abrazó y ajustó sus posiciones para que pudiera tener la mayor sensación posible. Sentía los muslos de ella temblar junto a sus caderas.

Respiró hondo.

-Puedo darte placer -le prometió con gentileza, cubriéndole los labios de besos-. ¿Confías en mí, Evangeline? ¿Por favor?

Ella seguía sin decir nada, no había dicho ni una palabra desde que pronunciara su nombre al principio. Robert vaciló un instante; luego ella se abrazó a su cuello y el hombre sintió alivio ante aquella muestra de confianza.

Evie cerró de nuevo los ojos, preparándose para volver a soportar el uso doloroso de su cuerpo. En ese momento no podía hacer otra cosa; no podía pensar ni actuar, solo soportar. Quería hacerse una bola y llorar de dolor y decepción, pero no podía. Esta indefensa, con el cuerpo invadido; dependía de la misericordia de él, que parecía no tener ninguna.

Al principio solo hubo más dolor. Pero luego, de pronto, el movimiento de las caderas de él la hizo arquearse con algo que no era dolor, aunque sí igual de agudo. No hubo preparación previa, solo aquella sensación que la hizo gritar. Robert volvió a repetirlo y ella descubrió, con un gemido, que tenía aún menos control sobre su cuerpo del que pensaba.

Oleadas de calor la inundaban hasta que tuvo la impresión de que todo su cuerpo brillaba. Se abrazó a los hombros de él y le clavó las uñas en la espalda. Robert le levantaba las nalgas, moviéndola, acunándola hacia delante y atrás, y cada pequeño movimiento le causaba explosiones de placer. Tenía la sensación de ir viajando por una montaña rusa interior hacia un punto que no podía ver, pero que deseaba alcanzar. El la empujaba más y más a cada movimiento, hasta que ella jadeaba desesperada y sollozaba contra él. Y entonces llegó al otro lado y gritó con fuerza.

Se estremecía, intentaba fundirse en el cuerpo de él, tan destrozada por el paroxismo del dolor como antes por el del placer. Robert se mantenía inmóvil, apretando los dientes, pero la succión frenética de los músculos internos de ella era más de lo que podía soportar, y cedió con un gemido. Algo lo impulsó a no moverse, a dejarla disfrutar de su placer sin entrometerse con el de él, y eso intensificó aún más la sensación. Se oyó gemir de nuevo y se derrumbó pesadamente en sus brazos.

Evie yacía debajo de él, más confusa que nunca. Las exigencias de él, la sucesión de dolor y placer, la habían dejado exhausta; tal vez se adormiló; gimió cuando él se retiró, pero no abrió los ojos.

Una luz brilló sobre sus párpados. Se encogió para huir de ella, pero Robert la inmovilizó. Se sentó a su lado y le separó los muslos con firmeza. Evie emitió un gemido de protesta e intentó levantarse, pero no pudo.

-Calla -susurró él-. Déjame ponerte más cómoda. Dormirás mejor.

Una esponja mojada tocó sus muslos. El hombre lavó con ternura la evidencia de lo que habían hecho y la secó con una toalla suave. Evie suspiró de placer. Robert devolvió la esponja y la toalla al baño y, cuando regresó a apagar la lámpara, ella ya se había dormido. Ni siquiera se despertó cuando la tomó en sus brazos.

Evie despertó antes de amanecer. La luna se había retirado y la oscuridad era completa. Seguía somnolienta, agotada por la noche pasada en brazos de Robert. Era como si su cuerpo hubiera dejado de pertenecerle. Él la había seducido hasta olvidar el miedo y el

dolor.

Robert, a su lado, respiraba lenta y profundamente. Tenía un brazo bajo la cabeza de ella y el otro sobre su cintura. Su calor la envolvía.

Evie no quería pensar en la noche que acababa de pasar ni en lo ocurrido entre ellos. Prefería concentrarse en lo que sentía.

Nunca había pensado que entregarse al hombre que amaba pudiera ser tan traumático. Y extrañamente, el dolor físico era la parte menos importante, la más comprensible.

Sabía que debería haberle dicho que era virgen, pero eso hubiera requerido una explicación que no se sentía capaz de dar. Hablar de Matt y de las pocas horas de su matrimonio le resultaba demasiado doloroso. Había confiado, estúpidamente, en que él no lo notaría, en sentir solo una incomodidad pasajera que pudiera ocultar. No sabía si reír o llorar. Había pagado caro su secreto, y no había conseguido guardarlo.

Pero lo más difícil para ella era lidiar con la mezcla de terror y pena. Sabía que acostarse con él destruiría sus defensas, pero desconocía el pánico que eso le produciría y también que no podría evitar acordarse de Matt. No podía distanciarse de ese dolor, amar a Matt, y perderlo como lo había perdido, había influido mucho en su vida. La había convertido en la mujer que ahora era.

Durante doce años le había sido fiel, y su recuerdo la había envuelto como un escudo, protegiéndola. Pero ahora se había entregado irrevocablemente a otro hombre, en cuerpo y alma, y no había marcha atrás. Para bien o para mal, Robert llenaba ahora su vida. Tendría que dejar marchar a Matt, convertir su recuerdo en una parte pequeña e imborrable de ella en lugar de una mole que la separaba y protegía del mundo. Era como volver a perderlo.

-Adiós, Matt -susurró mentalmente-. Te quiero, pero ahora soy suya y lo quiero mucho.

Salió de la cama con un sollozo, despertando a Robert. Este tendió una mano para detenerla, pero ella se evadió y se quedó inmóvil en mitad del cuarto, con la mano apretada contra la boca para detener los sollozos.

-¿Qué ocurre? -preguntó él con suavidad-. Vuelve a la cama, cariño.

-Tengo que ir a casa -no quería encender la luz, pero necesitaba encontrar su ropa, vestirse... había un bulto oscuro en la alfombra y al tacto vio que era su vestido. Le dolían todos los músculos. Un profundo dolor interno marcaba el punto en que había estado él.

-¿Por qué? -la voz de él seguía siendo suave, tierna-. Es pronto. Tenemos tiempo.

Quería preguntarle tiempo para qué. Pero ya lo sabía. Si volvía a la cama, volvería a hacerle el amor. Temblando de pena, atrapada en la transición entre el amor viejo y el nuevo, pensó que se haría pedazos si la tocaba. Estaba pasando de una fase de su vida a otra e intuía que dejaba una fortaleza segura para hundirse de cabeza en un peligro desconocido. Necesitaba estar sola.

-Tengo que irme -repitió con una voz fantasmal, preñada de lágrimas.

El hombre salió de la cama.

-De acuerdo -musitó-. Te llevaré a casa. Sacó la sábana de arriba de la cama y la envolvió en ella. La tomó en brazos y salió con ella a la terraza-. Más tarde.

Fuera había silencio, como si todas las criaturas de Dios contuvieran el aliento en espera de la primera luz. No se oían ni los grillos. Evie intentó controlarse y lo consiguió unos minutos. Robert se limitaba a sostenerla, sin decir nada, como si él también esperara al amanecer. Su silencio la venció; si hubiera hablado, podría haberse concentrado en las respuestas; enfrentada a sus pensamientos, perdió la batalla.

Volvió la cara contra el cuello de él y lloró.

El hombre la sostuvo contra sí, sin intentar hablar. Cuando ella se calmó, le secó el rostro con una esquina de la sábana.

Evie, agotada, miraba el lago. En un árbol cercano trinó un pájaro y, come si todos esperaran esa señal, muchos más siguieron su camino, gritando su alegría ante el nuevo día.

La joven sentía el calor del cuerpo poderoso y desnudo de él consolándola. Sentía las columnas firmes de sus muslos bajo ella, el apoyo firme de su pecho, de sus brazos. Apoyó la cabeza en su hombro y tuvo la sensación de haber llegado a casa.

-Te quiero -musitó.

Sabía que era una tontería admitirlo. Cuántas mujeres le habrían dicho lo mismo después de una noche en sus brazos? Pero, ¿qué ganaba ocultándolo? No quería que él pensara que para ella había sido solo una aventura de verano.

Robert se limitó a mirarla.

-Entonces, ¿por qué lloras?

La mujer miró el agua. Lo amaba, pero no podía desnudarle su alma; siempre nece-

sitaría tener un rincón propio, hecho de recuerdos que dolían.

-Evie.

Los ojos de ella se llenaron de tristeza. Una tristeza que la había acompañado durante muchos años. No quería decírselo, pero suponía que un hombre que abrazaba a una mujer por un llanto así, merecía conocer al menos el motivo de sus lágrimas.

-Me he dado cuenta de que Matt ahora se ha ido del todo -dijo al fin con voz temblorosa.

Sintió que el cuerpo de él se ponía rígido. Pero su voz sonó controlada.

-Hace mucho que se fue.

-Sí -solo ella sabía lo largos que habían sido esos doce años-. Pero hasta esta noche yo era todavía su esposa.

-No -repuso él-. No lo eras -le puso una mano en la barbilla para obligarla a mirarlo a la luz pálida del amanecer-. Nunca fuiste su esposa. Nunca te acostaste con él. Y espero que no vayas a fingir ahora que no eras virgen, porque no soy tonto y la mancha de la sábana no se debe a que tengas la regla.

Evie se encogió.

-No.

-Te casaste con él -prosiguió él-. ¿Por qué soy el único que te ha poseído?

La tristeza oscureció los ojos de ella.

-Me casé en junio -dijo.

Robert enarcó las cejas, invitándola a continuar.

-Es imposible conseguir una iglesia para casarse en junio a menos que la pidas con un año de antelación -explicó ella-. Matt y yo elegimos el día cuando estábamos aún en el instituto -miró el agua una vez más-. Fue una boda hermosa. El clima era perfecto, la decoración y la tarta también. Todo salió de maravilla. Y a mí me bajó el periodo aquella mañana.

Roben guardó silencio, esperando aún. Evie tragó saliva, recordando la chica inocente que había sido.

-Aquella noche me resultó terrible decirle a Matt que no podíamos hacer el amor. Los dos nos sentimos muy desgraciados.

-¿Y por qué no...? -empezó a decir él; se interrumpió. Sabía que dos adolescentes no tenían la experiencia de dos adultos.

-Exacto -dijo ella-. Los dos éramos vírgenes. Habíamos querido esperar juntos hasta después de la boda. Y esa noche solo pudimos besarnos y tomarnos de la mano. A la mañana siguiente, Matt, que era un chico básicamente optimista, se dedicó a bromear sobre ello y los dos acordamos que jamás se lo contaríamos a nuestros hijos -su voz vaciló-. Ese día murió.

Robert le apartó el pelo de la cara con ternura. No había hecho el amor con su marido y había permanecido fiel a él durante más de una década. Traumatizada por la muerte de Matt, sin duda resintió más no haber hecho antes el amor con él, y decidió cerrarse a otros hombres. Si no había podido estar con él, no estaría con nadie. Había seguido viviendo como una Bella Durmiente animada, cuyo cuerpo seguía funcionando mientras sus sentimientos permanecían en suspenso.

Robert sentía una profunda satisfacción. A pesar de lo enorme de aquella barrera, él había conseguido vencerla. Su primera vez había sido con él. Era suya.

Siempre había despreciado la promiscuidad, pero no valoraba mucho la virginidad.

Le parecía una hipocresía exigir algo que él no podía dar. Sin embargo, todas sus aventuras sofisticadas no tenían nada en común con lo que sintió cuando se dio cuenta de que era el único hombre que había hecho el amor con Evie.

Su relación con Landon Mercer, fuera la que fuera, no incluía ningún aspecto romántico. Ese amanecer, Robert tomó una decisión. No detendría la investigación, pero cuando llegara el momento y se cerrara la red, intervendría para librar a Evie de un procesamiento. No escaparía al castigo, pero él sería el único que se lo infligiría. La verdad era que no podía soportar la idea de que fuera a la cárcel.

No sabía por qué participaba en algo tan vil. Era un buen juez de personas y hubiera jurado que ella era intachable. Por lo tanto, solo podía hacerlo por lo que ella consideraba una buena razón, aunque desconocía cuál pudiera ser. Tal vez no supiera lo que hacía exactamente, y esa explicación lo alentaba aún más a protegerla.

Se alegraba de que el ritmo de la naturaleza se hubiera interpuesto con su noche de bodas tantos años atrás. ¡Pobre Matt! Gran parte de sus celos habían desaparecido, sustituidos por lástima. Matt Shaw había muerto sin probar la perfección del cuerpo de su joven esposa.

Cuando la vio desnuda la noche anterior, con sus curvas sensuales, no pudo esperar y tuvo que poseerla de inmediato.

Un caballero se habría mostrado mucho más considerado, pero él sabía que, a pesar de lo que pensaran sus conocidos, no era un caballero. Era un hombre controlado, inteligente y relativamente amable, pero no un caballero. Y en lo relativo a Evie, carecía de control. Apretó los labios.

Podía estar embarazada. Y para sorpresa suya, la posibilidad no-le disgustaba del todo. Le producía una extraña complacencia... y curiosidad.

Suspiró.

-Podemos ser padres. No he usado condones.

-No pasa nada -repuso ella-. Fui a mi médico en Huntsville y le pedí una receta de pastillas anticonceptivas.

Robert debería haberse sentido aliviado, pero no era así. Prevaleció el sentido común.

-¿Cuándo?

-Poco después de conocerte.

Robert casi hizo una mueca al pensar en lo que se había esforzado su gente por averiguar qué había ido a hacer aquel día a Huntsville. Les diría que dejaran de indagar, pero no les contaría lo que había hecho.

Enarcó las cejas con soma.

-Recuerdo que me dijiste claramente que no tenías intención de acostarte conmigo.

-Y así era. Pero eso no significa que pensara correr un riesgo de ese tino, porque tú estabas decidido y yo muy poco segura de mi fuerza de voluntad.

-Tu fuerza de voluntad no habría flaqueado si tú no me hubieras deseado también.

-Lo sé.

El ruido de las lanchas motoras empezaba a romper la tranquilidad de la mañana, y pronto el río se llenaría de pescadores y barcos de placer. Aunque la posición de Evie en su regazo impediría que nadie viera que estaba desnudo, Robert pensó que sería mejor no escandalizar a nadie. Después de todo, ella tenía un negocio allí y podían reconocerla. Se levantó y la llevó al interior de la casa.

Se sentía satisfecho. Ella le había dicho que lo quería, y sabía instintivamente que bien podía ser verdad. No era la primera vez que se lo decían. De hecho, se lo habían dicho muchas. Pero, aunque le gustaban todas sus amantes y disfrutaba con ellas, ninguna había conseguido atravesar su caparazón; dudaba que alguna hubiera sabido que ese caparazón existía.

La declaración sencilla de Evie, en cambio, lo había llenado de satisfacción. Ni siquiera esperaba que él le respondiera. Pensándolo bien, esperaba menos que nadie de él. No esperaba nada. ¿Por qué, entonces, daba tanto?

La llevó al cuarto de baño y la posó en el suelo, quitándole la sábana. La visión de su cuerpo dorado lo excitó una vez más y llevó las manos a sus pechos. Evie abrió mucho los ojos.

El hombre sonrió.

-No te asustes -dijo; la besó en la frente-. Te dejaré en paz hasta que te hayas recuperado. Entra en la bañera mientras preparo café. Un baño te aliviará mucho.

-Buena idea -repuso ella con sinceridad.

Robert soltó una risita. Se sentía cada vez más satisfecho. Ella era suya.

Capítulo trece

Evie se preguntó cómo era posible que una noche así no hubiera dejado marcas en su cara. Después de un baño tranquilo y un desayuno, tranquilo también, que preparó Robert con la misma maestría col la que hacía todo, la llevó a casa y le dijo que tenía cosas que hacer en. Huntsville, pero que intentaría volver antes de que ella terminara de trabajar. Si no, la vería en su casa.

La mujer se forzó por hacer las cosas de siempre, pero tenía la sensación de que su vida había cambiado por completo y nada era ya igual. Ella no era la misma. Robert la había convertido en una mujer que anhelaba hacer el amor con él a pesar de las molestias de su cuerpo recién iniciado. No sabía, no sospechaba siquiera que la pasión pudiera ser tan salvaje.

Lo deseaba más que antes. Él había sacado a la luz su sexualidad largo tiempo enterrada y ella respondía al contacto más leve de sus manos.

Se miró al espejo mientras se hacía la trenza. Tenía sombras debajo de los ojos, pero no parecía cansada. Simplemente parecía... la de siempre. De haber algún cambio, era en la expresión de sus ojos, una especie de chispa que antes faltaba en ellos.

Salió para el puerto mucho antes que de costumbre, pero necesitaba distraerse para dejar de pensar en Robert. Con suerte, Sherry llevaría a Virgil a pasar el día con ella.

Cuando llegó, Craig llenaba el depósito de gasoil de un barco. Después fue a guardar el dinero en la caja.

-¿Por qué llegas tan pronto? ¿Lo pasaste bien anoche?

Evie consiguió, sonreír con calma.

-Sí, muy bien. Fuimos a un club privado a cenar y bailar. Y he venido temprano porque me apetecía.

-A mí me parece bien -sonrió el chico-. Me alegro de que salgas con él. Tienes que divertirte un poco.

-Gracias por cambiarme el turno. -De nada.

Se acercó otro cliente a los surtidores y Craig volvió a salir. Evie empezó a revisar el correo. Tiró a la basura la propaganda y dejó a un lado las facturas para examinarlas más tarde. Había una carta de Nueva York de un banco del que no había oído hablar, seguramente ofreciéndole una tarjeta de crédito. Iba a tirarla sin abrirla cuando cambió de idea y decidió ver de qué se trataba. Treinta segundos después, dejaba caer el papel sobre el mostrador con aire confuso. Aquel banco tenía que haberla confundido con otra persona, aunque no sabía cómo tenían su nombre si nunca había hecho negocios con ellos. La carta afirmaba que, debido a su historial de falta de pago, se verían obligados a embargarla a menos que pagara la totalidad del préstamo en menos de treinta días.

No habría tomado en cuenta la carta de no ser porque la cantidad que figuraba era la misma que debía a su banco por el préstamo de su negocio. Conocía bien la cifra, que cada pago disminuía un poco. No sabía cómo, pero era evidente que su ficha había terminado en los ordenadores del otro banco y querían que pagara los quince mil doscientos sesenta y dos dólares en treinta días.

Tenía que aclarar aquello antes de que se liara más. Llamó a su banco, dio su nombre y preguntó por Tommy Fowler, que era amigo suyo del instituto.

-Hola, Evie -dijo la voz de Tommy-. ¿Cómo te va?

-Muy bien. ¿Qué tal están Karen y los niños?

-Muy bien, aunque Karen dice que los niños la vuelven loca y, si la escuela no empieza pronto, hará que la encarcelen para tener algo de paz.

Evie soltó una risita. Los niños de los Fowler eran famosos por su energía inagotable.

-¿Qué puedo hacer por ti? -preguntó Tommy.

-Ha habido una confusión y tengo que saber cómo arreglarla. He recibido una carta de un banco de Nueva York que me pide el pago completo del préstamo y es la misma cantidad que os debo a vosotros.

-¿De verdad? Vamos a ver qué ocurre. ¿Tienes a mano el número de cuenta?

-Ahora no. Estoy en el trabajo y lo tengo en casa.

-No importa. Lo buscaré por tu nombre. No cuelgues.

Lo oyó teclear en el ordenador al tiempo que tarareaba algo. De pronto dejó de tararear y reinó el silencio. Al fin hubo más sonidos de teclas y de nuevo silencio.

-Evie...

-¿Qué ocurre?

-Hay un problema, querida. Un problema grande. Ese banco ha comprado tu deuda.

La mente de Evie se quedó en blanco.

-¿Cómo que la ha comprado?

-Vendimos algunos préstamos. Es bastante corriente. Los bancos lo hacen para reducir su carga de deudas y otros los compran para diversificar sus préstamos. Según nuestros archivos, esa transacción tuvo lugar hace diez días.

-¿Solo diez días y ya me exigen el pago completo? ¿Pueden hacerlo?

-Si has cumplido los términos del préstamo, no. ¿Te has... retrasado con el pago?

Evie sabía que él tendría esos datos en el ordenador y sabía que se había retrasado varias veces, aunque nunca había llegado a un mes y siempre había vuelto a ponerse al día.

-Ahora voy retrasada -dijo-. He tenido un gasto inesperado y no podré pagarlo hasta la semana próxima.

Lo oyó respirar con fuerza.

-Entonces pueden exigírtelo legalmente, aunque el procedimiento normal sería intentar cobrarte el pago mensual y no la cantidad completa.

-¿Qué hago?

-Llámalos. Después de todo, eres un riesgo seguro. Pero no olvides enviarles también una carta para tener algo por escrito.

-Vale. Gracias por el consejo, Tommy.

-De nada. Lo siento mucho. Si el préstamo siguiera siendo nuestro, jamás habría ocurrido.

-Lo sé. Veré lo que puedo hacer. -Llámame si puedo ayudarte en algo. -Gracias.

Marcó el número que aparecía en la carta con el corazón latiéndole con fuerza. Una voz impersonal le preguntó qué deseaba. Evie dio el nombre de la persona que firmaba la carta.

La llamada fue breve. El señor Borowitz se mostró brusco e impersonal. No podía hacer nada y no parecía interesado en intentarlo. Tenía que entregar la cantidad completa en el tiempo límite que establecía la carta o embargarían la propiedad.

Colgó el teléfono y miró por la ventana. El puerto estaba lleno de gente, unos que limpiaban sus barcos mientras otros usaban las rampas o hacían cola en los surtidores. Si no encontraba quince mil dólares en los próximos treinta días, lo perdería todo.

Amaba el puerto. Allí había pasado mucho tiempo desde niña. Primero jugando en los muelles y luego ayudando a Matt en su trabajo. Cuando lo heredó, canalizó toda su energía y esfuerzos para sacarlo adelante, pero básicamente era una obra de amor. El puerto, tanto como su familia, había dado una razón para vivir cuando dudaba de querer intentarlo siquiera.

Era su reino, su hogar, tanto o más como la casa en la que vivía. No podía soportar perderlo. Tenía que encontrar el dinero y pagar la deuda.

La solución más evidente era hipotecar la casa. La cantidad adeudada sería la misma, pero se extendería en un periodo de tiempo más largo y eso disminuiría los pagos. Sintió que se le quitaba un peso de encima. Estaría mejor que antes, con más dinero al mes.

Llamó de nuevo a Tommy y empezó a rodar la pelota. Su amigo se mostró de acuerdo en que una hipoteca sería la mejor solución. Tendría que conseguir que aprobaran el préstamo, pero no anticipaba problemas y prometió llamarla en cuanto lo tuviera.

Cuando colgó el teléfono, Evie se sentó largo rato con la cabeza entre las manos. Tenía la impresión de acabar de sobrevivir a una batalla. Estaba temblorosa, pero animada por la victoria. Si llegase a perder el puerto... No podía ni imaginarlo.

Cuando al fin levantó la cabeza y miró por la ventana, sonrió. El negocio iba bien aquel día. Tanto, que Craig necesitaba una mano y seguramente se preguntaba por qué no salía a ayudarlo. Evie se puso en pie, recuperada la energía y salió de la tienda.

Robert llegó poco después de las siete. Había sido un día ajetreado y ella estaba sirviendo gasolina a un barco. Cuando lo vio, lo saludó con la mano.

-Enseguida voy.

El hombre asintió y entró en la tienda. Pasó detrás del mostrador y la miró por la ventana. Le habían notificado que había recibido la carta y llamado al banco que había comprado su préstamo, donde, siguiendo instrucciones, se habían negado a ayudarla.

Bajó la vista y vio la carta encima del resto del correo.

Sabía que estaría disgustada y lo lamentaba, pero había decidido seguir con el plan. Aunque estaba casi seguro de que ella no sabía lo que hacía Mercer exactamente, quedaba una pequeña posibilidad de que estuviera metida hasta el cuello. Y por eso no podía aliviar la presión económica. Si estaba mezclada, se vería obligada a realizar otra venta para conseguir el dinero del préstamo. Si no lo estaba, él solucionaría sus problemas económicos en cuanto tuviera a Mercer en la cárcel. Había otras personas, y llegaría hasta dios, pero Evie era suya, de un modo u otro.

Sacó la carta del sobre y la desdobló. Quería saber lo que decía exactamente. La leyó y después vio lo que había escrito ella a m lado.

Aparecía un nombre, Tommy Fowler, con un número de teléfono al lado. Debajo ella había escrito «hipotecar la casa».

Sonrió. Era una mujer de recursos y sentido común. Respiró aliviado. Si se dedicara a robar programas informáticos de la NASA, no intentaría hipotecar su casa para pagar el préstamo; simplemente, organizaría otra venta.

Devolvió la carta al sobre. Lamentaba más que nunca la necesidad de seguir con lo que había empezado, pero él nunca dejaba nada al azar, y menos en un asunto tan serio. Tendría que impedirle hipotecar la casa, por supuesto. Evie se preocuparía mucho, pero la recompensaría más adelante.

Se sentó en el taburete y la observó trabajar. Vestía pantalón vaquero y camiseta. Se estremeció de deseo por ella. La deseaba más que antes, si eso era posible. Porque ahora conocía los sonidos que hacía en el momento del orgasmo, sabía cómo se aferraba a él, cómo lo abrazaba con sus piernas y cómo se enderezaban sus pezones semejantes a frambuesas. Conocía su sabor, su aroma, y quería volver a disfrutarlos.

La mujer entró, lo miró y se quedó inmóvil. La vio estremecerse al percibir su excitación. ¿Cómo era posible que captara tantas cosas de él?

-Ven aquí -dijo con suavidad. Y ella obedeció.

No se bajó del taburete, sino que la colocó entre sus muslos. Los brazos de ella rodearon sus hombros y él bajó el rostro hacia ella. La besó largo rato, tan hambriento de ella que no podía ser gentil. La boca de Evie respondía de un modo que lo hizo olvidar a Mercer, los programas robados y el lío en que estaba metida, olvidarlo todo excepto la alegría de abrazarla.

Pero sabía que ella debía estar dolorida, así que apartó la boca de mala gana y le besó las sienes, las mejillas y la garganta. Tendría que controlarse un poco.

-¿Qué tal el día? -preguntó.

-Muy ajetreado -repuso ella, reclinándose en el círculo de sus bracos-. ¿Y el tuyo?

-Tedioso. Tenía que ocuparme de unos detalles aburridos.

-Pues si hubieras estado aquí, te habría puesto a trabajar. Creo que todo el mundo que tiene un barco ha salido hoy al agua -miró por encima del hombro de él-. Ahí lega otro.

El grupo de recién llegados no quería gasolina, pero entraron en la tienda en busca de refrescos y bolsas de patatas. Parecían reacios a abandonar el aire acondicionado y se entretuvieron mirando los anzuelos y cebos. Evie charlaba amablemente con ellos. Eran dos parejas de su edad, que habían parado el día en el lago. Cuando al fin se marcharon, se despidieron amigablemente.

-Otra vez solos -Robert miró su reloj-. Y es hora de cerrar.

-Menos mal -Evie se desperezó.

Robert la ayudó a cerrar y la envió a su casa mientras iba a buscar comida. Cenaron juntos, sentados en el porche que daba al río, charlando de cosas rutinarias. Pero Evie no tardó en mostrar sueño. La tercera vez que bostezó, Robert se puso en pie y le tendió la mano.

-Es hora de acostarse. Vamos.

La joven le dejó hacer. La llevó al dormitorio y empezó a desnudarla.

-Robert, espera -intentó apartarse-. No puedo...

-Lo sé -repuso él; le besó la frente-. Te dije que te daría tiempo para curarte. Dormiremos juntos, pero solo eso.

La mujer se relajó de nuevo y él terminó la tarea de desnudarla a ella y a sí mismo. En la casa hacía mucho calor para estar cómodo, pero cuando estuvieron desnudos y tumbados en la cama, el ventilador del techo supuso cierto alivio y empezó a adormilarse. Yacían con los muslos de él bajo los de ella y con una mano cubriéndole el pecho en ademán posesivo.

Evie dormía ya. La renuencia de él a que irse en aquella casa desapareció al descubrir que nunca había sido esposa de Matt en todo el sentido de la palabra.

No le había hablado del préstamo bancario. Era una mujer solitaria, acostumbrada a resolver sus problemas sin acudir a otros. Aunque tendría que negarle ayuda si se la podía, quería que confiara en él, que le contara sus problemas y sus alegrías. Cuando estuvieran casados, se aseguraría de saberlo todo sobre ella.

Hasta ese momento no había pensado en aquella posibilidad, pero de pronto le pareció lo más natural. Nunca había deseado a otra mujer como a ella, y dudaba sinceramente que volviera a ocurrirle. Cuando se aclarara aquel lío, la quería cerca de él, lo que implicaba llevársela a Nueva York. Y conocía a Evie. Sabía que era bastante convencional y que querría la seguridad del matrimonio; por lo tanto, se casaría con ella. No podía imaginarse aburriéndose de ella, como de otras amantes. Y tampoco podía imaginarse dejando que otro hombre tuviera la ocasión de casarse con ella.

No le importaba perder su libertad. Pensaba en regalarle vestidos de seda y joyas caras. No tendría que trabajar siete días a la semana ni comprar frigoríficos de segunda mano. La llevaría consigo en viajes de negocios, le enseñaría París, Londres y Roma, y se irían de vacaciones al rancho de Montana. Sabía que a Madelyn le caería bien Evie.

En un mes, o quizá antes, habrían dejado todo aquello atrás y estarían en Nueva York. Se quedó dormido, contento de tener a la joven para sí.

Evie, como siempre, despertó al amanecer. Robert estaba a su lado, con un brazo sobre las caderas de ella.

Había dormido con él dos noches seguidas y se preguntó cómo podría soportar la desolación cuando él ya no estuviera allí.

Se movió un poco y se incorporó sobre el codo. El hombre se despertó al instante.

-¿Ocurre algo? -preguntó. Por un momento hubo algo fiero en sus ojos y puso los músculos en tensión, como disponiéndose a atacar.

La mujer negó con la cabeza.

-No. Solo quería verte.

Robert se relajó y apoyó la cabeza en la almohada. Su piel aceitunada se veía muy morena contra el blanco de la sábana. Tenía el pelo negro revuelto y la barbilla oscurecida por un asomo de barba. Tumbado allí, desnudo y relajado, parecía lo que era... un guerrero formado por años de lucha.

Le puso una mano en el pecho y él no se movió, limitándose a mirarla. No le susurró que lo quería; ya le había dicho lo que sentía y no tenía intención de repetirlo.

Se inclinó sobre él y fue depositando besos sobre su cuerpo. Pensó que olía de maravilla por las mañanas. Los rizas del pecho la invitaban a frotar la mejilla contra ellos como un gato. Sus pezones, pequeños y marrones, quedaban casi ocultos por el pelo. Los buscó y acarició. Robert se movió un poco, pero no tardó en relajarse y volver a quedarse inmóvil.

-Me pregunto si será esa la expresión que pondría un pachá mientras su concubina favorita le da placer -murmuró ella.

-Es posible -puso las manos en la cabeza de ella y le acarició la nuca-. Tú me das placer, Evangeline.

La joven continuó su exploración, bajando hasta los muslos y caderas, rodeando la erección mañanera. Algo en el interior del muslo izquierdo atrajo su atención y se inclinó para examinarlo de cerca. La luz de la mañana mostraba claramente el contorno de un águila, o quizá un fénix, con las alas extendidas. Era un tatuaje pequeño, de unos tres centímetros, pero tan bien hecho que se podía apreciar la fiereza del ave de presa.

Pasó un dedo por él y se preguntó por qué estaba allí. Robert no parecía el tipo de hombre que se hiciera tatuajes. O quizá sí. Tal vez aquella era la única señal que permitía ver que en él había algo más de lo que se mostraba a simple vista.

-¿Cuánto hace que lo tienes? -preguntó. -Bastante.

Evie bajó la cabeza y lamió el tatuaje, acariciando con la lengua la marca de su carne que señalaba la presencia del hombre interior.

Un sonido vibró en la garganta de él, que se puso tenso.

-¿Me deseas? -susurró ella, lamiéndolo de nuevo. Se sentía ebria de poder femenino. El deseo crecía también en su interior, abriéndose como una flor. Le palpitaban los pechos, y los frotó contra la pierna de él.

Robert emitió una risita estrangulada.

-Mira unos centímetros a tu derecha y dime lo que crees tú.

La joven obedeció, volviendo la cabeza despacio para observar su miembro erecto y palpitante.

-Yo creo que sí.

-Lo que importa es lo que sientes tú.

La mujer le lanzó una sonrisa luminosa de deseo que prometía más de lo que él creía que podía soportar.

-Siento... deseo -musitó. Se tumbó sobre él y le echó los brazos al cuello.

El rostro de él estaba tenso.

-Tendré cuidado -prometió en un susurro

La colocó debajo, y ella levantó un brazo para tocarle la mejilla y lo abrazó con las piernas. Robert empezó a penetrarla despacio, con mucho cuidado.

-Confío en ti -dijo ella, entregándole su cuerpo como ya le había entregado su corazón.

Capítulo catorce

Landon Mercer se miró al espejo con preocupación. Nada iba bien, y no sabía por qué. Un día se sentía muy bien consigo mismo y al siguiente todo empezaba a derrumbarse. Al principio eran nimiedades, como que la presencia de Cannon allí casi le produjera un infarto, aunque después resultó ser el menor de sus problemas. La reputación de su jefe se había exagerado mucho; no era más que un playboy con dinero y sin idea alguna de lo que era tener que luchar por lo que quería.

Aunque a veces tenía una mirada fría que daba miedo, como si pudiera ver a través de la carne. Mercer tardaría en olvidar el pánico que sintió cuando el otro lo sorprendió en el puerto. Por un instante se creyó atrapado. Pero a su jefe solo parecía importarle que se hubiera tomado la tarde libre, algo que procuró no repetir. ¡Qué mala suerte! Había muelles de sobra en Guntersville. ¿Por qué tenía que haber elegido aquel? No era el más grande ni el mejor dirigido. De hecho, el principal atractivo para él era su tamaño pequeño y que solo había una persona. Evie Shaw no tenía tiempo de prestar atención a todo lo que ocurría a su alrededor.

Por supuesto, después de ver a la joven, era comprensible que Cannon lo hubiera elegido. Mercer llevaba meses intentando que saliera con él, pero sin éxito. Seguramente porque no tenía bastante dinero. Porque con Cannon se había ido en el acto.

Claro que, de haber salido bien las cosas, sí habría tenido dinero suficiente para atraerla. No era estúpido. No había gastado el dinero de las ventas; lo había invertido. Los valores que eligió parecían sólidos. Se alejó de los mercados de intereses altos pero con riesgos, y optó por intereses más modestos pero seguros.

Pero las acciones que parecían sólidas un día bajaban al siguiente y los precios caían en picado a medida que otros inversores vendían su parte. En una semana terrible, había perdido la mitad de sus inversiones. Había vendido con pérdidas y, en un movimiento desesperado por recuperarse, lo había invertido todo en mercados de divisas. Y había perdido una gran parte. Se sentía como el rey Midas a la inversa; todo lo que tocaba se convertía en chatarra.

Cuando lo llamaron para ofrecerle otra compra, se sintió tan aliviado que casi les dio las gracias. Si su cuenta bancaria no recibía pronto una transfusión económica, no podría pagar la letra del coche ni las de sus tarjetas de crédito. A Mercer lo horrorizaba la idea de perder su adorado Mercedes. Había coches más caros y algún día los compraría, pero el Mercedes era el primero que había tenido que indicaba que era alguien. No podía soportar la idea de volver a ser nadie.

Evie se sentía dividida en dos seres distintos. La mitad de ella era increíblemente feliz, abrumada por la maravilla de tener a Robert como amante. Nunca había soñado que podría volver a ser tan feliz. Su amante era considerado y tierno, y hacía que se sintiera como si

fuera el centro del universo. Nunca la desatendía, no daba nada por sentado, siempre hacía que se sintiera la mujer más deseable del mundo.

Lo veía todos los días y se acostaban juntos casi todas las noches. Era un amante experimentado, que le enseñaba posiciones y variaciones nuevas. Le hacía el amor casi todas las noches. Solo una vez, pero largamente, hasta que se sentía saciada y somnolienta. Por la mañana, al despertarse, lo hacían de nuevo, en silencio, en ese estado de duermevela en el que los sueños ensombrecen todavía la consciencia.

Evie no sabía qué le gustaba más, si las sesiones intensas de la noche o las somnolientas de las mañanas. Era increíble lo deprisa que había aprendido su cuerpo a ansiar el placer sexual con él, de modo que, a medida que avanzaba la tarde, empezaba a llenarse de anticipación y deseo. Y seguro que él lo sabía. Lo sentía observarla como calculando sus reacciones.

Se había acostumbrado a ocultar sus pensamientos y emociones, pero Robert sabía sacárselos. Tenían largas conversaciones sobre una gran variedad de temas. Sentados en el porche por la noche, mirando las estrellas, hablaban de astronomía y de distintas teorías, desde el Big Bang hasta los agujeros negros, la materia oscura y la relatividad del tiempo. La inteligencia y conocimientos de Robert casi daban miedo. Su mente estaba siempre trabajando, buscando datos nuevos que asimilar o analizando los que ya tenía. Leían el periódico y hablaban de política y sucesos nacionales. Intercambiaban historias de la infancia. Robert le habló del rancho de Montana que poseía a medias con Reese Duncan, el marido de Madelyn, y de sus dos sobrinos.

La sensación de intimidad con Robert la seducía y asustaba al mismo tiempo. Algo la atraía hacia él, hacía que ya no se sintiera una criatura solitaria, sino la mitad de una pareja. A veces se preguntaba cómo sobreviviría si él se marchaba, y la idea de perderlo casi la hacía enfermar de terror.

Pero no podía preocuparse por eso. Tenía que centrarse en el presente, en su amor por él.

Al mismo tiempo, otra parte de ella se preocupaba incesantemente por el préstamo bancario y la hipoteca de su casa. Tommy no había vuelto a llamarla. Ella había llamado dos veces; la primera vez le dijo que todavía no tenía el préstamo aprobado, pero que no anticipara problemas y tuviera paciencia. La segunda vez, él estaba fuera.

No podía esperar mucho más. Ya habían pasado once días y solo quedaban diecinueve para devolver el dinero. Si su banco no le hacía un préstamo, tendría que buscar uno que lo hiciera, y todos eran tan lentos que tal vez se le acabara el tiempo. Solo pensar en aquella posibilidad bastaba para bañarla en un sudor frío.

Intentó pensar en otros modos de sacar dinero si no podía hipotecar la casa a tiempo. Podía vender la lancha, pero no le darían ni la mitad de lo que necesitaba y tal vez no la vendiera a tiempo. Pedirles dinero a Becky y Paul era imposible; tenían sus propios problemas y no era barato mantener a dos adolescentes.

Podía vender los barcos de alquiler, con lo que reuniría dinero suficiente, pero se quedaría sin uno de sus medios de vida. Por supuesto, una vez pagado el préstamo y si no tenía que pedir otro, podría empezar a comprar barcos poco a poco otra vez. El único problema era de nuevo el tiempo. En su experiencia, la gente no compraba barcos a la carrera. No eran una necesidad, ni siquiera en aquella región. La gente los miraba, lo pensaba, hablaba de ello durante la cena, hacía sus cálculos. Era posible pero improbable que pudiera vender los suficientes a tiempo.

No obstante, aquella era su mejor opción. Puso un cartel anunciando que se vendían barcos de segunda mano en la entrada el puerto y otros en varias tiendas de la zona. Aunque solo vendiera uno, reduciría la cantidad de dinero que tenía que pedir prestado.

Robert vio el cartel de inmediato. Llegó por la tarde, se quitó las gafas de sol y la miró con intensidad.

-Ese cartel de la entrada... ¿qué barcos son los que vendes?

-Los de alquiler -repuso ella con calma. Volvió su atención al cliente al que atendía. Una vez tomada la decisión, no se permitía ningún tipo de arrepentimiento.

Robert entró detrás del mostrador y se quedó ante la ventana con las manos en los bolsillos. Esperó a que saliera el cliente.

-¿Por qué los vendes?

Evie vaciló. No le había hablado de sus problemas económicos y no pensaba hacerlo ahora. Era indudable que él tenía dinero, pero ella no quería que el tema del dinero formara parte de su relación. Si lo hacía, él pensaría que la atraía por eso. Además, no quería que nadie más tuviera poder de decisión sobre el puerto. Una cosa eran los bancos y otra los individuos. El puerto era suyo, la base sobre la que había reconstruido las ruinas de su vida. Y no podía renunciar a ninguna parte de él.

-Se hacen viejos, son menos fiables. Tengo que comprar nuevos -repuso.

Robert la miró en silencio. No sabía si abrazarla o reñirla. Era evidente que intentaba reunir dinero por todos los medios y él quería abrazarla y decirle que no se preocupara por nada. Pero no podía. Había una pequeña posibilidad de que se equivocara con ella. Y de un modo u otro, pronto lo sabría de cierto. Pero si vendía los barcos de alquiler, ¿qué medio usaría Mercer para entregar la mercancía? Todos esos barcos iban equipados con aparatos electrónicos que les permitirían localizarlos; si Mercer se veía obligado a usar otro barco o cambiar su método de entrega, Robert perdería el control de la situación.

Por otra parte, estaba seguro de que Mercer actuaría pronto. Habían interceptado una llamada sospechosa que los puso en alerta. No importaba si Evie conseguía vender algunos barcos siempre que le quedara alguno cuando Mercer actuara. Solo tenía que observar la situación e intervenir para impedir una venta si parecía que iba a conseguir desprenderse de todos.

-¿Has tenido ya alguna oferta? -preguntó.

La mujer movió la cabeza con una sonrisa.

-He puesto el cartel esta mañana.

-¿Has puesto anuncios en los periódicos?

-No, pero lo haré.

Eso podía procurarle más clientes de los que él podría espantar. Lo más fácil sería impedir que publicaran los anuncios; no había tantos periódicos en la zona. Los teléfonos del puerto y de la casa de ella estaban intervenidos, así que sería fácil saber a cuáles llamaba. Pero no había anticipado que le costaría tanto trabajo impedir sus avances. Evie era una mujer de recursos.

Cinco días más tarde, sonó el teléfono en la tienda.

-¿Evie? Soy Tommy Fowler.

En cuanto oyó su voz, supo que eran malas noticias. Se sentó en el taburete, temerosa de que no la sostuvieran las piernas.

-¿Cuál es el veredicto? -preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

El hombre suspiró.

-Lo siento mucho. La junta directiva dice que ya tenemos demasiadas hipotecas. No quieren aprobarla.

-No es culpa tuya -musitó ella-. Gracias de todos modos.

-No es una causa perdida. Hay otros bancos.

-Lo sé, pero tengo un plazo límite y solo faltan catorce días. Tú has tardado más de eso en decirme que no. ¿Cuánto tardaría en conseguir una hipoteca en otro banco?

-Bueno, nosotros hemos tardado más que de costumbre. Lo siento mucho, pero no tenía ni idea de que pudiera pasar esto. Acude a otro banco. Hoy mismo si es posible. Tendrán que tasarte la casa, pero está al lado del agua y en buen estado, así que vale mucho más que la cantidad que quieres pedir. La tasación será lo que más tiempo lleve, así que empieza cuanto antes.

-Lo haré. Gracias, Tommy.

-No me las des -repuso él-. No he podido hacer nada. Adiós, querida.

Evie permaneció largo rato sentada intentando lidiar con la decepción y la sensación de desastre. En el fondo, nunca había llegado a dudar del todo de que conseguiría la hipoteca.

Y no había vendido ni una sola lancha.

El tiempo era importante, y no tenía mucha esperanza de conseguir un préstamo de otro banco. Era como si un genio diabólico controlara de repente su vida, llenándola de máquinas que se averiaban y bancos que no cooperaban.

Pero tenía que intentarlo. No podía rendirse y perder quizá el negocio por falta de esfuerzos. Pasara lo que pasara, se negaba a perder el puerto. Si no podía conseguir la hipoteca ni vender los barcos, le quedaba otra opción. Era solo como último recurso, pero existía.

Eligió un banco que tenía buena fama y llamó para fijar una cita para la mañana siguiente.

Al día siguiente hacía mucho calor. A pesar de los ventiladores del techo, sentía la piel húmeda de sudor y la ropa pegada al cuerpo. Robert no había preguntado por qué hacía tanto calor en su casa, pero en las tres últimas noches había insistido en que fueran a la de él. Esa mañana se duchó en casa de Robert, como siempre, y luego le pidió que la llevara a la suya porque tenía una cita de negocios a las nueve.

Sacó su copia de la escritura de la caja fuerte que tenía en el dormitorio y procuró prepararse mentalmente, como un soldado que fuera a la guerra. Si ese banco no le iba el préstamo, no perdería tiempo en acudir a otros. Todo menos perder su negocio.

Bajó la ventanilla del todoterreno y el viento la refrescó de camino al banco. El calor aumentaba cada vez más y pronto sería insoportable estar en la casa sin aire acondicionado.

Su cita era con un tal señor Waldrop, que resultó ser un hombre robusto, de pelo rubio rojizo y de unos cuarenta años. La miró con curiosidad al guiarla a su despacho. Evie se sentó en una de las dos sillas colocadas delante del escritorio y él se instaló detrás.

-Y bien, señora Shaw, ¿en qué podemos ayudarla?

Evie le contó lo que necesitaba y le mostró la escritura de la casa. El hombre la leyó.

-Parece bastante sencillo -musitó. Sacó papel de un cajón de la mesa-. Rellene esta solicitud y veremos lo que podemos hacer.

Evie tomó el papel y salió a las mesas del vestíbulo. Mientras respondía a la multitud de preguntas del cuestionario, alguien más entró a ver al señor Waldrop. Levantó la cabeza automáticamente y vio que conocía al recién llegado, lo cual no era tan raro en una ciudad pequeña como Guntersville. Era Kyle Brewster, un hombre que tenía un almacén de material de salvamento. También era un jugador conocido y había sido detenido una vez, años atrás,

en una partida ilegal de póquer. Evie sospechaba que Kyle tenía bastante éxito con el juego. Su estilo de vida era considerablemente más alto que el que podía ofrecerle el almacén.

La puerta del despacho del señor Waldrop estaba abierta. No podía oír lo que decía Kyle, solo el murmullo de su voz, pero la voz del señor Waldrop era más clara.

-Aquí tengo el cheque -dijo-. ¿Lo quiere en metálico o lo ingresa en su cuenta?

Evie volvió su atención al formulario. Si el banco prestaba dinero a Kyle Brewster, no veía motivo para que no hiciera lo mismo con ella. Su negocio daba más beneficios y su reputación era mejor.

Kyle se marchó unos minutos más tarde. Llegó otra persona a hablar con el señor Waldrop y Evie esperó con paciencia hasta las diez y media, que salió el otro.

-Siéntese -le dijo el banquero cuando entró de nuevo en el despacho con el formulario-. Volveré en unos minutos -salió llevándose el papel.

La joven cruzó los dedos. Pasó el tiempo y empezó a ponerse nerviosa, pensando por qué tardaban tanto. Pero el banco parecía temer mucho trabajo esa mañana, y quizá la persona a la que le habían llevado el formulario estaba también ocupada.

El señor Waldrop regresó tres cuartos de hora más tarde. Se sentó en su silla y juntó las manos.

-Lo siento, señora Shaw -dijo-. Ahora no concedemos este tipo de préstamos. Tal y cómo está la economía...

Evie se enderezó en la silla. Sentía que la sangre abandonaba su rostro. Empezaba a estar harta.

-La economía va muy bien -interrumpió fríamente-. La recesión no se ha notado aquí como en otras partes del país. Y su banco es uno de los más fuertes. El otro día leí en el periódico que acababan de comprar otro banco de Florida. Lo que quiero saber es por qué prestan dinero a Kyle Brewster, un jugador conocido con antecedentes penales, pero me niegan a mí un préstamo avalado por una propiedad que vale cinco o seis veces esa cantidad.

El señor Waldrop se ruborizó con aire culpable.

-No puedo hablar de los negocios del señor Brewster, señora Shaw. Lo siento. Yo no tomo las decisiones sobre los préstamos.

-Eso ya lo sé -también empezaba a darse cuenta de otra cosa, algo tan raro que no podía creerlo, pero era lo único que tenía sentido-. No tenía ninguna posibilidad de obtener el préstamo, ¿verdad? Lo de rellenar el papel ha sido solo para darme coba. Alguien está impidiendo que me den el préstamo, alguien con mucha influencia, y quiero saber quién es.

El hombre se sonrojó aún más.

Librodot

-Lo siento -musitó-. No puedo decirle nada.

La joven se puso en pie y tomó la escritura.

-No, supongo que no. Podría perder su trabajo, ¿verdad? Adiós, señor Waldrop.

Cuando entró en su coche, estaba roja de furia. El calor la golpeó como un martillo, pero lo ignoró y permaneció sentada en el aparcamiento, tamborilleando en el volante con los dedos y mirando el tráfico con aire ausente.

Alguien quería el puerto. No habían hecho ofertas para comprarlo, así que seguramente sabían que no estaba dispuesta a vender. Y esa persona misteriosa era lo bastante poderosa y bien relacionada como para bloquear sus intentos de conseguir un préstamo. No solo eso, sino que seguramente había organizado la compra de su deuda por el banco de Nueva York, aunque no se le ocurría nadie que tuviera tanto poder.

Tampoco podía pensar en alguien que quisiera arrebatarle el negocio hasta el punto de tomarse tantas molestias. Era cierto que había hecho muchas mejoras y que, cuando pagara la deuda que aún tenía, daría buenos beneficios, pero no tanto como para justificar el que alguien recurriera a tales extremos.

Pero no importaba por qué lo hicieran ni quién. Lo único que importaba era conservar el puerto.

Había algo que no podían impedirle, porque no sería ella la que pediría el crédito. No le diría ni una palabra a nadie, ni siquiera a Becky, hasta que el trato estuviera cerrado.

Puso el coche en marcha y salió al tráfico, pero volvió a parar muy pronto al ver una cabina telefónica. El corazón le latía con fuerza. Si se paraba a pensarlo, no tendría el valor de hacerlo. Si esperaba a volver a su casa y miraba a su alrededor, no haría la llamada. Tenía que ser ahora. Era una elección sencilla. Si perdía el puerto, lo perdería todo; pero si sacrificaba ahora la casa, podría conservar el negocio.

Salió del coche y entró en la cabina. Llamó a Información para pedir un número y luego introdujo más dinero y marcó el número que le habían dado. Se volvió de espaldas al tráfico y esperó.

-Walter, soy Evie. ¿Helene y tú todavía queréis comprar mi casa?

-Ha entrado en una cabina de teléfonos al salir del banco y ha hecho una llamada -dijo una voz profunda.

-¿Sabes a qué número ha llamado? -preguntó Robert.

-No, señor. Su cuerpo ocultaba los números.

-¿Has oído lo que ha dicho?

-No, señor. Estaba de espaldas y había bastante tráfico.

Roben se frotó la mandíbula.

-¿Has comprobado si ha llamado al puerto?

-Sí, señor. No ha sido así. Y tampoco ha llamado a Mercer.

-Vale. Me preocupa, pero no hay nada que podamos hacer. ¿Dónde está ahora?

-Ha ido a su casa.

-Avísame si hace más llamadas.

-Sí, señor.

Robert colgó y miró pensativo el lago mientras intentaba pensar a quién había llamado y por qué. No le gustaba lo que empezaba a sospechar. ¿Habría llamado a la persona a la que Mercer vendía los programas? ¿Estaría metida hasta el cuello después de todo? La había puesto contra un muro para descubrirlo todo y de repente intuía que no le iba a gustar nada el resultado.

Capítulo quince

-¿Quieres ir de pesca esta mañana? -preguntó Robert, con voz más profunda que de costumbre-. Nunca hemos salido juntos en barco.

Eran las seis y media. La ola de calor continuaba, todos los días se superaban los cuarenta grados y, al parecer, iban a llegar a los cuarenta y cinco los próximos días. Evie sentía ya el calor empujar los cristales, a pesar de lo temprano de la hora.

Le costaba trabajo pensar. Acababan de hacer el amor y su mente seguía confusa en las postrimerías del placer. La despertó antes de amanecer y prolongó el acto más que de costumbre. Le palpitaba todo el cuerpo a causa de sus caricias.

-No puedo -dijo-. Tengo cosas que hacer -tenía que buscar un lugar donde vivir. Walter y Helene Campbell habían accedido a comprarle la casa. Hacía años que la querían y habían decidido pagar en metálico y preocuparse luego de la financiación, temerosos de que Evie cambiara de idea si le daban tiempo a pensarlo. La joven les prometió que les dejaría el lugar libre en dos semanas.

No podía contárselo a Robert todavía. Tenía miedo de que se sintiera presionado a pedirle que viviera con él. Prefería alquilar un apartamento o una casa antes y decírselo luego.

No se lo había dicho tampoco a Becky. Había tomado una decisión, pero aún no la había asimilado. Siempre que pensaba en mudarse, se le llenaban los ojos de lágrimas. No soportaba la idea de meterse en explicaciones y escuchar argumentos.

No se permitía pensar quién podía estar detrás de todo aquello. Primero salvaría el puerto y buscaría un lugar para vivir. Después intentaría averiguar quién le había hecho aquello.

-¿Qué cosas? -preguntó él, mordiéndole la oreja.

-Tengo que pagar unas facturas e ir de compras -mintió ella.

-¿Y no puede esperar a mañana? –seguía mordisqueándole la oreja, y ella cerró los ojos y suspiró de placer.

-No -repuso. Robert le acarició un pezón y ella contuvo el aliento.

-¿Estás segura? -murmuró, acercando la boca a la garganta de ella.

Ir de pesca no suponía ninguna tentación con aquel calor, pero sí quedarse en la cama toda la mañana.

-Estoy segura -dijo con esfuerzo-. Tengo que hacerlo hoy.

Robert suspiró y apoyó la cabeza en la almohada.

-Supongo que debemos levantarnos.

-Sí -apoyó la cabeza en el pecho de él-. Abrázame un momento.

El hombre obedeció.

-¿Qué te ocurre?

-Nada -susurró ella-. Me gusta que me abraces.

Sintió tensarse los músculos de él. Se colocó encima de ella con brusquedad y le separó los muslos. Evie miró sus ojos verdes sobresaltada. No podía leer su expresión, pero sentía su violencia contenida.

-¿Qué...? -empezó a decir.

Robert la penetró con fuerza. Acababa de poseerla hacía un rato, pero su centro viril estaba muy tenso de nuevo. Evie dio un respingo y se aferró a sus hombros. No la había tomado así desde la primera vez. La embargó un miedo primitivo, mezclado con excitación. No le hacía daño, pero la amenaza estaba presente, y el reto era si ella podía lidiar con sus exigencias masculinas.

Se sintió inundada de deseo. Clavó las uñas en las nalgas de él, empujándolo más adentro, arqueando las caderas más y más arriba para recibirlo entero. El hombre gruñó entre dientes. Evie lo abrazó con fiereza, no solo aceptando sus movimientos, sino exigiéndolos. Sintió el orgasmo y le mordió el hombro. El hombre lanzó un juramento, puso los brazos bajo las nalgas de ella y la apretó contra él.

Evie lanzó un grito al tiempo que se estremecía en medio del placer. Las caderas de él se movieron tres veces más, luego se quedó quieto y empezó a temblar. Empujó su cuerpo contra el de ella, como buscando fundirse junto a Evie.

La habitación dejó de dar vueltas lentamente. Todo el episodio no había durado ni cinco minutos, pero su furia y velocidad la habían dejado más agotada que cuando hacían el amor durante una hora.

¿Qué lo había puesto tan violento? Después de la primera noche había sido un amante lento y considerado, pero acababa de tomarla con rabia.

Pesaba mucho y le dificultaba la respiración. Dio un respingo y él se hizo a un lado. Tenía los labios apretados.

-Quédate conmigo hoy -le exigió.

-No puedo -dijo ella con pena-. Hoy no puedo.

Algo peligroso brilló un instante en los ojos masculinos; luego desapareció.

-Lo he intentado -dijo. Se sentó en la cama. Se volvió y le sonrió. La besó en la boca y luego se alejó hacia la ducha. Evie salió también de la cama, se puso la camisa de él y fue a la cocina a hacer café.

Cuando volvió, él salía del baño completamente desnudo, excepto por una toalla alrededor del cuello.

-He puesto café -dijo ella antes de entrar en el baño.

-Yo haré el desayuno. ¿Qué quieres?

-No tengo hambre. Tomaré solo café.

Pero cuando entró en la cocina, se encontró con un tazón de cereales y un vaso de zumo de naranja además del café.

-Es cierto que no tengo hambre -repitió.

-Come un poco -la animó él-. Tienes que reservar fuerzas para esta noche.

-¿Por qué? ¿Estás planeando algo especial?.

-Supongo que sí -repuso él-. Cada vez que hacemos el amor es especial.

Evie sintió una emoción repentina que le impedía hablar. Miró los ojos brillantes de él.

-Come -repitió el hombre- he notado que no comes mucho con este calor y estás perdiendo peso.

-Mucha gente lo consideraría algo bueno -rió ella.

El hombre enarcó las cejas.

-A mí me gusta tu trasero redondo y los pechos llenos. No quiero acostarme con un palo. Come.

La mujer soltó una carcajada y metió la cuchara en los cereales. Consiguió comer varias cucharadas, aunque tenía la impresión de que caían como piedras en su estómago.

Menos de una hora después, estaba en la puerta de su casa.

-Nos vemos esta noche, cariño. Ten mucho cuidado.

Le pareció raro que añadiera las últimas palabras. ¿Qué narices creía que iba a hacer aquel día?

Se vistió ya para el trabajo, y así no tener que volver por la casa. Pensó que ya no se peinaría muchas veces delante de aquel espejo. Esa tarde la casa dejaría de pertenecerle.

Walter y Helena querían hacer la venta de inmediato. Llevarían esa tarde los papeles al puerto, junto con un cheque por la cantidad requerida. Evie les entregaría la escritura.

Puso la dirección del banco de Nueva York en un sobre, añadió un sello y lo dejó entre sus papeles. Ingresaría el cheque por la casa en su banco, haría otro por la cantidad que debía y lo enviaría a Nueva York, a la atención del señor Borowitz. Y sus problemas económicos habrían terminado.

No tendría casa, pero podía vivir en cualquier parte. El puerto era más importante, ya que era su medio de vida. Con él compraría algún día otra casa. No tendría tantos recuerdos como esa, pero la convertiría en su hogar.

Se miró de nuevo al espejo.

-Aquí parada no harás nada -se dijo.

Pasó la mañana conduciendo por Guntersville. Había seleccionado algunos anuncios de alquiler, pero prefería ver las casas y los barrios antes de llamar. Y no le gustó ninguna de las casas que vio.

A mediodía tomó una decisión. Giró con brusquedad, lo que hizo que el coche que la seguía tuviera que frenar y el conductor apretara el claxon con fuerza. Murmuró una disculpa, cruzó por el aparcamiento de un centro comercial y volvió a salir a la carretera, pero en dirección contraria.

La urbanización de apartamentos que había elegido era nueva, tenía menos de dos años. Paró el coche delante de la oficina y en veinte minutos después, era la nueva residente del apartamento 17, que consistía en sala de estar con cocina americana y una zona pequeña donde cabían una lavadora y secadora en la planta baja y dos dormitorios en el piso de arriba. No quedaban apartamentos de un dormitorio. Pagó el depósito, recogió las llaves y volvió a su coche.

Ya estaba hecho. Dudaba que fuera a ser feliz allí, pero al menos tendría un techo hasta que tuviera tiempo de buscar una casa.

Sonó el móvil y Robert, que conducía en ese momento por el centro de Guntersville, contestó en el acto.

-Creo que me ha visto.

-¿Qué ha pasado?

-Primero se ha dedicado a conducir por toda la ciudad. Ha frenado varias veces, pero no ha parado en ningún sitio. Tal vez buscaba algo. Luego ha ido al sur, hacia Albertville. Iba en el carril de dentro y yo en el de fuera. De repente, sin previo aviso, ha metido el coche

en un aparcamiento y casi choca con otro. Yo estaba en otro carril y no podía seguirla. Cuando he conseguido dar la vuelta, se había evaporado.

-¡Maldita sea! -Robert estaba enfadado. Justo cuando se convencía de la inocencia de ella, empezaba a actuar de modo sospechoso. Era evidente que la preocupaba el puerto, pero también había algo más, algo que intentaba ocultar.

-Volveré a seguirla cuando aparezca por el puerto -dijo el otro hombre-. Lo siento.

-No ha sido culpa tuya. No se puede seguir siempre a casi nadie.

-No, señor, pero tenía que haber evitado que me viera.

-La próxima vez llevad dos coches para poder cambiar.

-Sí, señor.

Robert desconectó el teléfono. Sintió deseos de ir hacia el puerto, pero se contuvo. Tenía que seguir con aquello hasta el final.

Paró en un centro comercial. No necesitaba mucha comida, solo para tres días, se le había terminado el café y no quería comer tres días en restaurantes. Recorría los pasillos del supermercado con aire ausente, pero encontró lo que buscaba en poco tiempo. Cuando se disponía a salir por la puerta con las bolsas, otra mujer entraba por ella.

-Robert.

S detuvo y reconoció a Becky, la hermana de Evie.

-Hola -sonrió débilmente-. ¿Qué tal está Jason? No he vuelto a verlo por el lago.

-¿No te lo ha dicho Evie? No puede volver por allí en todo el verano. Es un gran castigo para él; el puerto es uno de sus lugares favoritos -se apartó de la puerta-. No quiero entorpecer el paso, te acompaño a tu coche.

Echaron a andar juntos por la acera. Hacía mucho calor y Robert sentía el sudor en la piel, pero veía la determinación en el rostro de Becky. La hermana mayor quería una conversación cara a cara con él para asegurarse que no haría sufrir a Evie.

Llegaron al Jeep, él metió las bolsas y dejó la puerta abierta para que se fuera parte del calor. Se apoyó en el vehículo y miró con calma a la mujer.

-¿Estás preocupada por Evie? -preguntó.

-¿Tanto se nota?

-Me dijo que eres muy protectora con ella.

Becky se echó a reír y se apartó el pelo de la cara.

-El síndrome de hermana mayor -dijo-. Antes no era así, pero desde...

Se detuvo.

-¿Desde cuándo? -preguntó él.

Becky miró el tráfico y tardó en contestar.

-¿Vas en serio con ella? -preguntó bruscamente.

Robert no estaba habituado a que lo interrogaran sobre sus intenciones, pero reprimió su irritación. Becky solo preguntaba impulsada por su interés hacia Evie, un interés que él compartía.

-Pienso casarme con ella -dijo.

La mujer cerró los ojos y suspiró aliviada.

-Gracias a Dios -dijo.

-No sabía que el estado de nuestra relación fuera tan importante -dijo él con voz fría.

Becky abrió los ojos.

-Tú puedes ser peligroso, ¿verdad?

Robert estuvo a punto de sonreír. Ella no parecía nada asustada. Y tampoco conseguía intimidar a Evie.

Becky suspiró.

-Estaba preocupada. No sabía cuánto te importaba Evie y... Bueno, para mí es muy importante el éxito de esta relación.

-¿Por qué? -preguntó él con curiosidad.

Becky no respondió directamente.

-¿Te ha hablado de Matt?

-Probablemente más cosas de las que tú sabes -repuso él con voz profunda.

-¿Sobre cómo murió?

-Murió en accidente de coche, ¿no? –no recordaba si se lo había dicho ella o si lo sabía por el informe que había pedido.

-Sí, el día después de su boda -la mujer hizo una pausa-. Nuestro padre murió cuando Evie tenía quince años. Yo tenía veinte y ya estaba casada, esperando un hijo. Un año des-

pués murió nuestra madre. ¿Puedes comprender el modo diferente en que nos afectó eso a las dos?

Suspiró hondo.

-Yo los quería mucho, pero ya tenía un hijo con Paul. Lo tenía a él y a mi hijo, tenía una vida fuera de mis padres. Pero para Evie fue mucho peor. Cuando murió mamá, no solo la perdió a ella, también su hogar. Vino a vivir con nosotros, pero no era lo mismo. Seguía siendo una niña y había perdido las bases de su vida.

Robert escuchaba atentamente.

-Pero tenía a Matt -continuó Becky con suavidad-. Era un chico estupendo. Lo conocíamos desde siempre y siempre habían sido inseparables, primero como amigos y después como pareja. Tenían la misma edad, pero cuando murió papá, él estuvo a su lado. Y con mamá también. Creo que era la única persona, aparte de mí, con la que siempre había podido contar. Pero yo tenía mi familia y Evie lo tenía a él. Matt hizo que volviera a sonreír y superara la pérdida. Era una adolescente traviesa y risueña, muy parecida a Jason ahora.

-No puedo imaginármela traviesa –dijo él-. Tiene algo de solemne.

-Sí, ahora -repuso la mujer.

Los celos que creía desaparecidos volvieron a emerger.

-A causa de la muerte de Matt.

Becky asintió.

-Iba en el coche con él -sus ojos se llenaron de lágrimas-. Mientras viva llevaré siempre dos imágenes de Evie en la mente. Una es en su boda. ¡Era tan joven y hermosa! Matt no podía dejar de mirarla. La siguiente vez que la vi fue en el hospital, tumbada como una muñeca rota, con los ojos tan vacíos que...

Se interrumpió con un estremecimiento.

-Habían pasado la noche en Montgomery y la mañana siguiente iban a Panamá City. Llovía. Era domingo y viajaban por una zona rural. No había mucho tráfico. Entró un perro en la autovía, chocaron con él y Matt perdió el control del coche. Se salieron de la carretera y dieron dos vueltas de campana antes de parar contra unos árboles. Evie estaba atrapada en su lado, contra el suelo. Matt colgaba de su cinturón encima de ella. No podía salir, no podía hacer nada por él y Matt se desangró delante de ella, con su sangre cayendo sobre ella -Becky se secó las lágrimas de las mejillas con furia-. Entre la lluvia y los árboles tardaron en ver el coche. Matt sabía que se moría. Le dijo que la quería, le dijo adiós. Cuando al fin vieron el coche y la sacaron, hacía una hora que había muerto.

Robert estaba inmóvil, imaginando en su mente lo que había pasado Evie aquel domingo lluvioso. Abrazó a Becky y le apoyó la cabeza en su hombro mientras lloraba.

-Lo siento -dijo ella al fin, secándose los ojos-. Cuando pienso en ello, no puedo dejar de llorar.

Robert sacó su pañuelo del bolsillo y le secó el rostro con gentileza.

-Nunca se ha permitido querer a nadie más -dijo ella con fiereza-. ¿Lo entiendes? No quería arriesgarse. Si tú no los hubieras sacado del río, se habría ahogado antes que soltar a Jason, porque no podría soportar perder a otra persona que ama. Ha llevado una vida solitaria, manteniendo a los hombres a distancia de su corazón.

-Hasta ahora -dijo él.

Becky asintió. Sonrió entre lágrimas.

-Hasta ahora. No sabía si alegrarme o tener miedo, así que he hecho las dos cosas. Quiero que tenga lo que tengo yo, un marido, hijos, una familia que le dé un motivo para seguir viviendo cuando muera otra persona.

Vio la mirada de Robert.

-No, nunca dijo nada de suicidio -se apresuró a añadir-. Tenía las dos piernas rotas y algunas costillas y se recuperó bien, haciendo todo lo que le decían los médicos, pero se notaba que nada le interesaba. Durante años, la vida para ella suponía un esfuerzo. Tardó mucho, pero al fin encontró una especie de paz. Es muy fuerte. Yo no sé lo que habría hecho yo en su lugar.

Robert le besó la frente, conmovido y complacido por el cariño de aquella mujer por su hermana. Le gustaba su futura cuñada.

-Deja de preocuparte -dijo con gentileza-. Ahora yo cuidaré de ella.

-Eso espero -dijo Becky con fiereza-. Porque ya ha pagado un precio muy alto por querer a gente. Solo Dios sabe dónde ha encontrado valor para quererte a ti. Y me aterrorizaba pensar que no te importara, porque si te vas cuando acabe el verano, la destrozarás.

-Cuando me vaya de aquí, la llevaré conmigo -dijo él con ojos brillantes.

Capítulo dieciséis

Walter y Helene Campbell tenían sesenta y cinco años, estaban jubilados y tenían ahorros, pero no eran ricos. La casa de Evie era justo lo que querían: bien construida y conservada, pero lo bastante vieja y pequeña para que el precio fuera muy inferior al de una casa al lado del lago. Los dos estaban encantados con su suerte, porque hacía tiempo que habían perdido la esperanza de comprarla.

Llegaron al puerto con media hora de adelanto, acompañados de un gestor y con muchos papeles. A Evie, que nunca había comprado ni vendido una casa, la sorprendió la cantidad de papeleo que conllevaba y más aún que el gestor hubiera conseguido prepararlo todo en menos de un día.

No había sillas para todos, así que se agruparon en torno al mostrador. El gestor les explicaba qué era cada documento antes de presentárselo a la firma. Cuando terminaron, Evie había vendido su casa y tenía un cheque en la mano.

Consiguió despedirse de los Campbell con una sonrisa, pero en cuanto se cerró la puerta tras ellos, se estremeció y cedió al llanto.

Un rato después se secó los ojos y enderezó los hombros. Llamó a Burt y le dijo que iba a ir al banco y volvería en media hora.

-Vale -repuso el mecánico, tan lacónico como siempre.

En el banco no tardó mucho. Ingresó el cheque en su cuenta y pidió uno de ventanilla por la cantidad de su deuda. Tommy Fowler la vio ante la caja y salió a hablar con ella.

-¿Cómo estás? -preguntó con ansiedad.

La joven consiguió sonreírle.

-Bien. Tengo el dinero para pagar el préstamo.

El hombre respiró aliviado.

-Estupendo. No te ha llevado mucho. ¿Te ha dado otro banco la hipoteca?

-No. He vendido mi casa.

El alivio desapareció y la miró atónito.

-¿La casa? Pero Evie... Dios mío... ¿Por qué?

La Joven no quería decirle delante del cajero y los demás clientes que sospechaba que alguien estaba bloqueando sus préstamos.

-Llevaba tiempo pensándolo -mintió-. Ahora que mi cuenta corriente está saneada, el puerto no tiene deudas y dará beneficios, puedo tomarme tiempo para buscar otra. Tommy no parecía muy convencido.

-Supongo que lo has pensado bien -dijo.

La joven siguió sonriendo con esfuerzo.

-Sí, creo que sí.

El cajero le tendió el cheque de ventanilla y ella lo introdujo en el sobre.

-Voy a echarlo hoy al correo -le dijo a Tommy-. Gracias por todo.

-No pude hacer nada -repuso él.

-Pero lo intentaste.

Al salir del banco, fue directamente a la oficina de correos, donde echó el sobre al buzón con una sensación de finalidad. Ya estaba hecho. No había sido fácil, pero podía seguir adelante.

Cuando volvió al puerto, Robert estaba en la tienda.

-¿Dónde te has metido? -preguntó, acercándose a ella en cuanto salió del coche.

Evie parpadeó al oír la fiereza de su voz.

-He ido al banco y a Correos. ¿Por qué?

El hombre no contestó, pero la abrazó con fuerza. La joven se apoyó en él, atraída por la firmeza de su cuerpo. Aunque un remolino alteraba el resto de su vida, él permanecía firme. Y aunque temía depender de él y se resistía a ello, su mera presencia bastaba para confortarla.

Robert se apartó y se pasó las manos por el pelo.

-Aquí no -dijo-. Pero cuando lleguemos a casa.. -no terminó. El deseo, violento e intenso, era evidente en su rostro y en su voz.

Evie recordó dónde estaba y miró avergonzada a su alrededor. ¿Cuántas horas faltaban hasta que fueran a casa? Le palpitaba todo el cuerpo y no sabía si podía esperar tanto.

La tarde fue un ejercicio de autocontrol, y deseó que los días de verano no fueran tan largos. Necesitaba a Robert para olvidarlo todo, excepto el placer narcótico de hacer el amor con él.

Cuando al fin cerró, él quería llevarla directamente a su casa, y a ella le costó resistirse.

-No quiero dejar el coche aquí -dijo-. Tendrías que traerme aquí a buscarlo por la mañana o esperar conmigo para traerme al trabajo.

-No me importa -gruñó él.

-Pero no me gusta que vean que mi coche sigue aquí y tú me traes a trabajar. Craig...

-¿Te preocupa que sepa que nos acostamos juntos? -preguntó él, divertido. Tiene diecisiete años, no siete.

-Lo sé, pero esto no es Nueva York. Aquí somos más convencionales.

Robert seguía sonriendo, pero acabó cediendo.

-De acuerdo, protegeremos su tierna sensibilidad, aunque debo decirte que la mayoría de los adolescentes tienen tanta sensibilidad como un rinoceronte en celo.

Evie soltó una carcajada.

-Entonces digamos que yo no me sentiría cómoda.

El hombre la besó en la frente.

-En ese caso, vete a casa. He comprado bistecs esta tarde y los prepararé para la parrilla antes de ir a buscarte.

-Tengo una idea mejor -dijo ella-. Empieza a prepararlos y yo voy hasta tu casa. Así ahorramos tiempo.

Robert le acarició el labio con el pulgar.

-Haces que yo también me sienta como un rinoceronte en celo -murmuró. Y ella se ruborizó.

El deseo calentaba su sangre de camino a su casa; hasta tal punto, que se duchó y vistió sin sentir más que una punzada de tristeza. El corazón le latía con fuerza.

Se puso una falda azul de tela fina y una camisa sin mangas con los pechos libres debajo. La falda era casi transparente, pero permitía pasar el aire. No se la habría puesto en público, pero sí para ir a casa de Robert.

El hombre salió a la puerta en cuanto oyó el coche.

-¡Dios mío! -murmuró al verla. En cuanto estuvo dentro, cerró la puerta y la tomó en sus brazos.

-¿Y los bistecs? -preguntó ella.

-A la porra con ellos -Robert tiró de ella hacia el dormitorio y se dejó caer con ella sobre la cama. El peso de su cuerpo la aplastaba contra el colchón. Le subió la falda y le quitó las bragas antes de abrirle los muslos y arrodillarse entre ellos.

Evie soltó una risita baja y provocativa. Ni siquiera la había besado aún y ya le palpitaba todo el cuerpo. Robert tiraba de la hebilla del cinturón con impaciencia y ella sentía la dureza de su miembro contra el pantalón. Lanzó un gemido cuando su centro viril quedó libre y se colocó entre sus piernas.

Por muchas veces que la penetrara, el tamaño y el calor de su miembro seguían sorprendiéndola. Dio un respingo y la fuerza del impacto la hizo levantar el cuerpo. El hombre empezó a moverse contra sus tejidos internos, muy sensibles al tacto y algo doloridos de la experiencia de la mañana. Un placer intenso la atravesó y lanzó un grito, clavando las manos en la espalda de él y soportando una oleada de placer tras otra hasta que creyó que moriría si no cesaban. Roben le susurraba al oído palabras apasionadas.

Y de pronto él también se estremeció y cedió a los espasmos. Después se quedó inmóvil sobre ella, ambos respirando con fuerza. Evie cerró los ojos y soltó una risita.

-Como un adolescente, sí -murmuró él, mordiéndole el lóbulo de la oreja-. Por mucho que te haga el amor, siempre te deseo. Solo estoy satisfecho cuando estamos así -movió un poco su miembro, todavía dentro de ella.

-Entonces quédate así -la mujer le acarició la espalda-. Alguien nos encontrará dentro de un par de semanas.

Roben se echó a reír y la besó.

-Prefiero que sigamos vivos. Para lo cual hay que comer, ¿vale? -volvió a besarla y se sentó en la cama.

La joven se desperezó, aliviada ya la frustración de aquella tarde. Hasta el vacío de su pecho había cedido un tanto, aunque sin desaparecer del todo.

Cenaron y después salieron a sentarse en el porche. Hacía calor todavía. Robert se instaló en una tumbona y colocó a Evie encima de él. No había luces en la casa y la oscuridad circundante era como una manta. Yacieron allí, en silencio, con las manos de él acariciando despacio la espalda de ella. Sus caricias se volvieron poco a poco apasionadas y ella se apretó contra él. Robert le sacó la blusa por la cabeza. La joven no se había puesto ropa interior, así que, cuando le metió la mano bajo la falda, tocó la carne desnuda de sus muslos y nalgas. La sujetó contra sí.

-Llevas demasiada ropa -murmuró ella, besándole la barbilla.

-Y tú no.

-¿Y quién tiene la culpa? Cuando llegué, estaba vestida.

-No sé, no sé. Aunque tus pezones no hubieran estado erectos, al andar resultaba evidente que no llevabas nada debajo de la blusa. Y esto -tocó la falda- no cuenta como prenda de ropa.

La besó en la boca mientras se desnudaba. La joven apartó la falda y se sentó encima; soltó un respingo cuando él la penetró.

Se quedaron quietos de nuevo, sus cuerpos unidos, satisfechos con la sensación. Las luces de un pescador nocturno iluminaron el lago, pero a ellos los protegía la oscuridad. Poco después fue difícil seguir quietos. Impulsos ocultos los invitaban a moverse. Evie se resistía, pero sabía que él sentía la misma compulsión. Apretó la frente en la barbilla de él y luchó por seguir inmóvil: El miembro de él se movió en su interior y ella gimió con suavidad. Sus músculos internos se apretaron en torno al centro erógeno masculino una y otra vez, y sus gemidos suaves flotaban en el aire de la noche. Robert, en un esfuerzo por controlarse, le apretó las nalgas con fuerza, con la frente cubierta de sudor.

Cuando ella se quedó quieta, la levantó y la inclinó sobre el borde de la tumbona. Se arrodilló detrás de ella y penetró con fuerza en su interior húmedo. La joven se agarró a la tumbona, incapaz de reprimir gemidos de placer. El hombre se convulsionó, llenándola de calor, y permaneció un rato apoyado en ella mientras su respiración volvía a la calidad.

Reunió después la ropa, la tomó en brazos y la llevó al interior de la casa.

A la mañana siguiente durmieron hasta después de las nueve. Evie bostezó y se desperezó como un gato, y Robert la abrazó con fuerza y le apartó el pelo de la cara. Como siempre, la había despertado al amamcer para hacerle el amor en silencio y luego habían vuelto a dormirse.

El hombre saltó al suelo y se dirigió al baño. Evie volvió a bostezar y se levantó. Se puso la camisa de él y fue a la cocina a preparar café.

Mientras esperaba que se hiciera, fue consciente de que se sentía muy ligera, casi libre de preocupaciones. Se abrazó a sí misma, en un esfuerzo por retener la sensación. Comprendió con sorpresa que era feliz. A pesar de haber vendido la casa, era feliz. Había salvado el puerto y tenía a Robert. Sobre todo, tenía a Robert.

Su amor por él crecía cada día. Él no le había abierto todavía su corazón, pero eso no lo hacía menos digno de amor. Tal vez no la quisiera nunca, pero si aquello era todo lo que podía darle a una mujer, se conformaría con ello.

El sonido de un timbre interrumpió sus pensamientos. Parecía un teléfono, pero el aparato de la cocina no sonaba, y ese timbre era más apagado. Comprendió que la línea del despacho debía ser otra. Pero solo sonó una vez, así que supuso que había saltado el contestador.

Fue al despacho y abrió la puerta. La recibió el sonido del fax.

La máquina escupió una hoja de papel y se quedó en silencio. Evie se volvía ya para salir cuando un nombre atrajo su atención.

Era el suyo.

El mensaje era breve.

El señor Borowitz acaba de informar de que ha recibido por correo urgente un cheque de la señora E. Shaw por la cantidad total del préstamo. Tiene las manos atadas. Pide instrucciones.

Lo firmaba un tal F. Kuory.

Evie tomó el papel y volvió a leerlo. Al principio solo estaba confusa. ¿Por qué le decían a Robert que había pagado la deuda? Y por qué el señor Borowitz preguntaba qué hacer? Robert no sabía nada del préstamo ni de la amenaza de embargo.

De pronto se quedó sin respiración. Permaneció inmóvil, paralizada. Robert lo sabía todo, porque era él el que había bloqueado sus esfuerzos por conseguir la hipoteca y el que había hecho que el banco de Nueva York comprara su préstamo.

Le dolía el pecho. Dio un respingo y siguió respirando, pero el dolor no desaparecía. La sensación de traición era asfixiante.

Obviamente, Robert era más rico y poderoso de lo que había imaginado. No sabía por qué quería el puerto, pero indudablemente era así. Aunque había muchas cosas que no podía entender en ese momento.

Solo sabía que Robert había intentado quitarle el puerto y le había costado su casa.

La distancia que percibía en él era muy real. No había entregado su corazón porque, para él, todo era cuestión de negocios. ¿La había seducido solo para vigilarla de cerca?

Salió del despacho como una autómata, con el fax todavía en la mano.

La enormidad de la situación la abrumaba. ¡Qué ironía que se hubiera enamorado del hombre que intentaba destruirla!

Arrugó el fax y lo tiró a la basura. Sirvió una taza de café. Necesitaba desesperadamente cafeína o algo que la animara. Se llevó la taza a los labios con dedos temblorosos.

Robert la encontró allí, mirando por la ventana. Se detuvo al verla. Estaba guapísima, con el pelo suelto y revuelto y vestida solo con la camisa desabrochada de él. Pensó que nunca se había inventado una prenda que sentara mejor a las mujeres que las camisas mascu-

linas. Sorbía café y miraba por la ventana, perdida en sus pensamientos, con la expresión remota de una estatua.

Se acercó a ella y la volvió hacia sí. Le quitó la taza y se la llevó a la boca. Le acarició el trasero, disfrutando de la textura sedosa de su piel.

-La ducha es toda tuya.

-De acuerdo -repuso ella; pero tuvo la impresión de que no lo había oído. Seguía mirando por la ventana.

-¿Qué miras? -preguntó él.

-Nada. Solo el lago.

Se apartó y salió de la cocina.

Robert enarcó las cejas, confuso, pero tenía hambre, así que se centró en el desayuno. Acababa de empezar a freír el beicon cuando volvió ella, completamente vestida con las llaves de su coche en la mano.

-Ha llegado un fax mientras te duchabas –le dijo.

Robert se volvió, y se quedó inmóvil al ver su cara. Estaba pálida e inexpresiva, y sus ojos parecían vacíos. Recordó con un escalofrío el modo en que describió Becky la mirada de Evie después del accidente. Parecía muy, muy distante, como si ya no estuviera allí.

-¿De quién era? -preguntó.

-De F. Kouri.

-Ah -suspiró aliviado-. Mi secretaria -posiblemente no tendría nada que ver con Mercer, pero, ¿por qué parecía ella tan afectada?

-Está en la basura si quieres leerlo, pero puedo decirte lo que pone.

Robert se apoyó en la encimera y cruzó los brazos.

-De acuerdo. Dímelo.

-El señor Borowitz ha comunicado a tu secretaria que ha recibido un cheque de ventanilla de la señora E. Shaw por el pago de su deuda y que tiene las manos atadas. Pide instrucciones.

La expresión de él no cambió, pero interiormente juraba con fuerza. Su intención había sido que ella no se enterara nunca. La presión era real, pero no habría dejado que llegaran al embargo. No se apresuró a explicarse, sino que esperó su reacción para poder valorar lo que iba a decirle. ¿Y de dónde narices había sacado el dinero para pagar el crédito?

-Tú tienes la culpa de que no pudiera hipotecar mi casa -dijo ella con voz tensa.

-Sí -repuso él, que sabía que no tenía sentido mentir.

-Tú hiciste que otro banco comprara mi préstamo.

El hombre inclinó la cabeza y esperó.

Evie apretaba las llaves con tanta fuerza, que tenía los dedos blancos. Respiró hondo varias veces antes de volver a hablar.

-Quiero que saques tu barco de mi puerto antes de que termine el día. Te devolveré el dinero que sobre.

-No -repuso él, implacable-. Quiero que cumplas el contrato.

Evie no perdió el tiempo con una discusión que no podía ganar.

-Entonces déjalo -musitó con una voz tan vacía como sus ojos-. Pero no vuelvas a llamarme porque no quiero hablar contigo. No vengas a verme porque no quiero verte.

Robert observó su rostro, buscando un modo de derribar el muro que había levantado entre ellos.

-No te librarás de mí tan fácilmente. Sé que estás enfadada, pero...

La joven soltó una carcajada hueca.

-¿Es así como has decidido lidiar conmigo? Te veo observarme, intentando decidir como calmarme. Tú nunca reaccionas espontáneamente, ¿verdad? Sopesas las reacciones de la gente para poder manipularla -hizo una pausa-. No, no estoy enfadada. Quizá dentro de cincuenta años esté solo enfadada.

Se volvió hacia la puerta.

-¡Evie! -su voz sonó como un latigazo y ella se detuvo a su pesar, temblando ante la fuerza de su orden. No hablaba el estratega frío, sino el conquistador despiadado-. ¿Cómo has pagado el préstamo?

La joven lo miró por encima del hombro, con ojos oscuros y llenos de dolor.

-He vendido mi casa -dijo. Y se marchó.

Capítulo diecisiete

Robert empezó a seguirla, pero se detuvo. Lanzó un juramento y golpeó la encimera con el puño. No podía explicarle nada todavía. Oyó alejarse su coche con el cuerpo en tensión.

¡Había vendido su casa! La desesperación del acto lo abrumaba y supo, sin lugar a dudas, que no tenía nada que ver con Mercer. Una mujer que podía sacar dinero espiando no vendería su casa para pagar una deuda. Sus salidas al lago al mismo tiempo que Mercer debían ser pura coincidencia. Evie era inocente y sus maquinaciones le habían costado la casa.

Tendría que explicárselo todo, y además compensarla por ello. Podía volver a comprar su casa. Suponía que los nuevos dueños no querrían venderla, pero tal vez los convencería si les ofrecía el doble de lo que habían pagado. Pero lo cierto era que prefería regalarle una más grande y nueva. Lo más sencillo sería darle la suya. Para él no significaba nada, podía comcomprar otra, pero Evie necesitaba un lugar suyo y solo suyo. Sería un lugar de vacaciones, una casa a la que retirarse cuando necesitaran un respiro de Nueva York o cuando ella quisiera ir a ver a Becky.

Sacó el fax de la basura y lo leyó. Tal vez aquel papel le había costado perder a Evie.

Pero no; pasara lo que pasara, no la dejaría marchar.

Evie conducía de modo automático; intentaba dejar su mente en blanco, pero no le era posible. ¿Cómo podía sentirse tan confusa y al mismo tiempo sufrir tanto? Cuando llegó a su casa, seguía sin llorar. Pero ya no era su casa, sino la de los Campbell. Abrió la puerta y corrió hacia el baño. Vomitó el poco café que había tomado, pero siguió sintiendo náuseas mucho después de tener ya el estómago vacío. Cuando al fin cesaron los espasmos, se dejó caer al suelo sin aliento. No supo cuánto tiempo pasó allí, en un estupor de agotamiento y dolor, pero después de un rato empezó a llorar. Se hizo una bola y sollozó con fuerza. Lloró hasta que sintió náuseas tuvo que volver a vomitar.

Tardó mucho rato en levantarse. Tenía los párpados hinchados y doloridos, pero estaba tranquila, hasta tal punto que se preguntó si volvería a sentir algo alguna vez. Esperaba que no.

Se desnudó y se metió en la ducha, donde permaneció largo rato. Al salir le hubiera gustado meterse en la cama, cerrar los ojos y olvidar, pero no era posible. No podría olvidar.

Nunca la había querido. Solo quería su puerto.

El puerto. Pensó en él con gratitud. Todavía era suyo. Había salvado algo de las ruinas en las que Robert Cannon había convertido su vida. Por mucho daño que hubiera hecho, no había ganado.

Se preparó para ir a trabajar. Había dejado caer su escudo protector solo para descubrir que podía sufrir más de lo que creía. Pero no moriría de sufrimiento; reconstruiría su escudo, más fuerte que antes, de modo que nada pudiera derribarlo. Llevaría tiempo, pero tenía mucho; tenía el resto de su vida para recordar a Robert Cannon y cómo la había utilizado.

Robert paseaba por su casa como una par pantera enjaulada, enfurecido por la necesidad de esperar; lo corroía saber lo que Evie debía estar sufriendo y lo que pensaría de él. Podía compensarla por la casa, ¿pero podría curar el daño? Cada hora que pasara con ella pensando que la había traicionado, ahondaría la herida. Solo la certeza de que ella se negaría a escucharlo en ese momento le impedía ir en su busca. Cuando Mercer estuviera en la cárcel, tuviera pruebas de lo había hecho y pudiera contarle por qué había obrado así, lo escucharía. Tal vez le daría una bofetada, pero lo escucharía.

Eran casi las tres cuando sonó el teléfono.

-Mercer se ha movido -dijo una voz-. Ha cedido al pánico y ha llamado desde el despacho. Les ha dicho que necesita el dinero inmediatamente. Podemos pillar a ese bastardo con las manos en la masa.

-¿Dónde está ahora?

-De camino a Guntersville. Lo siguen. Yo voy para allá, pero tardaré veinte minutos en llegar.

-De acuerdo. Llega lo antes posible. Yo iré a la marina ahora y lo esperaré allí. Nunca ha visto mi barco, así que no lo reconocerá.

-Tenga cuidado, señor. Estará en minoría hasta que lleguemos.

Robert colgó el teléfono y sonrió sin ganas. En el barco llevaba todo lo que pudiera necesitar: armas, cámara, prismáticos y una grabadora. Mercer no tardaría en caer.

Fue al puerto saltándose todos los límites de velocidad. Esperaba que Evie no saliera a su encuentro y le hiciera una escena. No tenía tiempo y no quería llamar la atención. De todos modos, una escena no entraba en el estilo de ella.

Evie lo oyó llegar. Conocía el sonido del Jeep tan bien como el de su propio corazón. Se quedó inmóvil, tratando de prepararse para lo insoportable, pero pasaron los segundos sin que se abriera la puerta. Cuando se atrevió a mirar por la ventana, lo vio andar con paso de-

cidido hacia su barco. Un minuto después escuchó el rugido del motor y lo vio salir al agua y acelerar.

No podía creer lo mucho que dolía solo verlo.

Landon Mercer entró diez minutos más tarde. Estaba pálido y tenso; llevaba pantalones negros y camisa blanca, con el cuello desabrochado. El sudor cubría su frente y el labio superior. Llevaba la caja de pesca, pero sin la caña.

¿Tienes una lancha para mí? -preguntó. Intentó sonreír, pero sólo consiguió hacer una mueca.

La mujer le tendió una llave.

-Es la última.

-Gracias. Te pagaré cuando vuelva, ¿vale? -salió por la puerta.

Algo se rompió en el interior de ella. Era como si de repente ya hubiera tenido bastante. Mercer no se proponía nade bueno y ya ni siquiera se molestaba en fingir que iba a pescar. El puerto era lo único que le quedaba y, si aquel hijo de perra traficaba con drogas y la mezclaba en algo así, podía acabar perdiéndolo.

Por encima de su cadáver.

Sin pensar en lo que hacía, fue al todo terreno a buscar la pistola que había debajo del asiento y corrió a su lancha. Si hubiera pensado con claridad, habría llamado a la policía, pero no era así. Temblando todavía a causa del shock, solo podía pensar en una detener a Mercer.

Robert había colocado el barco donde pudiera ver a Mercer salir del puerto y situarse detrás sin que lo viera. El transmisor electrónico funcionaba de maravilla, con el pitido aumentando cuando Mercer se acercaba a su posición, y disminuyendo cuando pasaba de largo. Como no quería acercarse mucho y espantar a la gente con la que se iba a reunir, avanzó despacio, dejando que Mercer se alejara bastante.

Otra lancha se acercaba deprisa por la izquierda, interceptándole el paso por el ángulo derecho. Había espacio suficiente para no tener que frenar, así que mantuvo la vista fija en el barco de Mercer. Luego entró la otra lancha en su línea de visión y vio una trenza larga balanceándose al viento.

¡Evie! El corazón le dio un vuelco. Su aparición lo dejó atónito. De pronto lo comprendió todo. ¡Seguía a Mercer! Era eso lo que había hecho desde el principio. Intuyó que Mercer no se proponía nada bueno y decidió averiguar de qué se trataba. Hasta adivinaba su razonamiento. Creía que Mercer implicaba a su negocio al usar una de sus lanchas. Y Robert sabía mejor que nadie hasta dónde podía llegar para proteger aquel sitio. Había entregado su casa y arriesgaría también su vida.

Levantó el teléfono y marcó un número.

-Evie sigue a Mercer -dijo-. Está de nuestra parte. Pasa la voz y procura que nadie le dispare por error.

Aquella posibilidad le heló la sangre en las venas. Sus hombres no le dispararían, pero ¿y los otros?

!Mercer se dirigía una vez más hacia los islotes. Evie mantenía la distancia para no alarmarlo. Cuando llegara a las islas y frenara, se acercaría rápidamente.

Llevaba la pistola en el regazo. Un revólver del 45 de cañón largo para el que tenía permiso y que sabía utilizar. Fuera lo que fuera lo que hacía Mercer, se acabaría aquel día.

Había otro barco anclado entre dos de las islas más pequeñas, con dos hombres dentro. Mercer no realizó su circuito habitual entre los islotes, sino que avanzó directamente hacia el otro barco. Evie aumentó la velocidad y lo siguió.

Mercer se detuvo al lado del otro barco y le pasó la cesta de pesca. Evie vio que uno de los hombres la señalaba y Mercer se volvió a mirarla. No llevaba gorra ni gafas de sol y, aunque llevaba la trenza, sabía que era fácilmente reconocible como mujer. Pero no le importaba, porque el momento de esconderse había pasado ya.

El hecho de que era una mujer sola los hizo menos cautelosos. Mercer seguía en pie, con los pies separados para controlar el balanceo del barco. Seguro de que no los habían sorprendido haciendo nada sospechoso, dijo algo en voz baja a los otros y luego levantó la voz.

-Evie, ¿sucede algo?

La mujer saludó con el brazo para acallar las sospechas. Seguía a unos veinte metros de distancia. Paró el motor, consciente de que la lancha seguiría avanzando unos metros por inercia. Levantó la pistola y apuntó con calma al hombre que sostenía la caja de los cebos.

-No me ponga nerviosa -dijo-. Deje la caja.

El hombre vaciló y lanzó una mirada de asombro a su compañero, que seguía inmóvil detrás del timón. Mercer la miraba sorprendido.

-Evie -dijo con voz temblorosa-. Escucha, te daremos una parte. Hay mucho dinero...

La joven no le hizo caso.

-He dicho que deje la caja -repitió. Seguía sin pensar con claridad. Solo sabía que, si él tiraba la caja al río, se hundirían las pruebas y no podría demostrar lo que hacían. No sabía

cómo iba a conseguir llevar a tres hombres y tres barcos distintos a las autoridades, pero había mucho tráfico en el río y antes o después aparecería alguien.

Otro barco se acercaba ya a ellos, y demasiado deprisa. Mercer miró en su dirección y palideció, pero Evie no apartó la vista de la caja. Vio por el rabillo del ojo un yate negro y pequeño que se acercaba al barco de los dos hombres. Robert se levantó del asiento, sujetó el timón con la rodilla y apuntó con una pistola a los tres hombres.

-No muevan ni un músculo -dijo.

Las olas provocadas por su yate empujaban a los otros, hasta hacer que la lancha de Evie chocara con el barco de los dos hombres.

-Cuidado -advirtió. Bajó una mano para meter la marcha atrás y contrarrestar el empuje de las olas. Los otros dos barcos chocaron con fuerza, lanzando a Mercer al agua. El hombre que sujetaba la caja abrió los brazos luchando por recuperar el equilibrio, y dejó caer la caja, que aterrizó en el suelo del barco. La atención de Robert estaba dividida y, en aquel momento, el timonel del barco metió una mano bajo la consola y sacó su propia arma, que disparó enseguida. Evie lanzó un grito e intentó apuntarlo con su pistola. Robert se dejó caer a un lado y la bala hizo un agujero en la fibra de vidrio del casco. Robert se dejó caer sobre una rodilla y disparó una vez. El timonel cayó hacia atrás con un grito de dolor.

El segundo hombre se tiró al agua en dirección a la lancha de alquiler. Mercer se agarraba al costado y gritó de pánico cuando el otro subió y puso en marcha el motor. La lancha saltó hacia adelante. Evie, que sabía que no podía apuntar bien a un blanco en movimiento, dejó caer la pistola y lanzó su lancha hacia adelante. Los dos barcos chocaron con tal fuerza, que saltó la fibra de vidrio de los dos. El impacto la lanzó fuera del asiento y aterrizó en el agua con una violencia que la dejó sin sentido.

Recuperó el conocimiento casi en el acto, pero estaba aturdida por el shock. Se hallaba debajo del agua y la superficie no era más que una sombra de un tono verdoso. Le rugían los oídos y había una vibración que la atravesaba entera. Pensó en los barcos y el terror se apoderó de ella al comprender el peligro en que estaba. Si los conductores no podían verla, quizá la atropellaran y la hélice la haría pedazos.

Subió desesperadamente hacia la superficie, pataleando con todas sus fuerzas. Su cabeza salió del agua y respiró hondo, pero había un barco casi encima de ella. Se echó a un lado. Alguien gritó y oyó la voz profunda de Robert, pero no entendió sus palabras. Tenía los oídos llenos de agua y seguía aturdida. Pensó que, si se desmayaba, se ahogaría. Parpadeó para sacar el agua de los ojos y vio las dos lanchas juntas a menos de cinco metros. Avanzó hacia ellas y se agarró al costado de la que había alquilado Mercer. Estaba muy sumergida y seguramente se hundiría en media hora, pero flotaba todavía y eso era lo único que importaba.

El barco que casi la había golpeado seguía acercándose. En él iban dos hombres, vestidos con vaqueros y camisetas. El timonel acercó el barco hacia ella, volviéndolo de costado, y el otro hombre le tendió un brazo. El sol arrancaba brillos a una placa que llevaba en la

cintura de los vaqueros. Evie soltó la lancha y nadó hacia allí. El hombre la asió por los brazos y la sacó del agua.

La joven se dejó caer al suelo, y él se arrodilló a su lado.

-¿Se encuentra bien, señora Shaw? -preguntó con voz ansiosa.

Evie jadeaba por el esfuerzo, pero asintió con la cabeza. No estaba herida, solo aturdida por el impacto; tanto, que tardó un rato en preguntarse cómo sabía él su nombre.

-¡Está bien! -lo oyó gritar.

La confusión empezó a disminuir gradualmente. Seguía sentada en el suelo del barco, con la espalda apoyada en uno de los asientos, y observaba cómo sacaban a los dos hombres del agua y les ponían las esposas mientras alguien examinaba al que Robert había disparado. Aunque pálido y encogido, estaba sentado y consciente, por lo que asumió que sobreviviría.

Llegaron cuatro lanchas más, cada una con dos hombres, y todos llevaban placas, bien en los vaqueros o en el pecho. Oyó que uno se identificaba ante Mercer como agente del FBI y asumió que todos lo eran.

Se acercaban también otros barcos, que habían visto la conmoción, pero se detenían a poca distancia al ver las placas.

-¿Necesitan ayuda? -preguntó un pescador-. Podemos llevar esas lanchas al puerto si quieren.

Evie vio que uno de los agentes miraba a Robert, como pidiendo permiso, antes de contestar:

-Gracias. Se lo agradeceríamos mucho.

Varios pescadores acercaron sus botes a las lanchas.

La joven resistió el impulso de mirar a Robert. Recordaría toda su vida el terror que sintió cuando le dispararon y creyó que tendría que ver morir ante ella de nuevo al hombre que amaba. Todo lo que había senido aquel día palidecía al lado de aquel horror. Robert no la quería, la había utilizado, pero al menos estaba vivo. Empezó a temblar.

Colocaron al herido en otra lancha y se lo levaron. Los siguientes fueron Mercer y el otro hombre, ambos esposados. Evie hizo acopio de fuerzas y tomó el timón del barco en el que se hallaba para que el timonel ayudara a atar las lanchas a los barcos de los pescadores. Robert acercó su yate al costado del de ella.

-¿Estás bien?

-Sí -repuso Evie, sin mirarlo.

El hombre subió la voz.

-Lee, hazte cargo de este barco. Voy a llevar a Evie al puerto.

El agente volvió de inmediato y Evie le cedió su puesto al timón. Pero no quería ir con Robert, por lo que miró a su alrededor en busca de algún conocido.

-Ven aquí -dijo él con voz acerada. Y ella obedeció para evitar una escena. Si estaba empeñado en llevarla, no podría evitarlo.

No dijeron nada de camino al puerto. El yate avanzaba con rapidez, pero ella sentía cada pequeño bote en la cabeza. Cerró los ojos, esforzándose por controlar las náuseas.

Cuando entraron en el muelle, Robert se volvió a mirarla y lanzó un juramento al ver sus ojos cerrados y su rostro pálido.

-Estás mal -dijo.

La mujer abrió los ojos.

-Es solo la reacción.

La bajada de adrenalina podía hacer que se sintiera débil y enferma, así que él aceptó su explicación por el momento, pero tomó nota mentalmente.

Evie saltó al muelle sin esperar ayuda. Como verdadera hija del río que era, ató automáticamente las sogas a los ganchos, ya que la costumbre de toda una vida tomaba precedencia sobre sus sentimientos. Una vez asegurado el barco, se volvió sin decir pdabra y echó a andar hacia la tienda.

Burt estaba detrás del mostrador y le lanzó una mirada de alivio, que no tardó en dar paso a la sorpresa y la preocupación al ver su estado.

-¿Ha volcado la lancha? -preguntó-. ¿Estás bien?

-Estoy bien, solo un poco alterada -repso ella-. Pero la lancha está rota. La traerán ahora.

Robert abrió la puerta y Burt pareció aliviado.

-Volveré al taller. ¿Cuánto crees que tardarán en traer la lancha?

-Como una hora -repuso Robert. Se acercó a la máquina de refrescos y sacó una botella que abrió en el acto.

-Bien, voy a esperarla en el taller -dijo Burt, que se sentía más cómodo en sus dominios.

Salió de la tienda y Evie se sentó detrás del mostrador. Robert la siguió y le tendió la Coca-Cola.

-Bebe -dijo-. Estás en shock y necesitas azucar.

Seguramente tenía razón. La joven aceptó la botella, ya que lo último que deseaba era desmayarse allí.

Robert esperó a que bebiera un poco antes de hablar.

-Mercer era director de mi empresa de programación informática de Huntsville. Hacemos programas para la estación espacial, entre otras cosas, y son alto secreto. El empezó a venderlos donde no debía. Sabíamos que los robaba él, pero no habíamos conseguido sorprenderlo, así que no teníamos pruebas.

-Y era eso lo que llevaba en la caja –dijo ella, sorprendida-. Droga no. Disquetes.

El hombre enarcó las cejas.

-¿Tú creías que era traficante de drogas?

-No sabía qué pensar.

-Pero si creías que podía ser traficante de drogas, ¿por qué narices lo has seguido hoy?

-Iba en mi lancha -dijo ella-. Y yo podía perderlo todo por su culpa. Como mínimo, daría mala fama al puerto y me espantaría el negocio.

-Podías haberte matado chocando deliberadamente de ese modo -dijo él con furia reprimida.

-No había mucha velocidad -repuso ella-. Y mi lancha era más grande. Me daba más miedo que explotaran los tanques de gasolina, pero van detrás, así que pensé que no había mucho peligro.

Robert pensó que no había tenido tiempo de tomar todo eso en consideración. Su reacción fue inmediata, y casi le provocó un infarto. Pero ella no sabía que había refuerzos cerca, simplemente había visto que el hombre estaba a punto de escapar y había intensado impedirlo. Robert no sabía si era valiente, tonta o ambas cosas.

Seguía sin mirarlo.

-Yo trabajaba con el FBI y con mi gente para tenderle una trampa a Mercer. Estropeé algunas de sus inversiones y lo presioné económicamente para obligarlo a moverse.

La joven comprendió en el acto lo que implicaban sus palabras. Un velo invisible cubrió sus rasgos.

-Igual que conmigo -murmuró-. Tú pensabas que trabajaba con él porque usaba mis hachas y porque yo lo seguía para averiguar lo que hacía.

-No tardé mucho en comprender que tú no estabas mezclada y seguramente no sabías lo que pasaba. Pero seguías haciendo cosas sospechosas y no podía retirar la presión.

-¿Qué cosas? -preguntó ella con incredulidad.

-Dejar el puerto en mitad del día para ir tras él. Anteayer, al salir del banco, entraste en una cabina a hacer una llamada que no pudimos controlar. Ayer llevaste al hombre que te seguía por todo Guntersville antes de escabullirte girando de repente y no te localizamos hasta que volviste aquí.

Evie soltó una carcajada amarga.

-¿Todo eso? Es increíble cómo una mente recelosa ve cosas sospechosas por todas partes. Cuando me negaron la hipoteca por segunda vez, comprendí que había alguien detrás y decidí vender la casa. Me paré en el primer teléfono que encontré y llamé a unas personas que habían intentado comprármela varias veces. Se mostraron tan interesados, que decidieron pagarme en metálico inmediatamente para no correr el riesgo de que cambiara de idea.

Suspiró.

-Ayer fui a buscar un lugar donde vivir. Pero sabía que lo estaba posponiendo porque no me gustaba la idea, así que tomé una decisión repentina y giré bruscamente para ir a una urbanización de apartamentos, donde alquilé uno.

Se encogió de hombros.

-Creía que querías el puerto. Y lo que pasaba era que pensabas que era una traidora, ¿y qué mejor modo de vigilarme que establecer una relación falsa conmigo hasta el punto de volvernos casi inseparables?

-No era falsa -dijo él.

-Y la luna no es redonda -repuso ella. Se volvió a mirar por la ventana.

-No pensaba llevar a cabo el embargo -le explicó él-. Solo era una medida de presión. Y aunque hubieras sido culpable, ya había decidido que no dejaría que te procesaran.

-¡Qué amable de tu parte! -murmuró ella.

El hombre se colocó enfrente de ella y le puso las manos en los hombros.

-Sé que estás herida y enfadada, pero no me atrevía a retirar la presión hasta que capturáramos a Mercer.

-Comprendo.

-¿De verdad? ¡Gracias a Dios! -exclamó aliviado.

Evie se encogió de hombros.

-La seguridad nacional es más importante que los sentimientos heridos. No podías hacer otra cosa.

Librodot

Su voz seguía sonando herida. Robert abrió los ojos.

-Siento lo de tu casa -musitó-. De haber conocido tus planes, no te habría dejado venderla -le acarició la mejilla-. No puedo devolvértela, pero puedo darte la mía. Pediré que hagan la escritura a tu nombre.

Evie se puso tensa. Apartó la cara.

-No, gracias -dijo con frialdad. Le dio la espalda para mirar por la ventana.

Robert pensó que no había comprendido sus motivos.

-No es caridad -dijo con calma; le acarició la parte posterior del cuello-. Y tampoco es tan generoso, puesto que seguirá en la familia. Evie, cariño, ¿quieres casarte conmigo? Sé que te gusta esto, pero podemos alcanzar un compromiso. No te apartaré completamente de tu familia. Podemos venir de vacaciones a esa casa. Vendremos todos los veranos enteros y también varias veces durante el año.

La joven se apartó de él y se volvió a mirarlo. Estaba mortalmente pálida. Sus ojos carecían de lustre y él recordó con un escalofrío lo que Becky había dicho de su mirada tras la muerte de Matt.

-Como todo lo demás, tus compromisos van siempre a tu favor -dijo con voz inexpresiva-. Yo tengo uno mejor. Tú te quedas en Nueva York, yo me quedo aquí y así somos los dos mucho más felices.

-Evie... -se detuvo y respiró hondo para controlarse. Por supuesto, estaba afectada por lo ocurrido ese día. Lo amaba y la había herido. Tenía que convencerla de que volviera a confiar en él.

-¡No! -dijo ella con violencia-. No busques el modo de manipularme para que haga lo que quieres. Eres demasiado inteligente para buscar tu beneficio -abrió las manos-. Tú estás aquí y todos los demás están ahí, y las dos líneas no se encontrarán nunca. Nada ni nadie puede acercarse a ti. Estás dispuesto a casarte conmigo, pero eso no cambiará nada. Seguirás encerrado en tu concha y moviendo los hilos para que todas las marionetas hagamos lo que quieres. Lo que yo tenía con Matt era auténtico, una relación con una persona y no con una fachada. ¿Qué te hace pensar que me conformaría con lo que me ofreces? -se estremeció-. Márchate, Robert.

Capítulo dieciocho

La ausencia de Evie dejó un gran vacío en su vida. Robert nunca había echado de menos a ninguna mujer ni le había dicho que estaba solo sin ella, pero esa era la situación en que se encontraba ahora. Volvió a Nueva York al día siguiente de que ella rechazara su proposición y de inmediato se hizo cargo de sus negocios, pero lo que antes lo divertía ahora le parecía aburrido. No quería ir a la ópera ni a cenas; quería sentarse al aire libre en una noche cálida y olorosa, escuchando el murmullo del río y disfrutando de las estrellas esparcidas por el cielo negro. El sexo ya no era tampoco como antes. No quería el placer controlado de otras veces, donde su mente permanecía separada de su cuerpo. Con Evie no era así. La deseaba y su ausencia era como un ácido que corroía su alma.

No comprendía aún lo que había fallado, lo cual le parecía tan frustrante como su deseo por ella.

No era la casa, eso se lo había perdonado. ¿Por qué narices, entonces, había rehusado casarse con él? La expresión de sus ojos seguía atormentándolo y yacía noches enteras despierto pensando en ella, en aquellos ojos dorados y radiantes que parecían... cenizas.

Ella lo amaba. De eso estaba seguro. Y sin embargo, lo había rechazado.

Madelyn había llamado varias veces e intentado convencerlo de que fuera a Montana. Conocía a su hermana y sabía que, si no le hacía caso, acabaría presentándose en Nueva York con sus hijos, ya que sin duda íntuía que le ocurría algo.

Lanzó un juramento y tomó una decisión. Madelyn era la mujer más astuta que conocía aparte de Evie. Tal vez pudiera aclararle el problema. La llamaría para decirle que iba a ir.

Debido a la diferencia horaria, al día siguiente era todavía temprano cuando aterrizó en Billings. Había ciento cincuenta kilómetros más hasta el rancho, que tenía aeródromo propio, así que tenía por costumbre alquilar una avioneta y pilotar el resto del camino en lugar de conducir. Cuando aterrizó la Cessna, vio el todoterreno de Madelyn cerca de la pista; estaba apoyada en el capó con el pelo largo suelto al viento. Su cabello era más claro que el de Evie, pero aun así el parecido le encogió el corazón. Divisó a sus sobrinos en la zona de carga y sonrió. Los había echado de menos.

Madelyn salió a su encuentro.

-Gracias a Dios que has llegado. Mis hijos me estaban volviendo loca. ¿Sabes que cuando el pequeño dice «tío Robert» parece que dice «Ali Babá»? Lo he oído mil veces en la última hora, así que soy una experta.

Se puso de puntillas para besarle la mejilla y él la estrechó contra sí. Siempre se relajaba cuando ponía el pie en el rancho. La naturaleza parecía más cercana allí, igual que en Alabama.

Madelyn esperó hasta después de comer para abordar el tema que él sabía que la tenía muerta de curiosidad. Los niños estaban acostados para la siesta, y Reese y él tomaban café. La mujer volvió a entrar en el comedor.

-Vale, ¿qué sucede? -preguntó.

Robert sonrió.

-Sabía que no podías esperar mucho más. Siempre has sido tan curiosa como un gato.

-Cierto. Habla.

Y él lo hizo. Se sentía raro. No recordaba haber necesitado nunca ayuda para tomar decisiones. Les contó todo lo ocurrido hasta que atraparon a Mercer y Evie rechazó su proposición matrimonial.

Cuando terminó de hablar, lo sorprendió ver que Madelyn lo miraba con furia.

-¿Eres tonto? -gritó; se puso en pie con tal violencia que tiró la silla-. No me extaña que no se case contigo; yo tampoco lo haría -salió del comedor a toda prisa.

Roben la miró sorprendido.

-No sabía que podía ser tan veloz –murmuró.

Reese soltó una carcajada.

-Lo sé. A mí también me pilló por sorpesa la primera vez que perdió los estribos.

Robert miró a su cuñado, un ranchero grande y alto de pelo moreno y ojos almendrados.

-¿Por qué ha estallado?

-Seguramente por lo mismo que estallaba cuando yo también era tonto -explicó Reese, divertido.

-¿Quiere explicármelo alguien? -preguntó Robert.

Su cuñado se recostó en su silla, jugueteando con el asa de la taza.

-Yo por poco pierdo a Madelyn una vez -dijo con brusquedad-. Supongo que no te lo ha contado, pero me dejó. No llegó lejos, solo hasta el pueblo, pero yo me sentía como si estuviera a un millón de kilómetros.

-¿Cuándo fue eso? -preguntó Robert. No le gustaba saber que Madelyn había tenido problemas y no se lo había dicho.

-Cuando estaba embarazada de Ty. Intenté de todo para convencerla de que volviera, pero era demasiado estúpido para darle lo único que quería.

-¿Y qué era eso?

Reese lo miró a los ojos.

-No es fácil darle a alguien tanto poder sobre ti -dijo con brusquedad-. Ni siquiera me resultaba fácil confesármelo a mí mismo, y tú eres peor que yo. Estás habituado a controlarlo todo, pero no puedes controlar esto, ¿verdad? Seguramente ni siquiera sabes lo que es. La amas, ¿verdad?

Robert se quedó inmóvil. ¿Amor? Nunca había pensado en ello. Deseaba a Evie, quería casarse con ella, tener hijos con ella. Quería todo eso con una pasión fiera que amenaza con destruirlo si no lo conseguía. Pero se rebelaba ante la idea de estar enamorado. Supondría una indefensión terrible; comprometía su invulnerabilidad. Conocía bien su naturaleza, al salvaje que llevaba dentro. No quería desatar ese tipo de pasión, no quería que nadie supiera que existía.

Pero Evie lo sabía de todos modos. Lo había visto desde el comienzo. Lo conocía tal y como era y lo amaba de todos modos.

Lanzó un juramento. Sin aquella intensidad salvaje, Evie no lo habría amado. Había conocido el verdadero amor y lo había perdido. Solo podía llenarla algo muy poderoso. Amar a Evangeline no sería algo civilizado y controlado; querría su alma y su corazón, lo querría todo.

El problema no era la casa ni que hubiera sospechado de ella. No. Ella quería lo único que no le había ofrecido: su amor.

-Fue muy sencillo -musitó Reese-. Le dije a Maddie que la amaba. Y lo más importante, lo admití yo.

Robert seguía atónito.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó.

¿Sientes que nunca podrás cansarte de ella? ¿La deseas tanto que el deseo no te abandona nunca? ¿Quieres protegerla y darle todo lo que hay en el mundo? ¿La echas tanto de menos que sientes que te hubieran arrancado las entrañas? Yo no podía dormir ni comer. Lo único que me ayudaba era verla. ¿Te sientes así?

-Como si me desangrara por dentro -dijo Robert.

-Sí, es amor -musitó Reese, moviendo la cabeza con conmiseración.

Robert se puso en pie.

-Despídeme de Madelyn. Dile que la llamaré luego.

-¿No puedes esperar a mañana?

-No -Robert bajó los escalones de dos en dos. No podía esperar ni un minuto más. Se marchaba a Alabama.

A Evie no le gustaba su nueva casa. Se sentía encerrada, a pesar de que tenía un apartamento de esquina y vecinos solo en un lado. Cuando miraba por la ventana, veía otro bloque de apartamentos en lugar del río. Oía a los vecinos a través de los tabiques. Llegaban muy tarde, a pesar de tener hijos, y siempre la despertaban, y luego yacía durante horas mirando hacia el techo.

Sabía que podía buscar otro sitio, pero carecía de energía. Se forzaba a ir todos los días a trabajar, pero nada más. Y eso le costaba cada día más esfuerzo y sabía que pronto se derrumbaría.

Sentía frío y no podía entrar en calor. Era un frío interno, que se extendía desde un amplio vacío interior y nada podía calmar. No sentía ya el calor del sol ni veía su luz brillante. El mundo se había vuelto gris.

Becky se puso como loca cuando descubrió que Robert se había marchado.

-Me dijo que te pediría que te casaras con él -gritó, tan rabiosa que prácticamente tenía los pelos de punta.

-Y lo hizo -repuso Evie-. Le dije que no.

Se negó a contestar más preguntas; ni siquiera le contó por qué había vendido la casa.

El verano tocaba a su fin; el calendario decía que faltaba un mes para el otoño, pero su aroma se percibía ya en el aire. Evie se acostaba en cuanto oscurecía, con la esperanza de dormir un poco antes de que volvieran los ruidosos vecinos. Normalmente era un esfuerzo inútil; no podía evitar los recuerdos, que la asaltaban desde todas partes.

Aquella noche no era diferente. Daba vueltas en la cama, intentando apaciguar el fuego de su carne y la tristeza de su corazón.

Alguien llamó a la puerta. Se sobresaltó de tal modo que se sentó en la cama. Miró el reloj. Eran más de las diez.

Se levantó y se puso una bata. Volvieron a llamar con fuerza. Bajó y encendió la lámpara de la sala.

-¿Quién es?

-Robert. Abre la puerta.

Palideció y creyó que iba a desmayarse.

-¿Qué quieres?

-Hablar contigo. Abre la puerta.

La joven obedeció. Robert entró y cerró la puerta. Tenía el pelo revuelto y un asomo de barba cubría sus mejillas. Sus ojos emitían un fuego verde. No se molestó en mirar el apartamento.

-Esta es la última vez que te lo pregunto -dijo con brusquedad-. ¿Quieres casarte conmigo?

Evie se estremeció, pero negó lentamente con la cabeza. Podía haberse casado antes, cuando creía que la quería un poco. Pero después de comprender que solo la había utilizado... No, no podía.

-¿Por qué? -preguntó él con calma.

-¿Por qué? -repitió ella con incredulidad, con voz temblorosa-. ¿Pero tú te has visto? Tomarías todo lo que yo te diera y no me dejarías nunca entrar en tu corazón. Te escondes detrás de un muro y estoy harta de chocar contra él.

-¿Me amas? -preguntó el hombre.

-¿Has venido a eso? -los ojos de ella se llenaron de lágrimas-. Sí, te amo. Y ahora lárgate.

Vio que su cuerpo se ponía rígido y algo salvaje brillaba en sus ojos. Se volvió para huir, pero él la asió por el brazo y la volvió hacia sí.

-Tienes razón -dijo con voz átona-. Nunca he querido admitir a nadie en mi cotazón. Nunca he querido que nadie me importara tanto, que nadie tuviera este poder sobre mí -apretó los dientes-. ¿Dejarte fuera a ti? Lo he intentado, pero no puedo. ¿Lo quieres todo? Vale, soy tuyo. Te quiero tanto que me está destrozando. Pero hay un problema -continuó con rapidez-. Te daré más de lo que nunca le he dado a otra persona, pero también exigiré más. No puedes elegir qué cualidades te gustan más; va el paquete entero. Lo bueno con lo malo. Y te advierto que no soy un caballero.

-No -susurró ella-. No lo eres -miró el ardor que cubría su frente y la ferocidad de su expresión. El corazón le latía con fuerza. ¿La amaba? Casi no podía creerlo.

-Soy celoso -murmuró él-. No quiero que mires nunca a otro hombre y, si algún idiota intenta algo contigo, tendrá suerte si sólo le rompo el brazo -la sacudió con tal fuerza, que a ella le castañetearon los dientes-. Te deseo continuamente y pienso hacerte mía. Te penetraré

tan a menudo, cuatro o cinco veces al día, que olvidarás lo que es no tenerme dentro. Se acabó lo de ser caballero y reprimirme a solo dos veces al día.

La joven abrió mucho los ojos.

-No -dijo débilmente-. No quiero que te reprimas -ya no había controles en él. Sentía la pasión que lo embargaba, una fuerza salvaje, cuya marea la atrapaba, arrastrándola con él.

-Quiero que estés a mi disposición -dijo-. No puedo desatender el trabajo, así que espero que adaptes tu horario al mío y estés disponible siempre que esté en casa -mientras hablaba, la empujaba contra la pared. Tiró de las bragas de ella hacia abajo. La joven agradeció en su fuero interno que los vecinos estuvieran fuera y se aferró a sus hombros cuando él la levantó en vilo con las manos bajo las nalgas. El corazón le latía con fuerza, la sangre corría por sus venas en un torrente de alegría. Separó los muslos y él la penetró con rapidez y brusquedad. Evie ahogó un grito y hundió el rostro en el cuello de él.

Los dos estaban inmóviles, abrumados por el alivio y el placer de que sus cuerpos volvieran a estar unidos. De pronto, él empezó a moverse sin misericordia.

-No quiero ponerme condón -dijo con fiereza-. No quiero que tomes pastillas. No quiero que actúes como si mi semen fuera un invasor hostil del que debes protegerte. Quiero dártelo. Quiero que lo desees. Quiero que tengas hijos míos. Quiero una casa llena de niños -con cada palabra entraba más y más hondo en ella.

Evie gemía, estremeciéndose en torno a él con la fuerza del placer.

-Sí -había desencadenado un monstruo de pasión, un dictador completo, pero podía afrontarlo. Ese era el hombre de verdad, el que la hacía sentirse viva de nuevo, el que enviaba calor a todas las células de su cuerpo. Ya no tenía frío, sino que irradiaba vida.

-Quiero matrimonio -Robert apretó los mentes y una gota de sudor cayó por su sien-. Te quiero atada a mí legal, económicamente y de todas las maneras. Quiero darte mi nombre, Evangeline. ¿Lo comprendes?

-Sí -dijo ella-. Robert, sí.

El hombre se estremeció con violencia al alcanzar el orgasmo, inundándola de calor y humedad. Evie lo abrazó con las piernas y lo recibió muy adentro, olvidando todo lo que no fuera la sensación de ellos dos juntos.

Algún tiempo después, se dio cuenta de que estaban tumbados en la cama.

-Puede que empieces a llenar la casa de niños antes de lo que esperas -murmuró-. Dejé de tomar la píldora el día que te marchaste.

-Me alegro -le acarició las nalgas y la acercó más a sí-. No quiero hacerte daño -dijo, al tiempo que volvía a penetrarla.

Evie oyó la preocupación de su voz y adivinó que lo ponía nervioso liberar toda la fuerza que llevaba tanto tiempo conteniendo. Lo besó en los labios.

-No puedes hacerme daño amándome -dijo.

Los ojos de él brillaron con fuerza.

-Me alegro -murmuró-. Porque Dios sabe que te amo.

Epílogo

Evie oyó el ascensor y se acuclilló al lado de la criatura adorable que se agarraba a la silla en el vestíbulo de entrada.

-Ahí llega papá -susurró. Y observó cómo se llenaban de alegría los ojos de su hija

Se abrió el ascensor y salió Robert; sus ojos verdes brillaron al verlas esperándolo. La niña soltó la silla con un gritito y se lanzó hacia él tambaleándose. Robert palideció, dejó caer el maletín y se arrodilló para tomarla en sus brazos.

-¡Dios mío! -exclamó-. ¡Ya anda!

-Desde hace dos horas -sonrió Evie-. Se me para el corazón cada vez que la veo.

-Pero es muy pequeña. Solo tiene siete meses -miró admirado la cabecita de la niña cubierta de pelo moreno. Cuando empezó a gatear a los cinco meses, mostró la misma admiración. Si de él dependiera, Robcrt habría llevado en brazos a su querida hijita hasta que cumpliera cinco años. Por suerte, la niña desconocía el pánico de su padre ante su atrevimiento.

Robert, sin soltar a la niña, besó a Evie en la boca largo rato, a pesar de que la pequeña intentaba meter los dedos entre los labios de ambos. La bautizaron como Jennifer Angelina y la llamaban Jenna.

Evie se aferró a su beso todo lo que pudo. Llevaba todo el día esperando que llegara a casa.

-Tenías razón -murmuró.

El hombre levantó la cabeza y le brillaron los ojos.

-Sí, ¿eh?

La mujer se echó a reír.

-Tú sabías que sí.

Habían decidido tener otro bebé lo antes posible. Tanto el embarazo como el parto fueron fáciles para Evie, y no querían esperar más.

Tres semanas atrás habían pasado la noche abrazados, perdidos en una pasión que no había decaído nada en sus dieciséis meses de matrimonio. Cuando despertaron al amanecer, para el ritual de hacer el amor de nuevo, Robert la miró a los ojos.

-Anoche hicimos un niño -dijo.

Evie apoyó la cabeza en su hombro, recordando el terror que sintió cuando se enteró de su primer embarazo. Correr el riesgo de amar a Robert no había sido fácil, pero ahora habría

alguien más a quien amar. No tendría ninguna defensa contra aquella personilla y le parecía que moriría de miedo. Pero Robert intuyó lo que le ocurría y no la dejó en todo el día. No fue a trabajar y pasó el día haciéndole el amor. Y curiosamente, consiguió calmarla.

Jenna intentaba bajar al suelo. Robert se agachó con un suspiro y la dejó sobre sus pies. En cuanto la soltó, la niña se alejó como un cohete. Evie volvió a abrazarlo, pero ninguno de los dos perdía de vista a su hijita precoz, que investigaba una grieta en el suelo de madera.

En lugar de trabajar mucho y exigir que ella acomodara su agenda a él, como había prometido, Robert había reorganizado su horario para poder pasar muchas horas con ellas. Evie sabía que era un hombre muy pasional, pero en lugar de asustarse, florecía con ello. Robert no era un hombre que amara superficialmente. Cuando amaba, era con todo su ser.

Tocó el vientre de su esposa.

-¿Estás bien? -preguntó con ternura. Evie sonrió.

-Nunca he estado mejor.

El hombre la besó.

-Te amo, Evangeline -dijo, estrechándola contra sí. Amarla era lo más maravilloso que había hecho nunca. Ella le exigía todo y le daba todo, y la riqueza del vínculo que los unía lo dejaba a veces atónito. Había acertado; amar a Evengeline exigía darle todo lo que tenía: su alma y su corazón.